

Confiados en Cristo

**Estudio Expositivo de la
Epístola a los Hebreos**

Warren w. Wiersbe

Editorial Bautista Independiente

CONTENIDO

Capítulo	Página
1 ¿Hay Alguien que Escuche?	4
2 Superior a los Angeles	11
3 Superior a Moisés	17
4 Superior al Sumo Sacerdote Aarón	23
5 Los Peregrinos Deben Progresar	29
6 El Misterioso Melquisedec	36
7 El Pacto Superior	42
8 El Santuario Superior	49
9 El Sacrificio Superior	56
10 La Fe – El Poder Más Grande del Mundo	62
11 ¡Sigue la Carrera!.....	68
12 La Fe Debe Mostrarse	74

PREFACIO

El mensaje de la Epístola a los Hebreos es necesario en la actualidad. Esta epístola fue escrita cuando las épocas, la antigua y la nueva, estaban en pugna, y cuando toda la sociedad parecía inestable. Fue escrita a creyentes, los cuales se preguntaban qué estaba sucediendo y qué podían hacer al respecto. La estabilidad de lo antiguo llegaba a su fin y los creyentes vacilaban en su fe.

Uno de los principales mensajes de Hebreos es que el creyente puede estar confiado. Dios altera las cosas a fin de que aprendamos a vivir por fe y no por vista. El quiere que edifiquemos nuestra vida sobre la permanencia de lo eterno, y no en la inestabilidad de lo temporal.

Este es el mensaje que me propongo presentar en esta breve exposición. Tengo que tratar algunas verdades someramente y pasar por alto otras con el fin de llegar al punto deseado, ya que es imposible explicar todas las cosas profundas de una epístola como Hebreos en un libro de este tamaño.

Puede ser que tú no estés de acuerdo con todas mis interpretaciones y aplicaciones, sin embargo, si eres creyente, estoy seguro que estarás de acuerdo en que nuestro eterno Sumo Sacerdote en el cielo nos sostendrá en medio de los días difíciles por los que atravesamos. “El justo vivirá por fe”.

Al poner la mirada en Jesucristo, podemos estar *confiados* en él.

Warren W. Wiersbe

¿Hay Alguien que Escuche?

(Hebreos 1:1-3)

Un inglés fue a ver al otólogo para que le revisara el oído. El doctor le quitó el audífono que el hombre llevaba puesto en el oído. La audición del paciente mejoró inmediatamente, pues había llevado tal dispositivo por más de 20 años *en el oído* que no lo necesitaba.

Una vez le pregunté a un pastor: - ¿Tiene en su iglesia un ministerio para sordos?

El contestó: - A veces pienso que toda la iglesia lo necesita, pues parece que no me escuchan.

Hay diferencia entre *escuchar* y *oir* de verdad. Jesús a menudo decía: “El que tiene oídos para oír, oiga”. Esto quiere decir que se necesitan más que oídos físicos para oír la voz de Dios; también se requiere un corazón receptivo: “Si oyereis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones” (Hebreos 3:7,8).

Muchas personas no han querido estudiar la Epístola a los Hebreos y, por consecuencia, han perdido ayuda espiritual práctica. Algunos han evitado este libro porque sienten miedo al leer una serie de advertencias que se encuentra en él. Otros lo han rehuido porque piensan que *es demasiado difícil* para la mayoría de los estudiantes de la Biblia. Por supuesto, en Hebreos hay algunas verdades profundas, y ningún predicador o maestro debe atreverse a decir que las conoce todas. Pero el mensaje del libro es claro y no hay razón para no entenderlo y recibir provecho de él.

Tomando en cuenta las cinco características de la Epístola a los Hebreos, tal vez sea la mejor manera de comenzar nuestro estudio.

1. Es un libro de evaluación

La palabra “mejor” (“mejores” o “superior”) se usa 13 veces en este libro, y por medio de ella el escritor demuestra que Jesucristo y la salvación son superiores al sistema religioso de los hebreos. Cristo es “superior a los ángeles” (Hebreos 1:4). El introdujo “una mejor esperanza” (7:19), porque “es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas” (8:6). (Nota también el uso de la palabra “mayor” 7:7.)

Otra palabra que se repite en la epístola es “perfecto”, usada en el griego 14 veces. Significa una posición perfecta ante Dios, la cual nunca podría obtenerse por medio del sacerdocio levítico (7:11), ni por la ley (7:19), ni por la sangre de los sacrificios de animales (10:1). Jesucristo se ofreció a sí mismo como único sacrificio por el pecado, haciendo “perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:14).

Así que, el escritor contrasta el sistema de la ley del Antiguo Testamento con el ministerio de la gracia del Nuevo Testamento. Aclara que el sistema religioso de los judíos era temporal y que no podía ofrecer las cosas mejores y eternas que se encuentran en Jesucristo.

“Eterna” es la tercera palabra importante en el mensaje de Hebreos. Cristo es el “autor de eterna salvación” (5:9).

“Habiendo obtenido eterna redención” (9:12) a través de su muerte, comparte con los creyentes “la promesa de la herencia eterna” (9:15). Su trono y su sacerdocio son para siempre (1:8; 5:6; 6:20; 7:17,21) “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (13:8).

Al considerar el uso de estas tres importantes palabras, se puede ver que Jesucristo y la vida cristiana que nos da son *mejores* porque estas bendiciones son *eternas* y nos dan una posición *perfecta* ante Dios. El sistema religioso bajo la ley de Moisés era imperfecto, ya que no podía proveer la redención eterna de una sola vez y para siempre.

Pero, ¿Por qué el escritor les pide a sus lectores que evalúen su fe y lo que Cristo les ofrece? Porque estaban pasando por tiempos difíciles y estaban tentados a volver a la religión de los judíos. El templo todavía existía cuando esta carta fue escrita, y los sacerdotes aún efectuaban diariamente todas las ceremonias. ¡Cuán fácil les hubiera sido a estos creyentes judíos escapar de la persecución regresando al sistema antiguo que habían conocido antes!

Estos hermanos eran *la segunda generación* de creyentes, puesto que habían sido ganados para Cristo por los que conocieron al Señor durante su ministerio terrenal (2:3).

Eran verdaderos creyentes (3:1), y no meros profesantes.

Habían sido perseguidos por causa de su fe (10:32-34; 12:4; 13:13,14), y a pesar de ello, habían ayudado a otros que sufrían (6:10). Pero los maestros los estaban seduciendo (13:9), y corrían el peligro de olvidar la Palabra verdadera que sus primeros líderes, ahora muertos, les habían enseñado (13:7).

Lo lamentable acerca de estos creyentes es que se habían estancado espiritualmente y estaban a punto de retroceder (5:12). Algunos aun habían descuidado los servicios regulares de adoración (10:25), y no estaban progresando espiritualmente (6:1). En la vida cristiana, si no se avanza, se retrocede; pues no se puede mantener una posición estática.

El escritor de Hebreos les pregunta: “¿Cómo pueden volver a su religión anterior? Tan sólo deténganse a evaluar lo que tienen en Cristo Jesús, el cual es mejor que cualquier cosa que tuvieron bajo la ley”.

El libro de Hebreos exalta la persona y la obra de Jesucristo, el Hijo de Dios. Cuando el creyente comprenda lo que tiene en él, y por medio de él, no deseará a nadie más ni nada más.

2. Es un libro de exhortación

El escritor dice que esta carta es “la palabra de exhortación” (13:22). La palabra griega traducida “exhortación” significa *ánimo*. Se traduce como “consolación” en Romanos 15:4 y varias veces en II Corintios (1:5-7; 7:7). Está relacionada con la palabra griega “Consolador”, en Juan 14:16, donde se refiere al Espíritu Santo. Esta epístola no fue escrita para atemorizar a la gente, sino para animarla. Se nos manda “animarnos día tras día unos a otros” (Hebreos 3:13, NVI), y se nos dice que debemos ser “grandemente animados” en Jesucristo (6:18, LBLA).

Aquí tenemos que contestar la pregunta: ¿Y qué acerca de las cinco advertencias terribles que se encuentran en Hebreos? (Ver las cinco exhortaciones en la página 14 de este capítulo).

En primer lugar, estos pasajes no son realmente *advertencias*. En el Nuevo Testamento tres palabras griegas se traducen como *advertencia*. La única de las tres que se encuentra en la Epístola a los Hebreos se traduce “advirtió” en 8:5 en relación con Moisés, y “amonestaba” en 12:25.

En 11:7 se traduce “advertido” en cuanto a Noé “siendo advertido por Dios”. Pienso que la mejor descripción de las llamadas *cinco advertencias* es la que se da en Hebreos 13:22 – “exhortación” (o “ánimo”, según otras versiones).

Esto no disminuye la seriedad de esas cinco secciones del libro, sino que nos ayuda a entender su propósito: Animarnos a confiar en Dios y obedecer su Palabra.

La epístola comienza con una declaración importante: “Dios...nos ha hablado por le Hijo” (Hebreos 1:1,2), y casi al final del libro dice: “Mirad que no rechacéis al que habla” (12:25, LBLA). En otras palabras, el tema de Hebreos parece ser: Dios ha hablado; tenemos su Palabra; ¿qué vamos a hacer con ella?

Con esta verdad en mente, podemos entender mejor el significado de estos cinco *pasajes problemáticos* en Hebreos.

Cada uno nos anima a poner atención a la Palabra de Dios (“Dios... ha hablado”) señalando las tristes consecuencias si no las obedecemos. A continuación quiero presentar una lista de estos pasajes con una explicación de su secuencia en el libro de Hebreos. Se puede ver que todos son lógicos y presentan un solo mensaje: *Ponga atención a la Palabra de Dios.*

Deslizarse de la palabra – 2:14 (Descuido)

Dudar de la palabra – 3:7-4:13 (Dureza de Corazón)

Desoir la palabra – 5:11-6:20 (Pesadez)

Depreciar la palabra – 10:26-39 (Obstinación)

Desafiar la palabra – 12:14-29 (Rehusar oír)

Si no escuchamos la Palabra de Dios para *oir* en verdad, comenzaremos a *deslizarnos*. El descuido siempre resulta en deslizamiento, tanto en lo material y físico como en lo espiritual. Al deslizarnos de la Palabra, comenzamos a *dudar* de ella; porque *la fe* viene por oír la Palabra de Dios (Romanos 10:17). Nuestro Corazón empieza a endurecerse, y esto lleva a la pesadez para oír, la cual nos hace *desoir* la Palabra. Llegamos a ser “tardos para oír” – oyentes perezosos– y esto resulta en una actitud de *desprecio* de la Palabra, de modo que obstinadamente desobedecemos a Dios, y esto gradualmente nos lleva a *desafiar* a Dios y a su Palabra.

Ahora, ¿qué hace Dios mientras sucede este retroceso espiritual? Nos sigue hablando, animándonos a regresar a la palabra. Si seguimos sin hacerle caso, comienza a castigarnos, y tal proceso de disciplina es el tema del capítulo 12 – el capítulo culminante de la epístola. “*El Señor juzgará a su pueblo*” (10:30). Dios no permite que sus hijos sean niños mimados, dejándolos que obstinadamente desechen su Palabra. El siempre disciplina con amor.

Estas cinco exhortaciones fueron dirigidas a personas que en verdad habían nacido de nuevo, con el propósito de que prestaran atención a la Palabra de Dios. Aunque el lenguaje es fuerte en algunos de estos pasajes, en mi opinión ninguno *amenaza* al lector sugiriendo que puede perder su salvación. Sin embargo, si persiste en desechar la Palabra de Dios, puede perder *su vida* (“¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?” – 12:9). Se infiere que si no nos sometemos, podemos morir físicamente. “Hay pecado de muerte” (I Juan 5:16). Pero si hay algo claro en la Epístola a los Hebreos, es la enseñanza de la certeza de la vida eterna en un Sumo sacerdote viviente que nunca puede morir (Hebreos 7:22-28).

Algunos tratan de resolver el problema que surge en cuanto a eso de *perder la salvación* o de *la apostasía* diciendo que los lectores no eran verdaderamente nacidos de nuevo, sino que sólo profesaban la fe cristiana. Sin embargo, la manera en que el escritor se dirige a ellos elimina esta idea, porque los llama “hermanos santos, participantes del llamamiento celestial” (3:1), y les dice que tienen un Sumo Sacerdote en el cielo (4:14), lo cual no se les hubiera dicho si estuvieran perdidos. Habían sido “hechos partícipes del Espíritu Santo” (6:4). Además, las amonestaciones de Hebreos 10:19-25 carecerían de significado si hubieran sido dirigidas a personas no salvas.

La Epístola a los Hebreos es un libro de evaluación, y demuestra que Jesucristo es mejor que cualquier cosa que la ley de Moisés puede ofrecer. También es de exhortación, e insta a sus lectores a oír y prestar atención a la Palabra de Dios, para que no retrocedan espiritualmente y tengan que experimentar el castigo de Dios.

3. Es un libro de examen

Al estudiar este libro tal vez tú te preguntes, ¿en qué estoy *realmente* confiando? ¿Estoy confiando en la Palabra de Dios? ¿o en las cosas inestables de este mundo que están a punto de caer?

Esta carta fue escrita a creyentes que vivieron en un tiempo estratégico de la historia. Todavía estaba en pie el templo y aún se ofrecían los sacrificios, pero dentro de poco tanto la ciudad como el templo serían destruidos. La nación judía, incluyendo a los creyentes, sería esparcida. Las épocas estaban en pugna, y Dios estaba *sacudiendo* el sistema establecido (12:25-29). El quería que los suyos estuvieran afirmados sobre el fundamento sólido de la fe, y no que confiaran en cosas que perecerían.

Creo que la iglesia está pasando por circunstancias semejantes. Todo está derrumbándose y cambiando alrededor de nosotros. La gente se está dando cuenta de que ha estado confiado en *andamios* y no en un fundamento sólido. Aun los creyentes han sido atraídos por el mundo a tal grado que su confianza ya no está en el Señor, sino en el dinero, en los edificios, en los programas sociales y en otras cosas materiales pasajeras. Al continuar Dios *sacudiendo* a la sociedad, el andamio caerá, y los creyentes descubrirán que su confianza debe estar en la Palabra de Dios.

Dios quiere que nuestros corazones sean afirmados “con la gracia” (13:9). Esa palabra *afirmar* se usa en una forma u otra ocho veces en Hebreos y significa *estar sólidamente fundado, estar firme*. Encierra la idea de fortaleza, confiabilidad, confirmación y permanencia. En mi opinión, este es el tema clave de Hebreos: El creyente puede estar seguro aunque todo a su alrededor esté derrumbándose. Tenemos un “reino incommovible” (12:28).

La Palabra de Dios es firme (2:2), y también lo es la esperanza que tenemos en Dios (6:19).

Por supuesto, no hay seguridad para aquel que no ha confiado en Jesucristo como su Salvador. Tampoco la hay para los que sólo han hecho una profesión de labios, pero cuyas vidas no dan evidencia de verdadera salvación (Tito 1:16; Mateo 7:21-27). Cristo salva “perpetuamente” (eternamente) sólo a los que han venido a Dios por medio de la fe (Hebreos 7:25).

Me gusta contar en las congregaciones que visito la historia del conductor que subió al tren y empezó a revisar los boletos. Le dijo al primer pasajero: -Señor, usted se equivocó de tren. Al ver el siguiente boleto le dijo al pasajero lo mismo.

-Pero el brequero me dijo que este era el tren que me correspondía – protestó el hombre.

-Voy a revisar otra vez, – dijo el conductor. Lo hizo y descubrió que era él quien se había equivocado de tren.

Me temo que hay muchos que tienen una fe falsa, que no han oído ni creído la Palabra de Dios en verdad. Muchas veces están tan ocupados en decirles a otros lo que deben hacer, que dejan de examinarse a sí mismos. La Epístola a los Hebreos es un libro de examen. Le ayuda a uno a descubrir dónde está realmente su fe.

4. Es un libro de expectación

Este libro tiene un enfoque hacia el futuro. El escritor nos informa que está escribiendo sobre “el mundo venidero” (2:5), el tiempo cuando los creyentes reinarán con Cristo.

Jesucristo es “heredero de todo” (1:2) y compartimos “la promesa de la herencia eterna” (9:15). Como los patriarcas elogiados en Hebreos 11, esperamos la ciudad futura de Dios (11:10-16,26).

Así como aquellos grandes hombres y mujeres de fe, debemos ser “extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (11:13). Esta es una de las razones por las cuales Dios está

sacudiendo todo a nuestro alrededor. *Quiere que soltemos las cosas de este mundo y que ya no dependamos de ellas.*

Quiere que centremos nuestra atención en el mundo venidero.

Esto no quiere decir que pensemos tanto en las cosas del cielo que ya no seamos útiles a Dios en la tierra. Más bien significa comenzar a vivir para los valores eternos del mundo venidero y no envueltos en las cosas de este mundo.

Abraham y su sobrino Lot ilustran estas dos actitudes opuestas (Génesis 13-14). Abraham era un hombre rico que podría vivir en una casa muy costosa en el lugar que quisiera, pero era ante todo siervo de Dios, un peregrino y extranjero; y esto significa vivir en tiendas. Lot escogió abandonar la vida de peregrino y se fue a vivir en la perversa ciudad de Sodoma. ¿Cuál de los dos tuvo verdadera seguridad?

Aparentemente Lot estaría más seguro que Abraham quien moraba en tiendas en el valle. Sin embargo, Lot llegó a ser prisionero de guerra y Abraham tuvo que rescatarlo.

En vez de escuchar la advertencia de Dios, Lot regresó a la ciudad; y cuando Dios destruyó a Sodoma y Gomorra, perdió todo (Génesis 19). Lot era salvo (II Pedro 2:7), pero confió en las cosas de este mundo y no en la Palabra de Dios. Lot perdió lo permanente por depender de lo inmediato y vivir para ello.

El misionero mártir Jim Elliot lo dijo mejor: “No es necio el que da lo que no puede guardar para ganar lo que no puede perder”.

Nosotros, como hijos de Dios, hemos recibido la promesa de una recompensa futura. Así como en los casos de Abraham y Moisés, las decisiones que tomemos en el tiempo presente determinarán las recompensas del mañana.

Más aún, nuestras decisiones deben ser *motivadas* por la esperanza de recibir recompensa. Abraham obedeció a Dios *porque* “esperaba la ciudad” (11:10). Moisés rehusó los tesoros y los placeres de Egipto *porque* “tenía puesta la mirada en el galardón” (11:26). Estos grandes hombres y mujeres de la fe (11:31,35) vivieron ocupándose de lo futuro y por lo tanto vencieron las tentaciones del mundo y de la carne.

En efecto, fue esta misma actitud la que sostuvo a nuestro Señor Jesucristo durante su agonía en la cruz: “...el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (12:2). La Epístola a los Hebreos hace hincapié en: ¡No vivas para lo que el mundo te promete hoy, sino para lo que Dios promete darte en el futuro! Sé extranjero y peregrino en la tierra. Anda por fe; no por vista.

Esta epístola no es el alimento apropiado para *niños espirituales*, los cuales todavía no pueden alimentarse solos, y requieren que se les mime (5:11-14). En esta carta se encuentra “alimento sólido”, el cual requiere de algunos *morales espirituales* para masticarlo y disfrutarlo. El énfasis de Hebreos no es sobre lo que Cristo hizo en la tierra (“la leche”) sino, sobre lo que está ahora haciendo en el cielo (“el alimento sólido” de la Palabra). El es el gran Sumo Sacerdote que *nos da poder* por su gracia (4:14-16). Es también el gran pastor de las ovejas que *nos capacita* para hacer su voluntad (13:20-21). Está obrando *en nosotros* para llevar a cabo sus propósitos. ¡Qué emocionante es ser parte de tan maravilloso ministerio!

El Dr. A. W. Tozer acostumbraba recordarnos que “todo hombre tiene que escoger su mundo”. Los verdaderos creyentes han gustado de “la buena Palabra de Dios y los poderes del siglo venidero” (6:5); esto debe significar que no tenemos interés ni apetito de este presente sistema mundano y pecaminoso. Abraham escogió correctamente su mundo y llegó a ser el padre de los fieles. Lot escogió erróneamente su mundo y llegó a ser el padre de los enemigos del pueblo de Dios (Génesis 19:30-38). Abraham llegó a ser amigo de Dios (II Crónicas 20:7), en cambio, Lot llegó a ser amigo del mundo y lo perdió todo. Lot fue salvo, pero “así como por fuego” (I Corintios 3:15), y perdió su recompensa.

5. Es un libro de exaltación

La Epístola a los Hebreos exalta la persona y la obra de nuestro Señor Jesucristo. Los primeros tres versículos presentan este sublime y santo tema, el cual se mantiene a través de todo el libro. Su propósito inmediato es probar que Jesucristo es superior a los profetas, hombres que eran tenidos en alta estima por el pueblo judío.

En su persona Cristo es superior a los profetas. Para comenzar, es el Hijo mismo de Dios y no simplemente un hombre llamado por Dios. El autor aclara que Jesucristo es Dios (1:3), ya que esa descripción jamás podría aplicarse a un hombre mortal. “El resplandor de su gloria” se refiere a la gloria, *shekinah* de Dios que moraba en el tabernáculo y en el templo. (Ver Exodo 40:34-38 y I Reyes 8:10. La palabra *shekinah* proviene del hebreo y significa *morar*.)

Cristo es para el Padre lo que los rayos del sol son para el sol: El es el resplandor de la gloria de Dios. Así como es imposible separar del sol sus rayos, también es imposible separar la gloria de Cristo de la naturaleza de Dios.

“La imagen misma” (1:3) encierra la idea de la *impresión exacta*. La palabra *carácter* viene de la palabra griega traducida “imagen”. Literalmente, Cristo es la representación exacta de la sustancia misma de Dios (ver Colosenses 2:9). Sólo Jesús pudo decir con propiedad: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). Al ver a Cristo, uno ve la gloria de Dios (Juan 1:14).

En su obra, Cristo también es superior a los profetas. En primer lugar, él es el creador del universo; porque por medio de él, Dios “hizo el universo” (1:2). Cristo no sólo creó todas las cosas por su palabra (Juan 1:1-5), sino que también sostiene todas las cosas por medio de esa misma palabra poderosa (1:3). “Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Colosenses 1:17).

La palabra “sustenta” (1:3) no quiere decir *sostener*, como si el universo como una agobiadora carga estuviera sobre la espalda de Jesús. Significa apoyar y llevar de un lugar a otro. Él es el Dios de creación y el Dios de providencia quien lleva este universo al destino, divinamente determinado de antemano.

Él es también el profeta superior que declara la Palabra de Dios. El contraste entre Cristo, el Profeta, y los otros profetas, se ve con claridad:

Cristo

Dios el Hijo
Un solo Hijo
Un mensaje final
y completo

Los Profetas

Hombres llamados por Dios
Muchos profetas
Un mensaje fragmentario
e incompleto

Por supuesto, que tanto el Antiguo Testamento como la revelación del evangelio vinieron de Dios; pero Jesucristo es la *última palabra* en cuanto a revelación se refiere.

Cristo es la fuente, el centro y el fin de todo lo que Dios tiene que decir.

Pero Jesucristo tiene un ministerio de *sacerdote*, y esto revela su grandeza. Por sí mismo efectuó “la purificación de nuestros pecados” (1:3). Este aspecto de su ministerio será explicado en detalle en los capítulos 7 al 10.

Finalmente, Jesucristo será *rey* (1:3). Ahora se ha sentado, porque su obra ha terminado; y se ha sentado “a la diestra de la Majestad en las alturas”, el lugar de honor.

Esto prueba que él es igual a Dios el Padre, porque ningún ser creado podría sentarse a la diestra de Dios.

Creador, profeta, sacerdote y rey – Jesucristo es superior a todos los profetas y siervos de Dios que han aparecido en las sagradas Escrituras. Con razón, el Padre dijo en la transfiguración de Cristo, “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17:5). Allí estaban con Jesús dos de los profetas más grandes – Moisés y Elías; pero Cristo es superior a ellos.

Al estudiar Hebreos juntos, debemos recordar que nuestro propósito no es el de perdernos en detalles doctrinales interesantes, ni atacar a defender alguna doctrina predilecta, sino oír a Dios hablar por medio de Jesucristo, y prestar atención a esa palabra. Debemos hacer eco a la oración de los griegos; “Señor, quisiéramos ver a Jesús” (Juan 12:21). Si nuestro propósito es conocer mejor a Jesús y exaltarlo más, entonces cualquier diferencia que tengamos en relación con nuestro entendimiento del libro podrá olvidarse ante nuestra adoración de su persona.

Para ayudarnos a captar un cuadro completo de este emocionante libro, se da el siguiente bosquejo:

I. UNA PERSONA SUPERIOR–CRISTO

(capítulos 1-6)

A. Superior a los profetas (1:1-3)

B. Superior a los ángeles (1:4-2:18)

Exhortación: No deslizarse de la Palabra (2:1-4)

C. Superior a Moisés (3:1-4:13)

Exhortación: No dudar de la Palabra (3:7-4:13)

D. Superior a Aarón (4:14-6:20)

Exhortación: No desoir la Palabra (5:11-6:20)

II. UN SACERDOCIO SUPERIOR–MELQUISEDEC

(capítulos 7-10)

A. Un orden superior (7)

B. Un pacto superior (8)

C. Un santuario superior (9)

D. Un sacrificio superior (10)

Exhortación: No despreciar la Palabra (10:26-39)

III. UN PRINCIPIO SUPERIOR–LA FE

(capítulos 11-13)

A. Los grandes ejemplos de fe (11)

B. La perseverancia de la fe–castigo (12)

Exhortación: No desafiar la Palabra (12:14-29)

C. Exhortaciones prácticas de conclusión (13)

“Por tanto...avancemos a la madurez” (6:1, LBLA).

Superior a los Ángeles

(Hebreos 1:4-2:18)

Los ángeles eran muy importantes en la religión judía, principalmente porque miles de ellos intervinieron en la entrega de la ley en el monte Sinaí. Este hecho se afirma en Deuteronomio 33:2 (donde “santos” significa *ángeles*), y también en Salmo 68:17 (antigua versión); Hechos 7:53; y Gálatas 3:19. Puesto que el tema de Hebreos es que Cristo y su salvación son superiores a la ley de Moisés, era necesario que el escritor tratara el importante tema de los ángeles.

Esta larga sección sobre los ángeles se divide en tres partes. Primero, hay una *afirmación* (Hebreos 1:4-14) de la superioridad de Cristo sobre los ángeles. La prueba presentada consiste en siete citas del Antiguo Testamento. Segundo, hay una *exhortación* (2:1-4) a que los lectores, incluyéndonos a nosotros, pongamos mucha atención a la Palabra de Dios dada por medio de su Hijo. Finalmente, hay una *explicación* (2:5-18) acerca de cómo Cristo, teniendo un cuerpo humano, pudo ser superior a los ángeles, que son espíritus.

1. Afirmación: Cristo es superior a los ángeles (1:4-14)

Esta sección comprende siete citas del Antiguo Testamento, las cuales demuestran la superioridad de Cristo sobre los ángeles. Los eruditos nos dicen que el escritor citó la Septuaginta, la versión griega del Antiguo Testamento. (La palabra *septuaginta* es una palabra de origen griego que significa “70”. La tradición dice que 70 hombres tradujeron el Antiguo Testamento del hebreo al griego. La abreviatura para la septuaginta es LXX, el número 70 en números romanos.) Sin embargo, el mismo Espíritu Santo que inspiró las Escrituras tiene el derecho de citar y volver a afirmar la verdad como a él le plazca.

Notemos las afirmaciones hechas acerca de nuestro Señor Jesucristo, y las citas que las apoyan.

a. Cristo es el Hijo de Dios (1:4,5)

El “más excelente nombre” que Jesús posee es *Hijo*.

Aunque los ángeles *en conjunto* pueden ser llamados “los hijos de Dios” (Job 1:6), a ningún ángel se le daría este título *individualmente*; pues pertenece únicamente a nuestro Señor Jesucristo. La primera cita es del Salmo 2:7; “Mi hijo eres tú, Yo te engendré hoy”. Pablo indica el tiempo en que fue *engendrado*: La resurrección de Jesucristo (Hechos 13:33). Desde la eternidad, Jesucristo era Dios el Hijo. Se humilló a sí mismo y se hizo hombre (ver Filipenses 2:5,6). Sin embargo, en su resurrección, glorificó esa humanidad recibida del Padre y recibió otra vez la gloria eterna que había puesto a un lado (Juan 17:1,5). La resurrección declara: “¡Jesús es el Hijo de Dios!” (Romanos 1:4).

La segunda cita es de II Samuel 7:14. En la experiencia de David se refería a su hijo Salomón, a quien Dios amaría y disciplinaría como a un hijo, esta es la aplicación inmediata (ver Salmo 89:27). Pero también se refería a Jesucristo, el que es “más que Salomón”, esta es la aplicación final (Mateo 12:42).

b. Cristo es el primogénito que recibe adoración (Hebreos 1:6)

El término “primogénito” en la Biblia no siempre significa *nacido primero*. Dios hizo a Salomón el primogénito (Salmo 89:27) aunque es el *décimo* en la lista de la genealogía oficial (I Crónicas 3:1-5). El título es de honor y rango, porque el primogénito recibe la herencia y la bendición especial. Cristo es “el primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15) porque creó todas las cosas; y él es “el primogénito de entre los muertos” (Colosenses

1:18). Cuando vino al mundo, los ángeles lo adoraron (citado de Deuteronomio 32:43 en la LXX – “Cielos, regocijados con él; que los hijos de Dios le rindan homenaje”). Dios les ordenó que lo hicieran, lo cual prueba que Jesucristo es Dios; porque ninguno de los ángeles de Dios adoraría a una criatura.

c. *Cristo es servido por los ángeles* (Hebreos 1:7; esta es una cita del Salmo 104:4.)

Las palabras hebrea y griega para *espíritu* a veces se traducen: “viento”. Los ángeles fueron creados como espíritus; no tienen cuerpo, aunque pueden tomar forma humana cuando ministran en la tierra. Los ángeles sirvieron al Señor en varias ocasiones cuando él estuvo en la tierra (Mateo 4:11; Lucas 22:43), y ahora le sirven a él, y así también a nosotros.

d. *Cristo es Dios sentado en el trono* (Hebreos 1:8,9)

En algunas sectas falsas la cita del Salmo 45:6,7 se traduce: “Tu trono divino...” porque a ellos no les gusta esta fuerte afirmación de que Jesucristo es Dios. Pero la traducción que debe permanecer es: “Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo...” Los ángeles ministran *delante del trono*; no se sientan *en el trono*. Una de las principales enseñanzas del Salmo 110 es que Jesucristo, el ungido de Dios (Mesías, Cristo), está ahora sentado en el trono en la gloria. Jesús mismo se refirió a este importante Salmo (Marcos 12:35-37 y 14:62), y Pedro lo usó en el día de Pentecostés (Hechos 2:34-36). Nuestro Señor aún no ha establecido su reino terrenal, pero ya se ha sentado en el trono en la gloria (Efesios 1:20).

Cuando Cristo ascendió y entró en la gloria celestial, fue ungido para su ministerio celestial con “óleo de alegría” (Hebreos 1:9). Es probable que esto se refiera al Salmo 16:11, al cual Pedro hizo referencia en el día de Pentecostés: “Me llenarás de gozo con tu presencia” (Hechos 2:28).

¡Que escena tan gozosa debe haber sido! El Salmo 45 es un salmo de bodas, y hoy nuestro Señor es el esposo celestial que experimenta “el gozo puesto delante de él” (Hebreos 12:2). Los ángeles lo alaban, pero no pueden participar de esa posición o de ese gozo. El trono de nuestro Señor es para siempre, lo que significa que él es el eterno Dios.

e. *Cristo es el creador eterno* (1:10-12)

Esta larga cita es del Salmo 102:25-27. Los ángeles no fundaron la tierra, ya que ellos mismos son parte de la creación. Jesucristo es el Creador, y un día va a quitar la antigua creación y traerá una nueva. Todo cambia alrededor nuestro, pero él nunca cambiará, puesto que él es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8). La creación es como una vieja vestidura que un día será descartada para que ocupe su lugar una nueva.

f. *Cristo es el soberano*; los ángeles son los siervos (1:13,14)

Otra vez el escritor cita el Salmo 110:1. El hecho de que Jesucristo está ahora a la diestra del Padre (el lugar de honor) se menciona varias veces en el Nuevo Testamento (ver Mateo 22:43,44 y 26:64; Marcos 16:19; Hechos 2:33,34; Romanos 8:34; Colosenses 3:1; Hebreos 1:3,13; 8:1; 10:12; 12:2; I Pedro 3:22). Los ángeles son espíritus que sirven al Señor que está sentado en su trono, pero también nos ministran a nosotros que somos “herederos de la salvación” por la fe en Cristo. Hoy los ángeles nos sirven a nosotros.

Sería imposible hacer a un lado toda la evidencia presentada en estas citas. Jesucristo es superior a los ángeles, y esto quiere decir que él es mayor que la ley que fue entregada a Israel por medio de ellos.

2. Exhortación: Ponga atención a la Palabra para no deslizarse (Hebreos 2:1-4)

Esta es la primera de las cinco exhortaciones que se encuentran en Hebreos. Su propósito es animar a los lectores a prestar atención a la Palabra de Dios y a obedecerla. Notamos en el capítulo uno que estas exhortaciones se hacen más fuertes a medida que avanzamos en el libro: Comienzan con la exhortación de *no deslizarse* de la Palabra de Dios (2:1-4), y terminan con la de *no desechar* la Palabra de Dios (12:14-29). También notamos

que Dios no se queda con los brazos cruzados permitiendo que sus hijos se rebelen contra él. Continúa hablando y, cuando es necesario, castiga.

La exhortación fue escrita a los creyentes, porque el escritor se incluye cuando dice *nosotros*. El peligro al que aquí se refiere es el de *descuidar nuestra salvación*. Favor de notar que el escritor no dice rechazar, sino *descuidar*. No está animando a los pecadores a ser creyentes; más bien, está animando a los creyentes a poner atención a la gran salvación que han recibido del Señor.

Esta exhortación es que no nos “deslicemos” (2:1).

Más tarde (6:19), el escritor usa la ilustración de un ancla para mostrar cuán confiados podemos estar en las promesas de Dios. Los problemas espirituales quizá son ocasionados por el descuido más que por cualquier otra falta de nuestra parte. Descuidamos la Palabra de Dios, la oración, la adoración con el pueblo de Dios (ver 10:25), y otras oportunidades de crecimiento espiritual, y como resultado empezamos a deslizarnos. El ancla no se mueve; nosotros nos movemos.

Durante el tiempo del Antiguo Testamento, la gente que no obedecía la Palabra de Dios a veces era castigada .

Aquella Palabra fue dada por medio de ángeles; ¡Cuanta mayor responsabilidad tenemos hoy quienes hemos recibido la Palabra por medio del Hijo de Dios! En el versículo 2, “transgresión” se refiere al pecado de comisión, mientras que “desobediencia” sugiere pecado de omisión.

A menudo he contado la historia acerca del pastor que predicó una serie de mensajes sobre *los pecados de los santos*. Uno de los miembros de la iglesia se quejó al pastor, diciendo: -Después de todo, el pecado en la vida de creyentes es diferente del pecado en la vida de otras personas.

- Si, – replicó el pastor– es peor.

Tenemos la idea de que hoy los creyentes *bajo la gracia* pueden escapar del castigo de la mano de Dios que eran tan evidente *bajo la ley*. Pero al que se le da mucho, mucho se le demandará. No sólo hemos recibido la Palabra por medio del Hijo de Dios, sino que esa Palabra ha sido confirmada por medio de milagros apostólicos (2:4). La frase señales y prodigios se encuentra 11 veces en el Nuevo Testamento.

Aquí se refiere a milagros que atestiguaron de la veracidad de la Palabra de Dios. Estos milagros fueron hechos por los apóstoles (ver Marcos 16:17-20; Hechos 2:43). Hoy en día tenemos la Palabra de Dios completa; así que, no son necesarios estos milagros apostólicos. Ahora Dios da testimonio por medio de su Espíritu usando la Palabra (Romanos 8:16; I Juan 5:1-13). El Espíritu también da dones espirituales al pueblo de Dios a fin de que ministren en la iglesia (Efesios 4:11-13; I Corintios 12).

En la actualidad muchos creyentes subestiman la Palabra de Dios y la descuidan. En mi ministerio pastoral, he descubierto que el descuidar la Palabra de Dios y la oración, ya sea en público o en privado, es la causa mayor del *deslizamiento espiritual*. No es necesario dar muchos ejemplos porque cada creyentes sabe que esto es cierto, pues ya lo ha experimentado o lo ha visto en la vida de otros.

La próxima vez que cante *Fuente de la Vida Eterna*, recuerde que el compositor, Roberto Robinson, se convirtió bajo la poderosa predicación de Jorge Whitefield, pero que más tarde se apartó del Señor. Había sido usado grandemente como pastor, pero el descuido de las cosas espirituales le hizo descarriarse. Con el fin de encontrar paz comenzó a viajar. Durante uno de sus viajes conoció a una joven que era evidentemente muy espiritual.

-¿Qué opina de este himno que he estado leyendo? –le preguntó a Robinson, mostrándole el himnario. Era el himno que Robinson había escrito. Trató de evadir la pregunta, pero fue

imposible, porque el Señor le estaba hablando. Al fin, se humilló y confesó quién era y cómo había estado viviendo lejos del Señor.

–Pero esta fuente “de toda bendición” todavía está fluyendo, –le dijo ella; y por su estímulo Robinson fue restaurado a la comunión con el Señor.

Es fácil deslizarse cuesta abajo, pero es difícil regresar en contra de la corriente. Nuestra salvación es “grande”; pues fue comprada a gran precio; trae consigo grandes promesas y bendiciones; y lleva a una gran herencia en gloria. ¿Cómo podemos descuidarla?

3. Explicación: La humildad de Jesucristo no lo hace inferior (2:5-18)

El hecho de que los ángeles son “espíritus ministradores” que no tienen cuerpo humano podría tomarse como una ventaja sobre Jesucristo quien tuvo cuerpo humano mientras ministraba en la tierra. (Hoy en día tiene un cuerpo glorificado sin limitaciones.) El escritor da cuatro razones por las que la humanidad de nuestro Señor ni era un impedimento ni una indicación de inferioridad.

a. Por su humanidad pudo recuperar el dominio que el hombre había perdido (2:5-9)

Esta cita es del Salmo 8:4-6, y seguramente querrás leer el salmo completo. Cuando Dios creó a la primera pareja, les dio dominio sobre la creación (Génesis 1:26-31). David se sorprendió de que Dios compartiera su poder y gloria con el débil hombre. El hombre fue creado “un poco menor que los ángeles” (y, por lo tanto, inferior a ellos); pero se le dio privilegios mayores a ellos. Dios nunca les prometió a los ángeles que reinarían en el mundo venidero (Hebreos 2:5).

Pero tenemos aquí un serio problema, porque es obvio que actualmente el hombre *no* ejerce dominio sobre la creación. Ciertamente el hombre no puede controlar los peces, las aves o los animales. Es más, le es difícil controlarse a sí mismo. “Pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas” (Hebreos 2:8).

“Pero vemos a Jesús” (2:9). El es la respuesta de Dios al dilema del hombre. Jesucristo se hizo hombre con el fin de sufrir y morir por el pecado del hombre y restaurar el dominio perdido por el pecado. Cuando nuestro Señor estaba en la tierra, ejerció ese dominio. Tuvo dominio sobre los peces (Lucas 5:1-11; Mateo 17:24-27; Juan 21:1-11); sobre las aves (Lucas 22:34,60); sobre las bestias salvajes (Marcos 1:12,13); y sobre las bestias domesticadas (Marcos 11:1-7). En su condición del “postrer Adán” (I Corintios 15:45), Jesucristo reconquistó el dominio perdido del hombre. Hoy, todo está bajo sus pies (Efesios 1:20-23).

El hombre fue coronado “de gloria y de honra” (Hebreos 2:7), pero perdió su corona y se hizo esclavo del pecado. Jesucristo ha vuelto a ganar esa honra y gloria (2:9), y ahora los creyentes comparten su regio dominio (Apocalipsis 1:5,6). Un día, cuando establezca su reino, reinaremos con él con gloria y con honra. Jesucristo hizo todo esto por nosotros, pecadores perdidos, “por la gracia de Dios” (Hebreos 2:9). Si no se hubiera hecho hombre, no podría haber muerto, ni haber gustado “la muerte por todos” (Hebreos 2:9). Es cierto que los ángeles no pueden morir; pero tampoco pueden salvar a los pecadores ni restaurar el dominio perdido del hombre.

b. Su humanidad hizo posible que llevara muchos hijos a la gloria (2:10-13)

Cristo no es sólo el postrer Adán, sino que también es el autor de la salvación. La palabra griega traducida como “autor” significa *pionero* – uno que abre camino para otros. Cristo dejó su gloria para hacerse hombre, pero volvió a tomarla al resucitar y ascender al cielo, y ahora comparte esa gloria con todo aquel que confía en él para la salvación (Juan 17:22-24). Está llevando muchos hijos a la gloria.

Cristo está unido con nosotros y nosotros con él; somos uno espiritualmente. En un sentido real somos sus “hermanos” (Hebreos 2:12). El escritor cita el Salmo 22:22, un salmo mesiánico, en el cual Cristo se refiere a su iglesia como a sus hermanos. Esto significa que

compartimos la naturaleza misma del Hijo de Dios y que pertenecemos a la misma familia. ¡Qué maravilla de la gracia de Dios!

El escritor de Hebreos también cita Isaías 8:17,18 de la LXX. Este pasaje, por supuesto, hace referencia inmediata al profeta Isaías y a sus hijos excepcionales a quienes les fueron dados nombres significativos (ver Isaías 7:3; 8:1-4).

Pero la referencia final es a Jesucristo. Los creyentes no sólo son sus hermanos, sino también sus hijos: “He aquí, yo y los hijos que Dios me dio” (Hebreos 2:13). Si Jesucristo no hubiera venido a la tierra en forma de hombre, no podría llevarnos a compartir su gloria. Su encarnación crucifixión y resurrección se relacionan estrechamente; pues, sin ellas nadie llega a la gloria.

Antes de seguir adelante, se debe aclarar una frase en el 2:10: “perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos”. Esta declaración no indica que Jesucristo fuese imperfecto cuando estaba aquí. La palabra traducida “perfeccionase” significa *completase, hacer efectivo o adecuado*. Jesús no podría haber llegado a ser un Salvador y un Sumo Sacerdote adecuado si no hubiera sido hecho hombre, si no hubiera sufrido y muerto.

c. Por su humanidad desarmó a Satanás y nos libró de la muerte (2:14-16)

Los ángeles no pueden morir. Jesús no vino a salvar a los ángeles (note el v.16), sino a los seres humanos. Esto significa que tenía que tomar para sí carne y sangre humanas. Sólo así podría morir, y por su muerte derrotar a Satanás. La palabra destruir no significa *aniquilar*, ya que es obvio que Satanás está todavía vivo y activo. La palabra quiere decir *hacer inoperante, sin efecto*. Satanás no está destruido, sino desarmado.

¿En qué sentido tenía Satanás el poder de la muerte? La autoridad final sobre la muerte está en las manos de nuestro Dios (Deuteronomio 32:39; Mateo 10:28; Apocalipsis 1:18). Satanás sólo puede hacer lo que Dios le permite (Job 1:12; 2:6). Pero, puesto que Satanás es el autor del pecado (Juan 8:44), y el pecado trae muerte (Romanos 6:23), en este sentido Satanás tiene poder sobre el imperio de la muerte. Jesús lo llamó homicida (Juan 8:44). Satanás usa el temor de la muerte como una terrible arma para controlar la vida de las gentes. Su reino es de tinieblas y muerte (Colosenses 1:13). Los que confiamos en Cristo hemos sido librados una vez y para siempre de la autoridad de Satanás y del terrible temor de la muerte. La muerte, sepultura y resurrección de Cristo nos ha dado la victoria (I Corintios 15:55-58).

Jesucristo no tomó la naturaleza de los ángeles para salvar a los ángeles caídos (Apocalipsis 12:7-9; II Pedro 2:4). Más bien, tomo una posición menor que la de los ángeles para llegar a ser hombre, y no sólo un hombre común, sino judío, parte de la “descendencia de Abraham” (Hebreos 2:16). Los judíos eran una raza despreciada y odiada; sin embargo, nuestro Señor vino a ser judío.

d. Por su humanidad llego a ser Sumo Sacerdote capaz de compadecerse de su pueblo (2:17,18)

Los ángeles, siendo sólo espíritus que nunca han sufrido, no pueden identificarse con nosotros en nuestras debilidades ni en nuestras necesidades. Pero, Jesús sí puede. Mientras estuvo en la tierra, Jesús fue hecho “semejante a sus hermanos” es decir que experimentó, sin pecado, las debilidades de la naturaleza humana. Experimentó, como todo ser humano, las etapas de la infancia, la niñez, y la adolescencia. Conoció también el cansancio, el hambre y la sed (Juan 4:6-8). Supo lo que era ser despreciado y rechazado, difamado y acusado falsamente. Experimentó el sufrimiento físico y la muerte. Todo esto era parte de la preparación para su ministerio celestial como Sumo Sacerdote.

Como ejemplo de un hombre que no fue un sumo sacerdote misericordioso ni fiel, se puede leer la historia de Elí (I Samuel 2:27-36). Fue un sumo sacerdote que ni siquiera guió a sus propios hijos en un andar de fidelidad a Dios. Elí aun acusó a Ana, quien estaba llena de amargura de alma, de estar ebria (I Samuel 1:9-18).

Jesucristo es misericordioso y fiel: Es misericordioso con el hombre, y fiel para con Dios. Nunca puede fallar en sus ministerios sacerdotales. Hizo el sacrificio necesario por nuestros pecados a fin de que pudiéramos ser reconciliados con Dios. El no necesitó hacer un sacrificio por sí mismo porque era sin pecado.

Pero, ¿qué sucede cuando los que hemos sido salvos somos tentados a pecar? El está presto a ayudarnos. Fue tentado estando aquí en la tierra, pero nunca fue vencido.

Puesto que ha derrotado a todo enemigo, nos puede otorgar la gracia necesaria para vencer la tentación. La palabra “socorrer” en el 2:18 literalmente significa *acudir al niño cuando llora* – es decir, *dar auxilio en el momento preciso*.

Los ángeles nos pueden *servir* (1:14), pero no nos pueden *socorrer* en la tentación. Sólo Jesucristo puede hacerlo y esto porque se hizo hombre y siendo hombre sufrió y murió por nosotros.

Será bueno explicar ahora la diferencia entre el ministerio de nuestro Señor como Sumo Sacerdote y su ministerio como Abogado (I Juan 2:1). Como nuestro Sumo Sacerdote nos da la gracia para guardarnos del pecado cuando somos tentados. Si pecamos, entonces en nuestro Abogado para representarnos ante el trono de Dios y perdonarnos cuando sinceramente le confesamos nuestros pecados (I Juan 1:5-2:2). Ambos ministerios están incluidos en su presente obra de intercesión que nos garantiza la salvación eterna (nota que en Hebreos 7:25 dice “perpetuamente”; es decir, eternamente).

Al repasar esta sección nos maravillamos de la gracia y sabiduría de Dios. Desde el punto de vista humano, tal vez parezca absurdo que Dios sea haya hecho hombre; sin embargo, fue este mismo acto de gracia lo que hizo posible nuestra salvación y todo lo relacionado con ella. Cuando Jesucristo se hizo hombre, no se hizo inferior a los ángeles, ya que en su cuerpo humano realizó algo que nunca podrían haber hecho los ángeles. A la vez, hizo posible que participásemos de su gloria.

El no se avergüenza de llamarnos hermanos. ¿Te da a ti vergüenza llamarlo Señor?

3 Superior a Moisés

(Hebreos 3:1- 4:13)

Después de Abraham, sin duda, Moisés ha sido el hombre más reverenciado por el pueblo judío. Volver a la ley significaba volver a Moisés, y precisamente eso los destinatarios de esta Epístola a los Hebreos estaban tentados a hacer. Era importante que el escritor convenciera a sus lectores de que Jesucristo era mayor que Moisés, ya que todo el sistema religioso de los judíos vino a través de Moisés. En esta sección aprendemos que Jesucristo es superior a Moisés a lo menos en tres aspectos:

1. Cristo es superior en su persona (3:1,2)

La manera en que el escritor se refiere a los lectores demuestra que eran convertidos. “Hermanos santos” podía aplicarse sólo a personas de la familia de Dios, los que habían sido apartados por la gracia de Dios. Es claro que el escritor se refería a personas de la iglesia, el cuerpo de Cristo, por el uso de la frase “partícipes del llamamiento celestial”. Ningún judío ni gentil sin convertirse podía reclamar esa bendición. La palabra griega aquí traducida “partícipes” se traduce como “compañeros” en Lucas 5:7, donde describe la relación de cuatro hombres en el negocio de la pesca: Estaban unidos por los lazos de su oficio.

Los verdaderos creyentes no sólo participan del llamamiento celestial, sino que también participan de Cristo (Hebreos 3:14). Por medio del Espíritu Santo somos “miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (Efesios 5:30). Los verdaderos creyentes también son “partícipes del Espíritu Santo” (Hebreos 6:4). “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él” (Romanos 8:9). Por ser hijos de Dios también participamos del castigo amoroso de Dios (Hebreos 12:8). El no ser disciplinado por el Señor es evidencia de que una persona no es hijo de Dios.

Puesto que eran santos hermanos y partícipes del llamamiento celestial, podían *profesar o confesar* su fe en Jesucristo. La palabra *profesar* simplemente significa *decir la misma cosa*. Todos los verdaderos creyentes *dicen lo mismo* cuando se trata de su experiencia de salvación. Dos veces en esta epístola el escritor exhorta a los lectores a mantener esa profesión (4:14 y 10:23). Fue esta misma profesión de que eran “extranjeros y peregrinos” en la tierra lo que caracterizó a los hombres y mujeres de fe en el pasado (11:13).

No fue Moisés quien hizo todo esto por la gente a la cual la epístola fue dirigida; fue Jesucristo. El escritor los exhorta a considerar no a Moisés, sino a Jesucristo. La palabra significa considerar *cuidadosamente*, entender completamente. Esta no es una mirada rápida a Jesucristo, sino una consideración cuidadosa de quien es él y de lo que él ha hecho.

Que Cristo es superior a Moisés en su persona es un hecho obvio. Moisés era sólo un hombre, llamado a ser profeta y líder, mientras que Jesucristo es el Hijo de Dios enviado por el Padre al mundo. El título “apóstol” significa *uno enviado con una comisión*. Moisés fue llamado y comisionado por Dios, pero Jesucristo fue enviado como la *palabra final* para el hombre pecador. Tal vez quisieras leer algunos de los versículos en el Evangelio de Juan donde se hace referencia a Jesucristo como *enviado de Dios* (Juan 3:17,34; 5:36,38; 6:29,57; 7:29; 8:42; 10:36; 11:42; 17:3, y nota también 13:3).

Jesucristo no es sólo el Apóstol, sino que también es el Sumo Sacerdote. Moisés era profeta que en ocasiones sirvió como sacerdote (ver Salmo 99:6), pero nunca fue *sumo* sacerdote. Ese título pertenecía a su hermano Aarón.

Sólo Jesucristo tiene el título “gran sumo sacerdote” (Hebreos 4:14).

Como apóstol, Jesucristo representó a Dios ante los hombres; y como Sumo Sacerdote ahora representa a los hombres ante Dios en el cielo. Moisés, por supuesto, cumplió ministerios semejantes; le enseñó a Israel la verdad de Dios, y oró por Israel cuando se reunió con Dios en el monte (ver Exodo 32:30-32). Moisés era principalmente el profeta de la ley, mientras que Jesucristo es el mensajero de la gracia de Dios (ver Juan 1:17). Moisés ayudó a preparar el camino para la venida del Salvador a la tierra.

Sin embargo, el escritor de Hebreos enseña que tanto Moisés como Jesucristo fueron fieles en la obra que Dios les encomendó. Moisés no fue sin pecado como Cristo Jesús, pero fue fiel y obedeció la voluntad de Dios (Números 12:7). Esto sería un estímulo para que los judíos creyentes del primer siglo permanecieran fieles a Jesucristo, aun en medio de las duras pruebas que estaban pasando. En vez de regresar a la ley de Moisés, debían imitar a Moisés y ser fieles a su llamamiento.

2. Cristo es superior en su ministerio (Hebreos 3.3-6)

La palabra “casa” se usa cinco veces en estos versículos.

Se refiere al pueblo de Dios, no al edificio material. Moisés ministró a Israel, el pueblo de Dios bajo el antiguo pacto.

Hoy Cristo ministra a su iglesia, el pueblo de Dios bajo el nuevo pacto “la cual casa somos nosotros” (v. 6). En II Samuel 7 encontrarás una ilustración del uso doble de la palabra “casa”. David quería edificar un templo a Dios, una casa en la cual Dios pudiera morar. Pero Dios le dijo que él le edificaría casa (familia) a David, y que haría pacto con sus descendientes.

El contraste entre Moisés y Cristo es claro: Moisés era *siervo en la casa*, mientras que Jesucristo es *Hijo sobre la casa*. Moisés era un miembro de la casa, mientras que Jesús *edificó* la casa. A propósito, la verdad de estos versículos es un argumento poderoso a favor de la deidad de Jesucristo.

Si Dios edificó todas las cosas, y Cristo edificó la casa de Dios, entonces Jesucristo tiene que ser Dios.

Hay otro factor en cuanto a la superioridad de Cristo sobre Moisés: El profeta Moisés habló de cosas por venir, pero Cristo las cumplió (v. 6). Moisés ministró a *media luz* (ver 8:5 y 10:1), mientras que Jesús trajo la luz completa y final del evangelio de la gracia de Dios.

La palabra griega traducida “siervo” (v. 5) no es la palabra comúnmente usada en el Nuevo Testamento para siervo o esclavo. Esta palabra tiene el sentido de *un siervo voluntario que actúa por afecto*. En el Nuevo Testamento sólo se usa en relación con Moisés. Al principio de su ministerio, fue un poco titubeante y resistió el llamamiento de Dios. Pero una vez que se rindió, obedeció con un corazón de amor y devoción.

El “sí” del v.6 debe entenderse a la luz de todo el contexto, el cual trata de Moisés cuando guió a Israel fuera de Egipto a la tierra prometida. No es que el escritor está infiriendo que nosotros como creyentes debemos mantenernos salvos. Esto sería una contradicción al tema principal del libro de Hebreos, el cual es la obra consumada de Cristo y su ministerio celestial que garantizan nuestra salvación eterna (7:14-28). Más bien, el escritor está afirmando que los que retienen su confianza y esperanza *prueban* que son verdaderamente nacidos de nuevo.

La palabra “confianza” significa *libertad de expresión, franqueza*. Cuando hay libertad para hablar, entonces no hay temor, sino confianza. El creyente puede acercarse “confiadamente al trono de la gracia” (4:16), con franqueza y libertad, sin tener temor. Tenemos esta confianza por causa de la sangre derramada de Cristo (10:19). Por lo tanto, no debemos perder nuestra confianza, no importa cuáles sean las circunstancias (10:35). Debemos tener confianza no en nosotros mismos, porque estamos propensos a fallar; antes bien debemos confiar en Jesucristo, aquel que nunca falla.

Por esta confianza en Cristo y por nuestra profesión de fe en él, tenemos gozo y esperanza (v.6). A estos creyentes que sufrían, el escritor les exhorta a *gozar* de la experiencia espiritual y no simplemente a *soportarla*. Jesucristo es el hijo amado sobre su casa y él cuidará de cada miembro de la familia. Es el fiel Sumo Sacerdote que provee toda la gracia que necesitamos para cada exigencia de la vida.

Como el gran Pastor de las ovejas (13:19-20), Jesucristo usa las experiencias de la vida de los suyos para prepararlos para el servicio que glorificará su nombre.

En otras palabras, los que han confiado en Cristo *demuestran* esta profesión por su firmeza, confianza y esperanza gozosa. No están oprimidos por el pasado, ni amenazados por el presente, sino que *viven en el tiempo futuro* mientras esperan “la esperanza” bienaventurada del regreso del Señor. Es este llamamiento celestial lo que anima al creyente a vivir para el Salvador aun cuando las circunstancias sean adversas.

La peregrinación de Israel en el desierto es un tema principal en esta sección. Dos hombres de esa nación – Caleb y Josué – ilustran la actitud descrita en el 3:6. Todos los demás israelitas que tenían más de 20 años habían de morir en el desierto y nunca entrarían en la tierra prometida (ver Números 14:26-38). Pero Caleb y Josué creyeron a Dios y él honró su fe. Por cuarenta años Caleb y Josué vieron morir a sus amigos y familiares; pero aquellos dos hombres de fe confiaron en la palabra de Dios de que un día entrarían en Canaán. Mientras que otros sufrían tristeza y muerte, Caleb y Josué se regocijaban en una firme esperanza.

Como creyentes, sabeos que Dios nos llevará al cielo, y debemos mostrar la misma confianza y esperanza gozosa.

3. Cristo es superior por el reposo que da (Hebreos 3:7- 4:13)

Esta larga sección es la segunda de las cinco exhortaciones de esta epístola. En la primera exhortación (2:1-4), el escritor señala el peligro de *deslizarse* de la Palabra por descuidarla. En esta exhortación explica el peligro de *la duda y la incredulidad* en cuanto a la Palabra debido a la dureza de corazón. Es importante que entendamos los antecedentes de esta sección, que son el éxodo de Israel de Egipto y su incredulidad en el desierto.

Para comenzar, tenemos que entender que hay lecciones espirituales encerradas en la geografía de las experiencias de Israel. La esclavitud de la nación en Egipto ilustra la esclavitud del pecador en este mundo. Como Israel fue liberto de Egipto por la sangre de los corderos y por el poder de Dios, así el pecador que cree en Cristo es librado de la esclavitud del pecado (Colosenses 1:13,14). Jesucristo es “el cordero de Dios” cuya muerte y resurrección ha hecho realidad nuestra liberación del pecado.

No era la voluntad de Dios que Israel permaneciera ni en Egipto ni en el desierto. Su deseo era que el pueblo entrara a su gloriosa herencia en la tierra de Canaán. Pero cuando Israel llegó a la frontera de su heredad, se demoró porque dudó de la promesa de Dios (Números 13-14). – No podemos – lamentaron los 10 espías y todo el pueblo.

–*Podemos*, con la ayuda de Dios – dijeron Moisés, Caleb y Josué.

Como el pueblo se echó para atrás por su incredulidad, en vez de seguir adelante con fe, perdió su herencia y murió en el desierto. Fue la nueva generación la que poseyó la tierra y entró a su reposo.

¿Qué representa Canaán para nosotros? Representa nuestra herencia espiritual en Cristo (Efesios 1:3,11,15-23). Es lamentable que algunos de nuestros cantos e himnos usen a Canaán como cuadro del cielo, y el paso del Jordán como figura de la muerte. Puesto que Canaán era un lugar de batallas y derrotas, no es una buena ilustración del cielo. Israel tuvo que cruzar el río por la fe (un cuadro del creyente muriendo al yo y al mundo, Romanos 6), y

tuvo que reclamar la herencia por fe. Tenían que *marchar por fe* (Josué 1:3) y reclamar la tierra tal como los creyentes tienen que hacerlo en la actualidad.

Ahora podemos entender lo que representan las peregrinaciones en el desierto: las experiencias de los creyentes que no se apropian de su herencia espiritual en Cristo, que dudan de la Palabra de Dios y viven intranquilos en su incredulidad. Por cierto, Dios está con ellos como estuvo con Israel; pero no gozan de la plenitud de las bendiciones de Dios. Están *fuera de Egipto*, pero todavía no han entrado *en Canaán*.

Con esto como base, ahora podemos entender una de las palabras claves de esta sección—“repose” (Hebreos 3:11,18; 4:1,3,4,5,8-11). El escritor menciona dos diferentes *reposos* que se encuentran en la historia del Antiguo Testamento:

(1) *El descanso sabático de Dios*, cuando el Creador cesó de crear (Hebreos 4:4, Génesis 2:2); y (2) *El reposo de Israel en Canaán* (Hebreos 3:11; Deuteronomio 12:9; Josué 21:43-45). Pero el escritor vio en estos *reposos* ilustraciones de las experiencias espirituales de los creyentes de la actualidad. El reposo del sábado es una figura de nuestro reposo en Cristo por medio de la salvación (Hebreos 4:3 y Mateo 11:28). El reposo de Canaán es un cuadro de nuestro reposo actual cuando echamos mano de nuestra herencia en Cristo (Hebreos 4:11-13, nota el énfasis en la palabra de Dios). El primero es el reposo de la salvación; y el segundo es el reposo de la sumisión.

Pero hay un tercer reposo mencionado; el reposo futuro que todo creyente gozará con Dios. “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios” (4:9) La palabra griega para reposo aquí es *sabbatismos* – “el guardar de un sábado”. Este es el único lugar donde dicha palabra aparece en el Nuevo Testamento. Cuando los creyentes entren al cielo, será como participar del gran sábado de reposo de Dios, terminados ya todos los trabajos y batallas (Apocalipsis 14:13).

Podemos representar estos reposos por el siguiente diagrama:

<i>Pasado</i>	<i>Presente</i>	<i>Futuro</i>
El sábado de repose de Dios	El reposo de la salvación	El cielo
El reposo de Israel en Canaán	El reposo de sumisión (victoria en Cristo)	

Con estos antecedentes de la historia de Israel y de los *reposos* correspondientes, ahora podemos examinar el pasaje. El escritor da una triple amonestación.

a. “*Mirad*” (Hebreos 3:7-19)

¿*Mirad* qué? La triste historia de la nación de Israel y la importante lección que enseña. El escritor cita el Salmo 95:7-11 que narra la respuesta de Dios a la trágica condición espiritual de Israel. Dios había librado a su pueblo de Egipto y lo había cuidado, mostrando su poder con muchas señales y prodigios. Israel vio todo esto y recibió algo de provecho, pero la experiencia no le acercó más a Dios ni le hizo confiar más en él. Todo lo que Dios hizo por Israel no le benefició espiritualmente. En realidad, sucedió lo opuesto: Endurecieron su corazón contra Dios. Probaron a Dios y él no les falló; pero ellos le fallaron a él.

El corazón de cada problema es un problema del corazón.

El pueblo de Israel, excepto Moisés, Caleb y Josué, vagaron en sus corazones (Hebreos 3:10), lo cual significa que se extraviaron de Dios y de su Palabra. También tuvieron corazones malos de incredulidad (v.12); no creyeron que Dios les daría la victoria en Canaán. Habían

visto a Dios hacer grandes señales en Egipto; sin embargo, lo juzgaron incompetente para el desafío de Canaán.

Cuando alguno tiene un corazón *errante e incrédulo*, el resultado será un corazón *endurecido*; es decir, un corazón insensible a la Palabra y a la obra de Dios. Tan duro estaba el corazón de Israel que el pueblo quería volver a Egipto.

Imagínese, querer dejar la libertad que Dios les había dado para volver a la esclavitud de Egipto. Por supuesto, toda esa historia hablaba al corazón de los lectores de esta carta, porque ellos mismos estaban en peligro de *retroceder*.

El juicio de Dios cayó sobre Israel en Cades-Barnea.

Toda esa generación fue condenada a morir y sólo la nueva generación entraría en la tierra. Dios dijo: “No entrarán en mi reposo” (3:11). Pero, ¿cuál es el mensaje para el creyente de hoy? Hoy ningún creyente puede volver al sistema legalista de Moisés, ya sea judío o gentil, puesto que ya no existe el templo ni el sacerdocio. Pero cada creyente es tentado a dejar su profesión de fe en Cristo y a volver al sistema de vida de esclavitud y transigencia con el mundo. Esto es cierto especialmente en tiempos de persecución y sufrimiento. El fuego de persecución siempre ha purificado a la iglesia, porque el sufrimiento separa a los verdaderos creyentes de los falsos. Los verdaderos creyentes están dispuestos a sufrir por Cristo y mantienen firmes sus convicciones y su profesión de fe (ver Hebreos 3:6,14).

Somos salvos no por mantener nuestra profesión. El hecho de mantener nuestra profesión prueba que somos verdaderos hijos de Dios.

Es importante que prestemos atención y que reconozcamos los peligros espirituales existentes. Pero también es importante que nos animemos unos a otros a ser fieles al Señor (3:13). Tenemos la impresión de que algunos de esos creyentes a quienes se les dirigía la carta descuidaban el compañerismo con la iglesia local (ver 10:23-25). Los creyentes se pertenecen el uno al otro y se necesitan.

Moisés, Caleb y Josué trataron de animar a Israel cuando la nación rehusó entrar a Canaán, pero el pueblo no escuchó.

De esta sección se desprende que Israel le causó dolor a Dios durante los cuarenta años de peregrinación en el desierto. Los judíos apenas habían salido de Egipto cuando comenzaron a provocar a Dios (Exodo 16:1-13). Después que Dios les suplió pan, se quejaron por falta de agua (Exodo 17:1-17). Moisés llamó el nombre de ese lugar “Masah y Meriba” que significa *provocación y tentación*, las cuales se usan en Hebreos 3:8.

El pecado de Israel se menciona en el v.12 – “apartarse del Dios vivo”. De la palabra griega traducida “apartarse” proviene el vocablo *apostasía*. Este es el único lugar en Hebreos donde dicha palabra se emplea. ¿Significa *apostasía* aquí abandonar la fe y ser condenado para siempre? Eso no concuerda con el contexto. Israel se apartó del Dios vivo al rechazar la voluntad divina para su vida, y al querer obstinadamente volver a Egipto. Dios no les permitió volver; más bien, los disciplinó en el desierto. Dios no permitió que su pueblo regresara a la esclavitud.

El énfasis en Hebreos es que los verdaderos creyentes tienen una salvación eterna porque confían en un Salvador quien vive y continuamente intercede por ellos. Pero el escritor hace hincapié en que esta confianza no es excusa para pecar. Dios disciplina a sus hijos. Recuerde que Canaán no es un cuadro del cielo, sino de la presente herencia espiritual que el creyente posee en Cristo. Los creyentes que dudan de la Palabra de Dios y se rebelan contra él no pierden el cielo, sino las bendiciones de su herencia en el presente, y tienen que sufrir el castigo de Dios.

b. “*Temamos*” (4:1-8)

Los creyentes en la actualidad pueden poseer y gozar de su herencia espiritual en Cristo. Debemos procurar siempre creer la Palabra de Dios, porque ella puede realizar sus propósitos solamente cuando es “acompañada con fe”. El argumento de esta sección se presenta en diversas proposiciones: (1) Dios concluyó su obra y reposó, así que su reposo ha estado disponible desde la creación; (2) Los judíos no entraron a su reposo; (3) Muchos años después (Salmo 95), Dios dijo que todavía había un reposo al alcance de su pueblo. El “hoy” mencionado por David permanece hasta la fecha. Esto significa que Josué no guió a Israel al verdadero reposo, porque todavía queda un reposo.

El reposo de Canaán para Israel es un cuadro de reposo espiritual que encontramos en Cristo cuando nos rendimos a él. Cuando venimos a Cristo por la fe, encontramos el reposo de *la salvación* (Mateo 11:28). Cuando nos rendimos a él y aprendemos de él y le obedecemos por fe, gozamos del reposo de la *sumisión* (Mateo 11:29,30). El primero es “paz con Dios” (Romanos 5:1); el segundo es “la paz de Dios” (Filipenses 4:6-8). Al creer, entramos al reposo (Hebreos 4:3); al obedecer a Dios por la fe y rendirnos a su voluntad, el reposo entra en nosotros.

c. “*Procuremos*” (Hebreos 4:9-13)

Seamos diligentes es una buena traducción de esta amonestación. Diligencia es lo opuesto al *deslizamiento* (Hebreos 2:1-3). ¿Cómo podemos ser diligentes? Por poner mucha atención a la Palabra de Dios. Israel no creyó la Palabra de Dios, así que siendo rebeldes cayeron en el desierto “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

Al comparar la Palabra de Dios con una espada, el escritor no está infiriendo que Dios usa su Palabra para destruir a los creyentes. Es cierto que la Palabra de Dios corta con convicción los corazones de los pecadores (Hechos 5:33; 7:54), y que la Palabra derrota a Satanás (Efesios 6:17). La palabra griega traducida “espada” significa *una espada corta, o una daga*. El énfasis se hace sobre el poder de la Palabra para penetrar y descubrir el corazón del hombre. La Palabra *discierne* o juzga. Los israelitas criticaron la Palabra de Dios en vez de permitir que ella los juzgara.

En consecuencia, perdieron su herencia.

Por supuesto, Dios ve los corazones (Hebreos 4:13); pero nosotros no siempre sabemos lo que en ellos hay (Jeremías 17:9). Dios, por su Palabra, nos hace ver el pecado y la incredulidad en nuestros corazones. La Palabra de Dios *descubre* lo que hay en nuestros corazones; y luego, si confiamos en Dios, la Palabra nos *capacita* para obedecerle a Dios y para apropiarnos de sus promesas. Por esta razón, cada creyente debe ser diligente para oír y obedecer la Palabra de Dios. En ella vemos a Dios y también vemos cómo él nos ve. Nos vemos tal como somos. Esta experiencia nos ayuda a ser sinceros con Dios, a confiar en su voluntad y a obedecerle.

Todo esto es posible por causa de la obra consumada de Jesucristo. Dios reposó cuando terminó la obra de la creación. El Hijo de Dios reposó cuando terminó la obra de la nueva creación. Podemos entrar en su reposo confiando en su Palabra y obedeciendo su voluntad. Podemos hacer esto al oír su Palabra, entenderla, confiar en ella y obedecerla. Sólo de esta manera podemos echar mano de nuestra herencia en Cristo.

Antes que Josué conquistara Jericó, investigó la situación; y se encontró con el Señor Jesucristo (Josué 5:13-15). El Señor tenía una espada en la mano, y Josué cayó a sus pies en completa sumisión, reconociéndose como segundo en el mando. Fue esta acción en privado lo que le dio a Josué su victoria pública.

Apropiemos también nuestra herencia espiritual rindiéndonos a Cristo y confiando en su Palabra. Debemos estar vigilantes para que no se halle en nosotros un corazón malo de incredulidad.

Mayor Que el Sumo Sacerdote Aarón

(Hebreos 4:14-5:10)

Moisés no sólo guió al pueblo de Israel al descanso prometido, sino que a él mismo le fue prohibida la entrada a la tierra. Josué los guió al descanso *físico*, pero no al reposo *espiritual* prometido (ver 4:8). Pero, ¿qué podemos decir acerca de Aarón el primer sumo sacerdote? ¿Podría el sacerdocio aarónico, con todos sus sacrificios y ceremonias, ofrecerle al reposo a un alma afligida?

Los creyentes hebreos que recibieron esta epístola estaban sumamente tentados a volver a la religión de sus padres.

Después de todo, cualquier judío podía viajar a Jerusalén y *ver* el templo y a los sacerdotes ministrando en el altar. Allí había algo real, visible, y concreto. Cuando una persona está sufriendo la persecución, como estos hebreos, es mucho más fácil andar por vista que por fe. Algunos de nosotros hemos dudado del Señor bajo provocación mucho menor que la que estas personas estaban padeciendo.

El tema central de Hebreos es el sacerdocio de Jesucristo, ministerio que el Señor está ejerciendo en el cielo a favor de su pueblo. ¿Es el ministerio sacerdotal de Cristo superior al de Aarón y sus sucesores? Sí, lo es, y el escritor comprueba su aseveración presentando cuatro argumentos:

1. Jesucristo tiene un título superior (4:14-16)

“Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote...”

(4:14). Aarón era un sumo sacerdote, pero Jesucristo es el Gran Sumo Sacerdote. Ningún sacerdote del Antiguo Testamento podía llevar ese título. Pero. ¿en qué consiste la grandeza de nuestro Señor?

Para comenzar, Jesucristo es tanto Dios como hombre.

El es “Jesús, el Hijo de Dios”. El nombre “Jesús” significa *salvador* y señala su humanidad y su ministerio en la tierra. El título “Hijo de Dios” es una afirmación de su deidad; del hecho de que él es Dios. En su personalidad singular, Jesucristo une la deidad y la humanidad, así que puede llevar los hombres a Dios y proveerles todo lo que Dios tiene para ellos.

No solamente en su *persona*, sino también en su *posición*, Jesucristo es superior. Aarón y sus sucesores ministraron en el tabernáculo y en el templo, entrando una vez al año en el lugar santísimo. Pero Jesucristo “traspasó los cielos” (4:14). Al ascender al Padre, Jesucristo pasó a través de los cielos atmosféricos y planetarios, hasta el tercer cielo donde Dios mora (II Corintios 12:2). ¡Cuánto mejor es tener un sumo sacerdote que ministra en un tabernáculo celestial en vez de uno terrenal!

Pero hay otro aspecto de la posición de Cristo: No sólo está en el cielo, sino que está *entronizado*. Su trono es “el trono de la gracia” (Hebreos 4:16). El propiciatorio en el arca del pacto era el trono de Dios en Israel (Exodo 25:17-22), pero nunca podía llamarse *trono de gracia*. La gracia no se oculta de la gente ni se esconde en una tienda.

Además, a la gente común no se le permitía entrar a los precintos santos del templo ni del tabernáculo, y los sacerdotes sólo entraban hasta el velo. Solamente el sumo sacerdote entraba más allá del velo, y esto sólo en el día de la expiación (Levítico 16). Pero *cada creyente* en Cristo es invitado y aun animado a acercarse “confiadamente al trono de la gracia”. ¡Es un gran trono porque nuestro Gran Sumo Sacerdote ministra allí!

Jesucristo, nuestro Gran Sumo Sacerdote, está en el cielo y está entronizado. Algo más lo hace grande: Está ministrando misericordia y gracia a los que acuden a él por ayuda. *Misericordia* quiere decir que Dios no nos da lo que merecemos; *gracia* significa que Dios nos da lo que no merecemos. Ningún sumo sacerdote del Antiguo Testamento podía ministrar misericordia y gracia de esta misma manera.

Cuando un israelita era tentado, no podía correr fácilmente al sumo sacerdote para que lo ayudara; y por supuesto, no podía entrar al lugar santísimo para pedir la ayuda de Dios.

En cambio, como creyentes en Cristo, podemos acudir a nuestro Sumo Sacerdote en todo tiempo, en cualquier circunstancia, y encontrar el oportuno socorro.

Ahora bien, puesto que Cristo nuestro Sumo Sacerdote es superior a Aarón, podemos sacar dos conclusiones importantes. La primera: No es necesario dejar nuestra profesión tan sólo porque pasamos por pruebas (Hebreos 4:14). La palabra traducida “profesión” significa *confesión*.

Estos creyentes hebreos estaban tentados a dejar su confesión de fe en Cristo y su confianza en él (ver 3:6,14). No era asunto de dejar su salvación, puesto que ésta es eterna por medio de Cristo (5:9). Era en asunto de su confesión pública de fe. Al volver al sistema del Antiguo Testamento, sería como si dijese al mundo que no habían creído en Cristo (ver Gálatas 2:11-21). Tal incredulidad sólo traería reproche sobre el nombre de Cristo.

Después de todo, el propósito principal de la salvación es la gloria de Dios (ver Efesios 1:16,12,14). Lo que más le importaba a moisés cuando Israel quebrantó la ley de Dios e hizo el becerro de oro era la gloria de Dios (Exodo 32).

Dios le propuso a moisés destruir la nación y comenzar una nueva con él, pero éste rechazó la oferta. En vez de eso Moisés intercedió por Israel tomando como base la gloria de Dios y su promesa; y Dios prescindió de destruir al pueblo aunque lo castigó por su pecado (Exodo 32:11-13).

La segunda conclusión es esta: No hay necesidad de retroceder puesto que podemos acercarnos confiadamente a la presencia de Dios y recibir el socorro necesario (Hebreos 4:16). Ninguna prueba es tan grande, ninguna tentación tan fuerte, que Jesucristo no pueda darnos la misericordia y la gracia que necesitamos, y cuando la necesitamos. Pero quizá argumentemos: “El está muy lejos, y es el Hijo perfecto de Dios; ¿qué puede saber de los problemas de débiles pecadores como nosotros?”

Pero eso es parte de su grandeza. Cuando ministró en la tierra en su cuerpo humano, experimento todo lo que nosotros experimentamos, y *aun más*. Después de todo, una persona sin pecado sentiría las tentaciones y pruebas de una manera más fuerte que como tú y yo las podemos sentir.

Cristo fue tentado; sin embargo, no pecó y puede ayudarnos cuando somos tentados. Si fallamos en mantener nuestra profesión, no estamos demostrando que Jesucristo ha fallado. Sólo estamos manifestándole al mundo que *hemos fallado* en echar mano de su misericordia y gracia, las cuales siempre están a nuestro alcance.

2. Jesucristo tiene una ordenación superior (5:1.4-6)

Cuando llegué a ser pastor de la Iglesia Bautista el Calvario de Covington, Kentucky (E. U. A.) tuve que ir a la municipalidad y conseguir una licencia. De lo contrario, no tendría autoridad de efectuar ceremonias nupciales. Tuve que mostrar el certificado de ordenación y probar que en verdad era el pastor de aquella iglesia.

Un día recibí una llamada telefónica desesperada de uno de nuestros miembros. Unos creyentes, amigos de él, habían de ser unidos en matrimonio por un familiar quien era pastor de ellos en el estado de Michigan, y descubrieron que no estaba autorizado para celebrar la ceremonia en el estado de Kentucky. ¿Podía yo ayudarles? El pastor visitante podía leer la

ceremonia igual que yo y conocía a la pareja mejor que yo; pero le faltaba la autorización del estado para officiar.

Ninguno se podía nombrar a sí mismo como sacerdote, y mucho menos sumo sacerdote. El rey Saúl invadió el sacerdocio y perdió su reino (I Samuel 13). Coré y séquito rebelde trataron de hacerse sacerdotes y Dios los juzgó (Números 16). Cuando el rey Usías trató de entrar en el templo y quemar incienso, Dios lo castigó con la lepra (II Crónicas 26:16-21).

Aarón fue escogido por Dios como sumo sacerdote, y fue debidamente ordenado e instalado en su oficio (Exodo 28). Fue escogido *de entre* los hombres para ministrar por los hombres. Su tarea principal se hacía ante el altar: Ofrecer los sacrificios que Dios había ordenado (ver Hebreos 8:3,4; 9:14). A menos que los sacrificios fueran ofrecidos en el lugar indicado, y por la persona indicada, no serían aceptados por Dios.

La existencia misma del sacerdocio y de un sistema de sacrificios es evidencia de que el hombre está enemistado con Dios. Era un acto de su gracia el que Dios instituyera el sistema levítico. Hoy, ese sistema se cumple en el ministerio de Jesucristo. El es tanto el sacrificio como el Sumo Sacerdote que ministra al pueblo de Dios a base de su ofrenda hecha una vez para siempre en la cruz.

El tema de la ordenación mencionado en Hebreos 5:1 se explica más ampliamente en 5:5,6. Jesucristo no se ordenó a sí mismo como sumo sacerdote. Fue constituido como tal por Dios el Padre. La cita en Hebreos 5:5 es del Salmo 2:7.

Este salmo ya había sido citado en 1:5 para probar que Jesucristo es el Hijo de Dios. Pero el énfasis en Hebreos 5:5 es sobre el sacerdocio de Jesucristo y no sobre su deidad.

¿Qué significado tiene entonces esta cita para el argumento?

La respuesta a esa pregunta se encuentra en Hechos 13:33-34, donde el apóstol Pablo citó el Salmo 2:7 y explicó lo que significa. La frase “yo te he engendrado hoy” no se refiere al nacimiento de Cristo en Belén, sino a su resurrección de entre los muertos. El Hijo de Dios fue *engendrado* a una gloriosa vida nueva en su resurrección .

Ascendió al cielo en un cuerpo glorificado para ser nuestro Sumo Sacerdote en el trono de la gracia. Cuando Aarón fue ordenado al sacerdocio, ofreció sacrificio de animales.

Pero Jesucristo, para ser nuestro Sumo Sacerdote, se ofreció a sí mismo y luego resucitó de los muertos.

Pero Dios el Padre no sólo dijo: “Mi hijo eres tú” en el Salmo 2:7; también dijo: “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (Hebreos 5:6, citado del Salmo 110:4). Este salmo también fue citado antes, en Hebreos 1:13, para afirmar la victoria final de Jesucristo sobre todos sus enemigos. Cuando Aarón fue ordenado, Dios no le habló directamente para declararle su sacerdocio.

Pero el Padre sí hizo esta declaración especial acerca de su Hijo.

Dos factores hacen único el sacerdocio de Cristo, y por lo tanto, su ordenación es mayor. Primero, es Sumo Sacerdote *para siempre*. Ningún sacerdote del Antiguo Testamento ministró para siempre, puesto que todo sacerdote murió y cedió su oficio a su sucesor. La frase “para siempre” sobresale en la epístola. A lo menos seis veces el escritor afirma que el sumo sacerdocio de Cristo es para siempre (5:6; 6:20; 7:17,21,24,28). Y puesto que es sacerdote para siempre, le da a su pueblo salvación para siempre (7:23-28).

El segundo factor que hace única la ordenación de Cristo es que pertenece a *un orden distinto* al de los sacerdotes del Antiguo Testamento. Ellos pertenecían al orden de Aarón; él pertenece al orden de Melquisedec. Este es un concepto clave en el libro de Hebreos, así que tendremos que dedicar más tiempo para examinarlo y entenderlo.

Melquisedec sólo es mencionado en dos lugares en el Antiguo Testamento (Génesis 14:17-24; Salmo 110:4). Su nombre significa “rey de justicia” y también era “rey de Salem” (paz). Pero lo fascinante acerca de Melquisedec es que era *tanto rey como sacerdote*. El rey

Usías quería ser ambos rey y sacerdote, y Dios lo juzgó. Sólo en Jesucristo y en Melquisedec, quien vivió antes que fuera dada la ley, se dieron estos dos oficios combinados. Jesucristo es un Sumo Sacerdote sentado en el trono.

La razón por la cual Cristo puede ser Sumo Sacerdote “para siempre” es porque pertenece al orden de Melquisedec.

El relato del Antiguo Testamento no menciona que Melquisedec haya muerto (ver Hebreos 7:1-3). Sin embargo, puesto que era hombre, sabemos que murió. Así que, Melquisedec es un cuadro de nuestro Señor Jesucristo quien es sacerdote para siempre.

Pero Melquisedec también representa a nuestro Señor como Sumo Sacerdote *celestial*. Jesucristo nunca podría servir como sacerdote mientras estuviera en la tierra, porque no pertenecía a la tribu de Leví. Jesús nació de la simiente de David, de la tribu de Judá. El llegó a ser el sacrificio en la tierra con el fin de ser el Sumo Sacerdote en el cielo. Estas verdades, se desarrollan en Hebreos 7-10, pero aquí se introducen.

3. Jesucristo muestra una simpatía superior (5:2,7,8)

Cada sumo sacerdote del Antiguo Testamento tenía que ministrar a personas *ignorantes y extraviadas* (5:2). Dios no hizo otra provisión sino el castigo para la rebelión descarada (ver Exodo 21:12-14; Números 15:27-31). En cambio, hizo provisión para los pecados cometidos por ignorancia o por debilidad. Un sacerdote del Antiguo Testamento podía identificarse con los pecadores porque él mismo era pecador. En efecto, en el Día de la Expiación, el sumo sacerdote tenía que ofrecer un sacrificio *por sí mismo* antes de poder ofrecer un sacrificio por la nación (Levítico 16; Hebreos 9:7).

Uno pensaría que un pecador tendría compasión de otro, pero no siempre es así. El pecado hace a la persona egoísta y le puede cegar para que no vea los sufrimientos de otros. También puede endurecer su corazón y convertirle en juez, en vez de persona compasiva. ¿Recuerda cómo Ana, con el corazón quebrantado, fue acusada de ebria por el sumo sacerdote Elí, cuando ella oraba pidiendo un hijo? (I Samuel 1:9-18) Y cuando el rey David fue confrontado con la historia del pecado de un hombre rico, no tuvo compasión de él, aunque David mismo era pecador peor (II Samuel 12).

No es el pecador, sino el creyente espiritual el que simpatiza con un pecador y busca ayudarlo (ver Gálatas 6:1). Somos tan pecadores, que no es difícil ayudar a otro pecador. En cambio, Jesús, siendo perfecto, puede suplir nuestras necesidades cuando pecamos.

El Señor fue preparado para su ministerio como Sumo Sacerdote mientras estuvo en la tierra (Hebreos 5:7,8). La frase “en los días de su carne” significa el tiempo que estuvo en la tierra en su cuerpo humano. Desde el nacimiento hasta la muerte, nuestro Señor sintió las debilidades no pecaminosas de la naturaleza humana. Él supo lo que era crecer y madurar (Lucas 2:52). Experimentó hambre y sed así como cansancio (Juan 4:6-8,31). También enfrentó la tentación de pecar (Mateo 4:1-11) y la persecución a manos de hombres perversos.

¿Cómo podía el Hijo de Dios “aprender la obediencia?” De la misma manera en que un hijo la aprende: Por las experiencias de la vida. Debemos recordar que nuestro Señor, en su andar en la tierra, vivió por fe en la voluntad del Padre. Como Dios, no tenía que aprender nada. Pero como el Hijo de Dios, venido en carne humana, tenía que aprender lo que su pueblo experimentaría, a fin de poder ministrar como Sumo Sacerdote. El no necesitaba aprender *cómo* obedecer, porque sería imposible que Dios fuera desobediente. Más bien, como el Dios-Hombre en carne humana, tenía que aprender lo que está involucrado en la obediencia. De esta manera, se identificó con nosotros.

Esta preparación incluyó la muerte. El escritor de Hebreos (5:7) enfoca la experiencia de nuestro Señor en el huerto de Getsemaní (Mateo 26:36-46). Al enfrentarse con la cruz, no

fue el sufrimiento físico lo que agobiaba a Jesús, sino la realidad de que sería hecho pecado y que sería separado del Padre. Otros siervos de Dios han experimentado la muerte y no han expresado semejante emoción. Pero ningún otro siervo jamás llevó en su cuerpo los pecados de todo el mundo.

En su oración en Getsemaní nuestro Señor no se opuso al Padre, sino que oró: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). No estaba orando que fuera *perdonado* de la muerte, sino que fuera *levantado* de la muerte. Estaba orando por la resurrección de entre los muertos, y Dios contestó la oración. Cristo había profetizado su propia muerte, haciendo claro que estaba poniendo su vida por su propia voluntad. Esto se relaciona con el Salmo 2:7 citado en Hebreos 5:5 que prometía su resurrección de la muerte.

El escritor de Hebreos afirma que la oración de Cristo fue oída (5:7); es decir, contestada por el Padre. Puesto que murió en la cruz, la petición no pudo haber sido la liberación de ella, porque si el Padre se la hubiera contestado, el Hijo no habría muerto crucificado. Cristo no pidió ser librado *de morir*, sino librado *de entre los muertos*, y Dios contestó su oración resucitándole.

Nadie ha sufrido jamás una muerte como la de Jesús. Él fue hecho pecado por nosotros (II Corintios 5:21; I Pedro 2:24). Los hombres han muerto por causa de sus propios pecados; sólo Jesús murió por los pecados del mundo entero. El sufrió lo máximo, y por lo tanto, puede compadecerse de su pueblo cuando éste sufre. Los lectores de la epístola estaban pasando por dificultades, pero no habían “resistido hasta la sangre” (Hebreos 12:4). Sus bienes habían sido confiscados y ellos habían sido ridiculizados (10:32-34), pero no habían sido crucificados ni abandonados por el Padre.

No importa qué pruebas pasemos, Jesucristo puede entender nuestras necesidades y ayudarnos. Nunca debemos dudar de su poder para compadecerse de nosotros y fortalecernos. Es también digno de notar que algunas veces Dios nos hace pasar por dificultades para que entendamos mejor las necesidades de los demás, y podamos animarlos (ver II Corintios 1:4-6).

Cuando Carlos H. Spurgeon era un joven predicador en Londres, el éxito de su ministerio provocó la envidia de algunos pastores, y lo atacaron con varias clases de chismes y calumnias. Sus sermones fueron llamados “basura” y él fue llamado “sensacionalista” y “payaso de pulpito”.

Aún después que su ministerio fue reconocido, Spurgeon fue difamado en la prensa (inclusive la prensa *religiosa*), y seguramente esto debió haberle desanimado.

Después de cierto reporte difamatorio en la prensa, Spurgeon se postró ante el Señor y oró: “Oh, Señor Jesús, ya que tú te hiciste sin reputación por mí, yo voluntariamente depongo mi reputación por ti”. Desde entonces, Spurgeon tuvo paz en su corazón. El supo que su Gran Sumo Sacerdote entendía su necesidad y que le daría la gracia que necesitaba para cada hora.

4. Jesucristo ofreció un sacrificio superior (Hebreos 5:3,9,10)

Este tema ya ha sido tocado y el escritor de Hebreos lo discute en detalle en los capítulos 9 y 10. Incluye dos asuntos importantes.

El primero es que Cristo no tuvo que ofrecer ningún sacrificio por sí mismo. En el día anual de expiación, el sumo sacerdote primero tenía que ofrecer un sacrificio por sí mismo y luego podía ofrecer el sacrificio por el pueblo (Levítico 16). Puesto que Jesús es el Hijo de Dios sin pecado, no tuvo necesidad de ofrecer un sacrificio por sí mismo. Estaba en perfecta comunión con el Padre y no necesitaba limpieza.

El segundo asunto es que el sacrificio de nuestro Señor fue una sola vez para siempre, mientras que los sacrificios del Antiguo Testamento tenían que repetirse. Además aquellos

sacrificios solamente *cubrían* los pecados; nunca podían *limpiarlos*. Se requería el sacrificio del Cordero de Dios sin mancha para que el pecado fuera limpiado y quitado.

Jesucristo es el “autor de eterna salvación” porque es el eterno Hijo de Dios, sin pecado, y su sacrificio es perfecto (Hebreos 5:9). Ningún sacerdote del Antiguo Testamento podía ofrecer *eterna* salvación a ninguno, pero eso es exactamente lo que tenemos en Jesucristo. La frase “habiendo sido perfeccionado” no significa que fuera imperfecto, sino “hecho completo”; ya lo hemos explicado en nuestros comentarios sobre Hebreos 2:10. Por medio de sus sufrimientos terrenales, Jesucristo fue preparado para su ministerio celestial como nuestro Sumo Sacerdote.

Puede salvar, guardar y fortalecer a su pueblo.

¿Sugiere la frase “todos los que le obedecen” (5:9) que podemos perder esa salvación eterna si no le obedecemos?

Obedecer a Dios es lo mismo que confiar en Dios; así que, “los que obedecen” describe a los que han puesto su fe en Jesucristo. “Muchos de los sacerdotes obedecían a la fe” (Hechos 6:7). “Mas no todos obedecieron al evangelio” (Romanos 10:16). Habéis “purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad” (I Pedro 1:22). Una vez que hemos puesto nuestra fe en Jesucristo, es decir, hemos obedecido su llamamiento, experimentamos su salvación eterna.

Es difícil debatir los cuatro argumentos presentados en esta sección. Tenemos que concluir que Jesucristo es superior a Aarón. Sería necedad volver a la inferioridad de la antigua ley cuando podemos gozar de la superioridad de Cristo.

¿Por qué estaban tentados estos creyentes hebreos a volver al legalismo? *Porque no estaban madurando en Cristo.*

Por esta razón el escritor se detiene a exhortarlos a crecer en el Señor; y este es el tema del próximo capítulo

Los Peregrinos Deben Progresar

(Hebreos 5:11-6:20)

“No queriendo que se vuelvan perezosos, sino que imiten a quienes por su fe y paciencia heredan lo que ha sido prometido” (6:12, NVI).

Este versículo resume el mensaje principal de esta sección difícil (y a veces mal entendida) de la epístola.

Israel quería volverse a Egipto; y, como resultado, una generación completa no logró obtener lo que Dios le había prometido. Fueron librados de Egipto, pero nunca disfrutaron el reposo prometido en Canaán. Nosotros, los creyentes, podemos cometer hoy el mismo error.

Si tenemos en cuenta que el énfasis de esta sección es *el progreso espiritual*, nunca seremos desviados por las malas interpretaciones respecto a la misma. En esta sección el escritor trata tres temas relacionados con el progreso espiritual.

1. Las características de la inmadurez espiritual

(Hebreos 5:11-14)

El escritor está a punto de comenzar su explicación sobre el sacerdocio celestial de Cristo, pero no está seguro si sus lectores están capacitados para recibir tal enseñanza.

El problema no es con el maestro, sino que ellos son tardos para oír. La palabra “tardo” en 5:11, se traduce “perezosos” en 6:12 y se refiere a una condición de apatía e indolencia espiritual que impide el desarrollo espiritual.

¿Cuáles, pues, son las cuatro características de la inmadurez espiritual?

a. *Indolencia hacia la Palabra* (5:11)

Estos creyentes comenzaron a retroceder, *deslizándose de la Palabra* (2:1-4), y luego *dudando de la Palabra* (3:7-4:13). Como resultado, llegaron a ser “tardos para oír”; es decir, incapaces de escuchar la Palabra, recibirla y actuar a base de ella. No tuvieron la actitud de los tesalonicenses: “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la Palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (I Tesalonicenses 2:13).

Uno de los primeros síntomas de regresión espiritual o de descarrió en el creyente es indolencia hacia la Biblia.

Todo le parece aburrido: la clase de escuela dominical, la predicación, en fin, todo tema espiritual. El problema, por lo regular, no está en el maestro de la escuela dominical ni en el pastor, sino en el creyente mismo.

b. *Incapacidad para compartir* (Hebreos 5:12a)

La habilidad de compartir verdades espirituales con otros es una característica de madurez en la vida cristiana.

No todos los creyentes tienen el don de enseñar, pero todos pueden compartir lo que han aprendido de la Palabra. Una de las lecciones más difíciles que los niños tienen que aprender es la de compartir. Los receptores de esta epístola habían sido salvos por un tiempo suficiente como para poder compartir las verdades divinas con otros. Pero, en vez de ayudar a otros a crecer, estos creyentes hebreos necesitaban aprender *otra vez* las enseñanzas sencillas de la vida cristiana. Estaban viviendo una segunda infancia.

c. *Incapacidad para comer alimento sólido* (5:12b,13)

La leche es comida *digerida de antemano* y es especialmente apropiada para los niños recién nacidos.

Pero, sólo los que tienen dientes pueden disfrutar de la carne. El escritor define la “leche” como “los rudimentos de la doctrina” (5:12). El “alimento sólido” de la Palabra es la enseñanza sobre el ministerio actual de nuestro Señor en el cielo como nuestro Sumo Sacerdote. El escritor quería darles este majar sólido, pero no estaban listos para recibirlo.

La *leche* de la Palabra se refiere a lo que Jesucristo hizo en la tierra: su nacimiento, su vida, sus enseñanzas, su muerte, sepultura y resurrección. El *alimento sólido* de la Palabra se refiere a lo que el Señor está haciendo ahora en el cielo. Empezamos la vida cristiana a base de su obra terminada en la tierra. Crecemos en la vida cristiana a base de su obra continua en el cielo.

Por supuesto, aun el adulto más maduro no desecha la leche. Como creyentes, todavía podemos aprender mucho de la obra de nuestro Señor en la tierra. *Pero no debemos detenernos allí*, sino seguir progresando en la vida espiritual, y esto sólo es posible si aprendemos acerca del ministerio sacerdotal de Cristo por nosotros en el cielo. (En Hebreos 13:20,21 hay un resumen de lo que el Señor quiere hacer para su pueblo ahora)

d. Inexperiencia en la Palabra (5:14)

A medida que crecemos en la Palabra aprendemos a usarla en la vida diaria. Al aplicarla ejercitamos nuestros *sentidos espirituales* y crecemos en discernimiento espiritual. La falta de discernimiento es una característica de los niños. Un niño se lleva cualquier cosa a la boca.

Asimismo, un creyente inmaduro escuchará a cualquier predicador por radio o televisión sin discernir si es fiel a las Escrituras o no lo es.

Así como nuestros cuerpos físicos tienen sentidos, sin los cuales no funcionaríamos, nuestro *hombre espiritual interior* tiene *sentidos espirituales*. Por ejemplo, “Gustad, y ved que es bueno Jehová” (Salmo 34:8). “Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen” (Mateo 13:16). Al alimentarnos de la Palabra de Dios, y aplicarla a nuestra vida diaria, nuestros sentidos espirituales reciben ejercicio y se fortalecen y se agudizan. Pablo llama a este proceso ejercitarse en la piedad (I Timoteo 4:7,8).

La habilidad para discernir el bien y el mal es una parte vital de la madurez cristiana. La nación de Israel en los días de Moisés carecía de discernimiento, y por lo tanto, no recibió su herencia prometida. Los lectores de esta epístola estaban a punto de cometer el mismo error. Es imposible mantenerse estático en la vida cristiana: O avanzamos y nos apropiamos de las bendiciones de Dios, o retrocedemos y vagamos sin rumbo.

Una vez oí a un predicador decir: –La mayoría de los cristianos viven en medio camino.

–¿Qué quiere decir? –le pregunté.

–Están entre Egipto y Canaán, es decir, fuera del lugar de peligro, pero todavía no está dentro del lugar de reposo y de rica herencia, –contestó –. Están entre el viernes santo y el domingo de resurrección; salvos por la sangre, pero todavía sin gozar la nueva vida de la resurrección.

¿Vives tú a medio camino?

2. El llamamiento a la madurez espiritual (6:1-12)

Nadie puede evitar llegar a este mundo como bebé, porque es la única manera, pero es trágico cuando un bebé no se desarrolla hacia la madurez. Es cierto que a los padres y abuelos les gusta cargar y acariciar a un niño pequeño, pero su mayor anhelo es que crezca y disfrute de una vida completa como adulto maduro. Dios tiene el mismo deseo para sus hijos. Por eso nos dice: “Progrese hacia la madurez” (6:1, NVI).

a. Es un llamamiento al progreso espiritual (6:1-3)

Si hemos de progresar, tenemos que dejar atrás las cosas de la infancia y avanzar en el crecimiento espiritual. El versículo uno literalmente dice: “Por tanto, habiendo dejado” (una

vez y para siempre) “las enseñanzas elementales de la doctrina de Cristo...”. Cuando comencé a estudiar, el maestro nos enseñó el abecedario. Uno aprende el abecedario para poder leer palabras, oraciones y libros; en fin, cualquier cosa de la literatura. Pero no se pasa la vida repitiendo las enseñanzas básicas, sino que las usa para avanzar hacia cosas mejores.

La frase “vamos adelante” debe traducirse *seamos llevados hacia adelante*. Es Dios quien nos ayuda a progresar cuando nos rendimos a él, recibimos su Palabra, y la obedecemos. Un bebé no se hace crecer a sí mismo. Crece mientras come, duerme, hace ejercicio, y permite que su cuerpo funcione. La naturaleza, en el plan de Dios, conduce al bebé día tras día, y gradualmente éste se desarrolla hacia la madurez. Es normal que los creyentes crezcan, pero es anormal cuando su desarrollo se paralice.

El escritor enumera seis verdades fundamentales de la vida cristiana, las cuales a la vez son fundamentales de la fe judía. Pues, a decir verdad, nuestra fe cristiana está basada en la fe judía y es cumplimiento de ella. “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). Si los lectores de la epístola volvían al judaísmo para evitar la persecución, sólo estarían abandonando lo perfecto por lo imperfecto, lo maduro por lo inmaduro.

Las primeras dos cosas (el arrepentimiento y la fe) son *hacia Dios* y marcan el inicio de la vida espiritual.

Arrepentirse significa cambiar de opinión y actitud. No es simplemente *sentirse mal por haber pecado*, porque eso puede ser remordimiento. Más bien, significa un cambio de opinión acerca del pecado a tal grado que uno le da la espalda a él. Una vez que el pecador se ha arrepentido (y esto en sí es un don de Dios, Hechos 5:31 y 11:18), entonces puede ejercer fe en Dios. El arrepentimiento y la fe van juntos (Hechos 20:21).

Las dos cosas siguientes (el bautismo y la imposición de manos) tienen que ver con la relación de una persona *con la iglesia local*. En el Nuevo Testamento una persona que se arrepentía y confiaba en Cristo era bautizada y llegaba a formar parte de la iglesia local (Hechos 2:41-47). La palabra “bautismos” en 6:2 es plural y puede traducirse “abluciones” (9:10). Mientras que el agua no puede limpiar el pecado (I Pedro 3:21), el bautismo es símbolo de limpieza espiritual. “Levántate, y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hechos 22:16). También es símbolo de nuestra identificación con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección (Romanos 6:1-4). “La imposición de manos” (Hebreos 6:2) simboliza el impartir cierta bendición (Lucas 24:50; Hechos 19:6), o el apartar a una persona para el ministerio (I Timoteo 4:14).

Las últimas dos cosas, la resurrección de los muertos (Hechos 24:14,15), y el juicio final (Hechos 17:30,31), tienen que ver con *el futuro*. Tanto los judíos ortodoxos como los creyentes creen estas doctrinas. El Antiguo Testamento enseña una resurrección general, pero no presenta con claridad esta doctrina. El Nuevo Testamento enseña que hay una resurrección de los salvos, y también una de los perdidos (Juan 5:24-29; Apocalipsis 20:4-6, 12-15).

La lección encerrada en Hebreos 6:1-3 es obvia: “Ya han puesto el fundamento; saben el abecedario; ahora sigan adelante, dejando que Dios los lleve a la madurez”.

b. Este progreso no tiene que ver con la salvación (6:4-6)

Estos versículos, junto con la exhortación que se encuentra en 10:26-39, han sido causa de que la gente se preocupe, principalmente porque han sido mal entendidos y mal aplicados. He recibido llamadas de larga distancia de personas confundidas que han interpretado mal este pasaje y se han convencido (o han sido convencidos por Satanás) de que estaba perdida sin esperanza y de que habían cometido algún pecado imperdonable. Quisiera dar pie a una falsa seguridad de alguno que profesa ser cristiano, pero no ha nacido de nuevo; tampoco quisiera que un verdadero creyente tropezara o perdiera lo mejor que Dios tiene para él.

Los estudios de la Biblia a través de los años le han dado diferentes interpretaciones a este pasaje. Algunos creen que el escritor nos está advirtiendo contra el pecado de *la apostasía*; es decir, dar la espalda voluntariamente a Cristo y volver a la vida vieja. Según ellos, tal persona se perdería para siempre. Tengo varios problemas con esta interpretación. Para comenzar, la palabra griega *apostasía* no se usa en este pasaje. El verbo “recayeron” (6:6) es *parapito* en el griego y literalmente significa “caer al lado”. Segundo, siempre interpretamos lo oscuro por lo obvio. Hay muchos versículos en las Escrituras que aseguran que el verdadero creyente nunca puede perderse. De hecho, uno de los argumentos más fuertes para ello es la última sección de este capítulo (6:13-20). Ver también Juan 5:24; 10:26-30; y Romanos 8:28-39.

Los que enseñan que podemos perder nuestra salvación también enseñan que tal persona puede ser restaurada. Pero este pasaje (6:4-6) enseña lo opuesto. Si se omitieran las cláusulas intermedias, la declaración diría “porque es imposible” renovarlos otra vez “para arrepentimiento”.

En otras palabras, si esto se refiere a la apostasía, una vez que una persona salva le vuelve la espalda a Cristo, ya no puede ser restaurada para salvación. Se pierde para siempre.

Otros dicen que las personas a quienes se dirige este pasaje no eran verdaderos creyentes. Habían cooperado con el Espíritu Santo hasta cierto punto, pero realmente no nacieron de nuevo. Ahora bien, examinemos la descripción de estas personas y veamos si realmente poseían salvación.

Fueron “iluminados” (6:4). “Una vez” significa que fueron iluminados *una vez para siempre*. La manera en que este mismo verbo se usa en 10:32 indica una experiencia de verdadera salvación. Ver II Corintios 4:4-6.

“Gustaron el don celestial” (Hebreos 6:4), y “gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero” (6:5). Decir que estas personas *gustaron, pero no comieron* es basar la interpretación en un solo significado del vocablo *gustar*. Dios permitió que su Hijo “gustase la muerte por todos” (2:9). Seguramente, Cristo no tuvo sólo *una muestra* de la muerte en la cruz. *Gustar* encierra la idea de experimentar. Estos creyentes hebreos habían experimentado el don de la salvación, la Palabra de Dios, y el poder de Dios ¿No describe esto la auténtica salvación?

Fueron “hechos partícipes del Espíritu Santo” (6:4).

Sugerir que sólo siguieron al Espíritu Santo hasta cierto punto es olvidar el significado sencillo de la frase “hechos partícipes”. Estas mismas personas no sólo fueron participantes del Espíritu Santo, sino también del llamamiento celestial (3:1) y de Cristo (3:14).

En vista de estos hechos, concluyo que las personas a quienes fuera escrita esta porción eran verdaderos creyentes, y no meros profesantes. Además, ¿cómo podían los *no salvos* exponer a vituperio a Cristo?

El tercer punto de vista es que este pecado de recaer (sea cual sea su significado) podía ser cometido sólo por los creyentes hebreos del primer siglo, cuando los servicios del templo todavía se celebraban. Si es así, entonces, ¿por qué relaciona el escritor esta exhortación con el sacerdocio *celestial* de nuestro señor y con la importancia de la madurez espiritual? Si lo mencionado no pudiera suceder hoy, ¿cuál es el motivo de la exhortación? Me parece que todo esto carecería de significado si estos versículos sólo se aplicaran a los creyentes judíos del primer siglo.

Entonces, ¿qué es lo que el escritor procura decir? Es probable que está describiendo *un caso hipotético* para probar que un verdadero creyente no puede perder su salvación. Su afirmación en el v.9 parece apoyar esta interpretación: “Pero en cuanto a vosotros, amados, aunque hablemos de esta manera, estamos persuadidos de las cosas que son mejores y que pertenecen a la salvación” (LBLA).

Su argumento es así:

“Vamos a suponer que ustedes no siguen hacia la madurez. ¿Quiere decir esto que irán a condenación, que perderán su salvación? Imposible. Si *podieran* perder la salvación, sería imposible recuperarla; y esto deshonraría a Cristo. Tendría que volver a ser crucificado por ustedes y esto nunca podría suceder”.

En el v.4 el escritor cambió de la primera persona del plural a la tercera. Este cambio sugiere que él estaba presentando un caso supuesto.

Sin embargo, hay otra posible interpretación que no exige que éste sea un caso hipotético. Se debe notar que las palabras “crucificando” y exponiéndole” en el v.6 están en forma de participio de presente en el griego: Mientras *están crucificando...* y mientras *están exponiéndole* a vituperio. El escritor no dice que estas personas *nunca* pueden ser traídas al arrepentimiento, sino que eso es imposible *mientras tratan a Cristo de esa manera*. Una vez que dejan de deshonrar a Cristo de esta manera, pueden ser traídas al arrepentimiento y restauradas a la comunión con Dios.

Sea cual sea el punto de vista tuyo, recuerda que el escritor no está tratando de intimidar a los lectores, sino de darles confianza. Si hubiera querido infundirles miedo hubiera señalado el pecado (o los pecados) con que podrían deshonrar a Jesucristo; pero no lo hizo. De hecho, evitó la palabra *apostasía* y usó “recayeron”. Ver Gálatas 6:1 donde hay una palabra similar

Los creyentes *pueden* cometer el “pecado de muerte” (I Juan 5:16-17; I Corintios 11:30-32). Este es el castigo de Dios, un tema que el escritor del libro de Hebreos discute en el capítulo 12.

c. Este progreso resulta en fruto (6:7-10)

La ilustración de un campo nos recuerda la parábola del sembrador enseñada por el Señor (Mateo 13:1-9 y 18-23), así como la enseñanza de Pablo de la prueba de fuego sobre nuestras obras (I Corintios 3:6-23). Un campo demuestra su valor por producir fruto; y un verdadero creyente, mientras progresa espiritualmente, lleva fruto para la gloria de Dios. Nota que los “espinos y abrojos” son quemados, no el campo, Dios nunca maldice a los suyos.

El cultivo que crece con la bendición de Dios en Hebreos 6:7 es llamado las cosas que “pertenecen a la salvación” en el v.9. No todos los creyentes llevan la misma *cantidad* de fruto (unos a ciento, otros a sesenta y otros a treinta por uno, Mateo 13:23); pero todo creyente produce la misma *clase* de fruto como prueba de que es hijo de Dios (Mateo 7:15-20). Este fruto es el carácter y la conducta del cristiano (Gálatas 5:22-26) producido por el Espíritu Santo mientras el creyente madura en Cristo.

El escritor enumera algo del fruto que había sido producido en la vida del creyente (Hebreos 6:10): Por su amor habían trabajado para el Señor; habían servido a otros creyentes, y todavía lo hacían (ver I Tesalonicenses 1:3-10; Apocalipsis 2:2). Estas son algunas de las cosas “que pertenecen a la salvación”.

Pero al escritor del libro de Hebreos le preocupaba que sus lectores se *durmieran sobre sus laureles* y no procuraran llegar a la madurez completa y al gozo de las riquezas de la herencia de Dios.

d. Este progreso demanda esfuerzo diligente (6:11-12)

Aunque es cierto que es Dios quien nos lleva a la madurez (6:1,3), también es cierto que el creyente debe hacer su parte. No debemos ser “perezosos” (la misma palabra que “tardos”, 5:11), sino diligentes en echar mano de los recursos espirituales que Dios nos ha dado. Tenemos las promesas de Dios y debemos mostrar fe y paciencia y apropiarnos de ellas. Como Caleb y Josué, debemos creer la promesa de Dios y querer entrar en la tierra y reclamarla.

La ilustración del campo (6:7,8) y la amonestación a ser diligentes siempre me recuerda la advertencia de Salomón (Proverbios 24:30-34) Léela y *atiéndela*.

3. La base para la seguridad espiritual (Hebreos 6:13-20)

Para que nadie mal interprete su exhortación a la madurez espiritual, el escritor termina esta sección con un poderoso argumento a favor de la seguridad de la salvación. No todos estamos progresando espiritualmente como debemos, pero nunca debemos temer que Dios nos condene. El escritor presenta tres argumentos sobre la seguridad de la salvación de los verdaderos creyentes:

a. La promesa de Dios (6:13-15)

La promesa principal de Dios a Abraham se encuentra en Génesis 22:16,17. A pesar de las fallas y pecados de Abraham, Dios cumplió su promesa e Isaac nació. Muchas de las promesas de Dios no dependen de la conducta nuestra, sino de la fidelidad de Dios. La frase “habiendo esperado con paciencia” (Hebreos 6:15) es lo opuesto a “perezosos” (6:12). Los lectores de esta epístola estaban a punto de darse por vencidos, su firmeza estaba acabándose (ver 12:1,2). Lo que el escritor quiere decir es: “ustedes obtendrán y disfrutarán lo que Dios ha prometido si diligentemente desarrollan su vida espiritual”.

Los creyentes de hoy tienen más promesas que las que tuvo Abraham. ¿Qué nos impide progresar? *Que no procuramos con diligencia avanzar por la fe.* Volviendo a la ilustración del campo, el labrador no va a lograr una cosecha sentándose a contemplar la semilla. Necesita ocuparse en arar, plantar, quitar la maleza, y tal vez regar la semilla. El creyente que descuida el compañerismo de la iglesia, la lectura de la Biblia y la oración, no va a cosechar mucho.

b. El juramento de Dios (6:16-18)

Dios no sólo le dio a Abraham la promesa, sino que también le confirmó la promesa con juramento. Puesto que nadie es mayor que Dios, él juró por sí mismo.

Pero Dios no sólo hizo esto por Abraham, sino que también les dio su promesa y juramento a “los herederos de la promesa” (v.17). Abraham y sus descendientes son los primeros herederos (ver. 11:9), pero todos los creyentes están incluidos en el *linaje* (espiritual) *de Abraham* (Gálatas 3:29). Así, que la seguridad de nuestra salvación se garantiza por la promesa y el juramento de Dios, “dos cosas inmutables” (Hebreos 6:18). Tenemos “un fortísimo consuelo” (o gran ánimo) acerca de la esperanza que nos ha sido dada. Hebreos es un libro de aliento, no de desaliento.

Las palabras “hemos acudido” (6:18) se traducen en una versión “hemos huido para refugiarnos” (LBLA).

Esto sugiere las ciudades de refugio mencionadas en el Antiguo Testamento en Números 35 y Josué 20. Dios señaló seis ciudades, tres de cada lado del Jordán, a las cuales podía huir un hombre que había dado muerte a otro accidentalmente. Los ancianos de la ciudad tenían que investigar el caso. Si concluían que era accidente y no homicidio, permitían que el hombre viviera en la ciudad hasta la muerte del sumo sacerdote. Luego podía regresar a su casa. Los miembros de la familia del muerto no podían vengarse mientras el hombre permanecía en la ciudad de refugio.

Nosotros hemos huido a Jesucristo, y él es nuestro eterno refugio. Él es nuestro Sumo Sacerdote, que nunca morirá (Hebreos 7:23-25); y, por lo tanto, tenemos salvación eterna. Ningún vengador puede tocarnos, puesto que Cristo ha muerto y ha resucitado para no volver a morir.

c. El Hijo de Dios (6:19-20)

Nuestra esperanza en Cristo es como un ancla para el alma. El ancla era un símbolo popular en la iglesia primitiva.

A lo menos 66 cuadros de anclas se han encontrado en las catacumbas. Epicteto, filósofo griego, de tendencia estoica, escribió: “Uno no debe amarrar un barco a una sola ancla, ni la

vida a una sola esperanza”. Sin embargo, nosotros, los creyentes, tenemos una sola ancla – Jesucristo nuestra esperanza (Colosenses 1:5; I Timoteo 1:1).

Nuestra ancla espiritual es diferente de las anclas materiales de los barcos. Por ejemplo, estamos anclados *a lo de arriba*, es decir, al cielo, y no a lo de abajo. Estamos anclados, no para estancarnos, sino para *seguir adelante*.

Nuestra ancla es “segura” – no se rompe; y “firme” – no se mueve. Ningún ancla terrenal puede dar tal seguridad.

El escritor luego concluye el argumento: El Salvador es nuestro precursor que se ha ido al cielo y un día le seguiremos (Hebreos 6.20). El sumo sacerdote del Antiguo Testamento *no era* un precursor, porque nadie lo podía seguir al lugar santísimo. Pero Jesucristo se ha ido al cielo a fin de que un día lo sigamos.

El Dr. H. A. Ironside ha dicho que las dos frases –“dentro del velo” (6:19) y “fuera del campamento” (13:13) constituyeron un resumen de la Epístola a los Hebreos.

Jesucristo está “dentro del velo” como nuestro Sumo Sacerdote. Por lo tanto, podemos acercarnos confiadamente a su trono y recibir toda la ayuda que necesitamos. Pero no debemos ser creyentes *en secreto*. Debemos estar dispuestos a identificarnos con Cristo en su rechazo y salir “fuera del campamento, llevando su vituperio”. Los creyentes hebreos que recibieron esta carta estaban tentados a evitar semejante vituperio. Sin embargo, si vivimos “dentro del velo” no tendremos problema para salir “fuera del campamento”.

Sea cual sea el punto de vista que tú asumas acerca de la exhortación de esta sección, asegúrate de captar la lección principal: Los creyentes deben continuar hacia la madurez, y Dios lo ha hecho posible. Si comenzamos a *deslizarnos de la Palabra* (2:1-4), luego comenzaremos a *dudar de la Palabra* (3:7-4:13). En seguida empezaremos a *desoir la Palabra* (5:11-6:20), y llegaremos a ser creyentes perezosos. La mejor manera de evitar deslizarse es *agarrarse del ancla*.

¡Anclate en lo celestial! ¿Que más seguro puedes estar?

El Misterioso Melquisedec

(Hebreos 7)

Desde que una bibliotecaria me inició hace muchos años en la lectura de las historias Sherlock Holmes, he sido aficionado a la lectura de la buena ficción detectivesca.

Como otros, yo siempre trato de solucionar el misterio antes de llegar al capítulo final, y a veces lo logro. Esto he aprendido: No se debe pasar por alto a ningún personaje de la historia, ni siquiera al más incidental. Cualquiera de ellos puede ser el criminal.

Si a ti se te pidiera que nombraras a las personas más importantes del Antiguo Testamento, dudo que incluirías a Melquisedec en tu lista. Aparee una vez en Génesis 14:17-24; y se vuelve a hacer referencia a él en el Salmo 110:4. Difícilmente podría ser llamado prominente. Pero el Espíritu Santo usa estos dos pasajes del Antiguo Testamento para presentar una verdad muy importante: El sacerdocio de Jesucristo es superior al de Aarón, porque el “orden de Melquisedec” es superior al *orden de Leví*.

Con el capítulo 7 de Hebreos se inicia la segunda sección principal según nuestro bosquejo: Un *sacerdocio superior* (capítulos 7-10). En el capítulo 7, el escritor argumenta que el sacerdocio de Cristo, como el de Melquisedec, es superior en su *orden*. En el capítulo 8, hace hincapié en el *pacto superior*; en el capítulo 9, en su *santuario superior*; y en el 10, concluye la sección discutiendo sobre el *sacrificio superior* de Cristo.

La nación judía estaba acostumbrada al sacerdocio de la tribu de Leví. Esta tribu fue escogida por Dios para servir en el tabernáculo (Exodo 29; Números 18). Aarón fue el primer sumo sacerdote ordenado por Dios. A pesar de sus muchos defectos, los sacerdotes habían servido a Dios por siglos; pero ahora el escritor afirma que dicho sacerdocio había terminado. Para defender esta declaración y probar que el orden de Melquisedec es superior al de Aarón, presenta tres argumentos.

1. El argumento histórico: Melquisedec y Abraham (Hebreos 7:1-10)

El relato del evento discutido se encuentra en Génesis 14:17-24, así que toa tiempo para leerlo. El escritor de nuestra epístola quiere que notemos varios hechos acerca de este misterioso hombre, Melquisedec.

a. *Era rey y era sacerdote* (Hebreos 7:1)

Ya hemos visto que en Antiguo Testamento el trono y el altar representaban oficios distintos. Los que trataban de invadir el oficio sacerdotal eran castigados por Dios.

Pero aquí vemos un hombre que tuvo *ambos* oficios– de rey y de sacerdote. Aarón nunca tuvo ese privilegio. Y es importante notar que Melquisedec no era un sacerdote falso. Era “sacerdote del Dios altísimo” (ver Génesis 14:18). Su ministerio era legítimo.

b. *Su nombre es significativo* (Hebreos 7:2)

En la Biblia a menudo los nombres y sus significados son importantes. Hoy en día, les damos nombres a nuestros hijos sin considerar su significado, pero este no era el caso en los tiempos bíblicos. Algunas veces una gran crisis espiritual era la ocasión para cambiar el nombre de una persona (ver Génesis 32:24-32; Juan 1:35-42). El nombre Melquisedec significa “Rey de justicia” en hebreo. La palabra “Salem” significa *paz* (la palabra hebrea *shalom*), así que, Melquisedec es “Rey de paz” así como “Rey de justicia”.

Justicia y paz a menudo se hallan juntas en las Escrituras.

“Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre” (Isaías 32:17). “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Salmo 85:10). “Florecerá en sus días justicia, y muchedumbre de paz, hasta que no haya

luna” (Salmo 72:7)”. “Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica,...y el fruto de justicia es siembra en paz para aquellos que hacen la paz” (Santiago 3:17,18).

Por supuesto, el propósito de Dios para su Pueblo es que lleve “fruto apacible de justicia” (Hebreos 12:10,11).

La verdadera paz puede experimentarse sólo sobre la base de la justicia. Si hemos de gozar de “paz con Dios” es menester ser “justificados por la fe” (Romanos 5:1). El hombre no alcanza la justicia guardando la ley del Antiguo Testamento (Gálatas 2:21). Es sólo por la obra de Cristo Jesús en la cruz que la justicia y la paz pudieron *besarse*.

c. Recibió los diezmos de Abraham (Hebreos 7:2a)

Este hecho importante se explica en los versículos 4-10. La palabra *diezmo* significa la décima parte. Bajo la ley judía, a los judíos se les mandó dar a Dios la décima parte de sus siembras, de sus ganados y de sus rebaños (Levítico 27:30-32). Estos diezmos se entregaban a los levitas en el tabernáculo primero (Números 18:21-26) y después en el templo (Deuteronomio 12:5-11). Si el viaje era muy largo para transportar los granos, aceites o animales, el diezmo podía convertirse en dinero (Deuteronomio 14:22-27).

Sin embargo, el diezmar no se originó con Moisés.

Abraham lo practicó antes que la ley fuese dada. De hecho, los arqueólogos han descubierto que otras naciones también diezmaron en aquel entonces; así que la práctica es antigua.

d. Su genealogía es distinta (Hebreos 7:3)

Melquisedec era un hombre (v.4), así que es obvio que tuvo padre y madre. Pero no hay registro de su genealogía en el Antiguo Testamento; y esto es significativo, porque el linaje de la mayoría de los grandes personajes del Antiguo Testamento se identifica. Era de especial importancia que los sacerdotes pudieran probar su genealogía (ver Esdras 2:61-63; Nehemías 7:63-65). Aquí el escritor de Hebreos usa el argumento del silencio, pero es válido.

Melquisedec no era un ángel ni una criatura sobrehumana; tampoco era una aparición de Cristo en el Antiguo Testamento. Era un hombre real, un rey verdadero, y un sacerdote real en una ciudad literal. Pero hasta donde sabemos *por el relato bíblico*, no nació ni murió. En esta manera es un cuadro del Señor Jesucristo, el eterno Hijo de Dios. Aunque Jesucristo murió, el Calvario no fue el fin; porque resucitó de los muertos y hoy vive en “el poder de una vida indestructible” (Hebreos 7:16). Puesto que no hay relato de la muerte de Melquisedec, pareciera como si Melquisedec todavía estuviera sirviendo como sacerdote y rey. Esta es otra manera en la que es semejante al eterno Hijo de Dios.

La aplicación es clara: Ni Aarón ni sus descendientes podían aseverar ser “sin genealogía” (7:3). Tampoco podían reclamar tener un ministerio eterno ni ser reyes y sacerdotes como Jesucristo.

e. Tenía autoridad de recibir los diezmos y de bendecir a Abraham (Hebreos 7:4-10)

La grandeza de Melquisedec se ve en el hecho de que Abraham le dio los diezmos del botín de una guerra.

Abraham reconoció la autoridad de Melquisedec. Además Melquisedec bendijo a Abraham de una manera especial; “el menor es bendecido por el mayor” (Hebreos 7:7). Al darle los diezmos a Melquisedec y al recibir su bendición Abraham afirmó la grandeza de este rey-sacerdote.

Pero, ¿en qué se relaciona esto con Aarón? De una manera interesante: Aarón y la tribu de Leví estaban “en los lomos” de Abraham, no habiendo aún nacido. Así que, cuando Abraham reconoció la grandeza de Melquisedec, también estaba incluida la tribu de Leví. El pueblo judío cree firmemente en la *solidaridad racial*, y este es un ejemplo. El pago de los

diezmos incluyó no sólo al patriarca Abraham, sino también a la generación en sus lomos que aún no había nacido.

Puesto que Jesucristo vino “de la descendencia de Abraham” (Hebreos 2:16)., ¿significa esto que él tuvo parte en esta experiencia? No, porque Jesucristo es el eterno Hijo de Dios. Su identificación con Abraham fue durante “los días de su carne” (5:7). Cristo existió antes que Abraham (Juan 8:58); por lo tanto, no pudo estar *en Abraham* como Aarón y su familia.

2. El argumento doctrinal: Cristo y Aarón (Hebreos 7:11-25)

En esta sección el escritor lleva su argumento un paso más adelante. No solo es Melquisedec *mayor que Aarón*, sino que *lo ha sustituido*. Ya no existe “el orden de Aarón” o “el orden de Leví”, sino es “el orden de Melquisedec” que existe para siempre. ¿Por qué haría Dios tal cambio radical?

a. Porque tanto el sacerdocio como la ley eran imperfectos (7:11-14)

La palabra traducida *perfección* (o sus variantes) es una palabra clave en la epístola (2:10; 5:9; 6:1; 7:11,19; 9:9; 10:1,14). Esencialmente significa “completo”, o “cumplido”. Los sacerdotes del Antiguo Testamento no podían por su ministerio completar la obra de Dios en el corazón del adorador. “Pues nada perfeccionó la ley” (7:19).

Los sacrificios de animales no podían dar a ningún adorador una posición perfecta ante Dios (10:1-3). El sistema de la ley de Moisés no era permanente. Fue “añadida” para servir como “ayo” y preparar el camino para la venida de Cristo (Gálatas 3:19-4:7).

Puesto que los sacerdotes recibieron su autoridad de la ley del Antiguo Testamento (Hebreos 7:28), y el sacerdocio había sido cambiado, hubo también un cambio en la ley. El presidente de una nación no se puede proclamar rey, ya que no hay cláusula en las leyes de su nación que proveen para un rey. Primero la ley tendría que ser cambiada.

La ley de Moisés no proveía para un sacerdocio de la tribu de Judá (7:14). Puesto que nuestro Sumo Sacerdote *es* de la tribu de Judá, según su linaje humano, entonces es obvio que hubo un cambio en la ley de Moisés. El sistema entero de la ley del Antiguo Testamento fue cumplido en Cristo Jesús y ha sido quitado de en medio (Colosenses 2:13-14). El creyente ha sido librado de la ley (Gálatas 5:1-6), y está muerto a la ley (Romanos 7:1-4).

Este nuevo arreglo no sugiere que un creyente tiene derecho de vivir fuera de la ley. *Libres de la ley* no significa “libres para pecar”. Más bien, significa que somos libres para hacer la voluntad de Dios. Obedecemos, no por causa de una presión externa, sino por un impulso interno (II Corintios 5:14; Efesios 6:6). El Espíritu Santo que mora en nosotros nos capacita para cumplir “la justicia de la ley” al rendirnos a él (Romanos 8:1-4).

b. Porque siendo imperfectos el sacerdocio y la ley, éstos no podían continuar para siempre (7:15-19)

Los sacerdotes levitas fueron constituidos sacerdotes para la autoridad de una ley temporal e imperfecta. Jesucristo fue constituido sacerdote por declaración de Dios. Ya que la ley era débil e ineficaz (7:18), no podía continuar para siempre. Pero siendo que Jesucristo es el eterno Hijo de Dios, vive por “el poder de una vida indestructible” (7:16). ¡Qué contraste entre una ley ineficaz y una vida indestructible!

Puesto que Jesucristo es sacerdote *para siempre*, y que tiene una naturaleza adecuada a su sacerdocio eterno, nunca puede ser sustituido. El que el mandamiento fuese “abrogado” (v.18) significa que el sacerdocio fue abolido.

Pero nadie puede abolir “el poder de una vida indestructible”.

La lógica procede: Jesucristo es sacerdote para siempre.

El escritor tuvo presente la tentación que sus lectores estaban enfrentando – la de volver al antiguo sistema de templo. Por esto les recuerda (v.19) que Jesucristo ha realizado lo que la ley nunca pudo lograr: Trajo una mejor esperanza, y abrió el camino para que nos

acercáramos a Dios. Volver al judaísmo significaría perder el gozo de la comunión con Dios por medio de Cristo. La única esperanza que el judaísmo abrigaba era la venida de Cristo, y esta bendición ya la tenían los creyentes hebreos.

c. Porque el juramento de Dios no puede ser quebrantado (7:20-22)

Ningún sacerdote según el orden de Aarón fue ordenado y establecido jamás a base de un juramento personal de Dios. Los sacerdotes aarónicos ministraban “conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia” (7:16).

La capacidad moral o espiritual de ellos no era examinada.

Lo importante era que el sacerdote perteneciera a la tribu escogida y que llenara los requisitos físicos y ceremoniales (Levítico 21:16-24).

El sacerdocio celestial de Jesucristo fue establecido a base de su obra en la cruz, de su carácter (Hebreos 2:10; 5:5-10), y del juramento de Dios “Tu eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (7:21; Salmo 110:4). Nota la introducción a la afirmación: “Juró el Señor, y no se arrepentirá” (no cambiará de opinión). La decisión se ha tomado y no puede ser revocada.

Este juramento le da al sacerdocio de Cristo un grado mayor de permanencia y seguridad. Jesucristo es “fiador de un mejor pacto” (7:22). La palabra “fiador” significa *uno que garantiza que los términos de un acuerdo se llevarán a cabo*. Judá estaba dispuesto a ser fiador por Benjamín, para garantizarle a su pare que el muchacho regresaría a casa con seguridad (Génesis 43:1-14). Pablo estaba dispuesto a ser fiador por el esclavo Onésimo (Filemón vs. 18-19). Tal vez la mejor analogía en la actualidad sería un fiador que deposita una fianza por alguien bajo acusación y que garantiza que el acusado aparecerá en la corte para ser juzgado.

Como mediador entre Dios y el hombre (I Timoteo 2:5), Jesucristo es el gran fiador de Dios. Nuestro Salvador que ha resucitado y vive para siempre asegura que los términos del pacto de Dios serán cumplidos cabalmente. Dios no abandonará a su pueblo. Además, nuestro Señor no sólo garantiza que cumplirá Dios sus promesas *para con nosotros*, sino que también como nuestro representante *ante* Dios cumple perfectamente los términos del convenio a nuestro favor. Nosotros por nuestra cuenta nunca podríamos llenar los requisitos, pero hemos confiado en Cristo, por lo tanto él nos ha salvado y nos ha garantizado que nos guardará.

En 7:22, tenemos una palabra muy importante que ocurre por primera vez en Hebreos – *pacto*. Esta palabra, aquí traducida “pacto”, se usa 20 veces en esta epístola. Examinaremos detalladamente esta palabra en nuestro estudio del capítulo 8.

El escritor ha dado tres razones por las cuales Dios ha cambiado el orden sacerdotal de Aarón al de Melquisedec:

(1) El sacerdocio y la ley eran imperfectos; (2) Siendo imperfectos, no podían continuar para siempre; y (3) Dios había jurado por sí mismo que sería establecido un nuevo orden. Luego el escritor de la Epístola a los Hebreos concluye esta sección con una cuarta razón:

d. Porque, siendo hombres, los sacerdotes murieron (7:23-25)

No sólo fue imperfecto el sacerdocio, sino que también fue interrumpido por la muerte. Hubo *muchos* sumos sacerdotes porque ninguno podía vivir para siempre. En contraste, la iglesia tiene *un solo* Sumo Sacerdote, Jesús el Hijo de Dios, quien vive para siempre. Un sacerdote inmutable significa un sacerdocio inmutable, y esto significa seguridad y confianza para el pueblo de Dios. “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (13:8). “Tu eres sacerdote para siempre...” (Salmo 110:4).

De vez en cuando leemos en el periódico la historia del mal manejo de un testamento. A veces se trata de algún pariente o socio sin escrúpulos que se las arregló para apoderarse del testamento y usarlo para sus propósitos egoístas. Pero nunca podría suceder esto con el *pacto* (testamento) de sangre del Señor (I Corintios 11:25).

Cristo escribió el testamento, y luego murió para que fuera eficaz. Pero resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo, y allí está *legalizando* su propio testamento.

Lógicamente, el hecho de que el Cristo inmutable continúe como Sumo Sacerdote significa que hay un “sacerdocio inmutable” (7:24). La palabra griega traducida “inmutable” encierra la idea de *válido e inalterable*. La palabra se usaba para concluir contratos legales. El sacerdocio celestial de nuestro Señor es *válido e inalterable*. Puesto que es así, podemos tener confianza en medio de este mundo inestable y cambiante.

¿Cuál es la conclusión de este asunto? Se da en el v. 25 – “Por lo cual [por ser el sumo sacerdote inmutable y viviente], puede también salvar perpetuamente [y completamente] a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”. Es cierto que Cristo puede salvar a cualquier pecador de cualquier condición; pero esa no es la idea principal del versículo. El énfasis se hace en que Cristo salva completamente, y para siempre, a todo aquel que pone su fe en él. Puesto que es nuestro Sumo sacerdote para siempre, puede salvar para siempre.

La base de esta salvación completa es la intercesión actual del Salvador. La palabra traducida “interceder” significa simplemente *suplicar, pedir, acercarse, o rogar*.

No debemos suponer que Dios el Padre está tan enojado con nosotros que Dios el Hijo tiene que suplicarle constantemente que no nos juzgue. El Padre y el Hijo están completamente de acuerdo en el plan de salvación (13:20-21). Tampoco debemos pensar que nuestro Señor Jesús está pronunciando oraciones en nuestro favor en el cielo o que repetidamente está *ofreciendo su sangre* como sacrificio.

Esa obra fue consumada en la cruz una vez y para siempre.

La intercesión incluye la representación del Señor a favor de su pueblo ante el trono de Dios. Por medio de Cristo los creyentes pueden acercarse a Dios en oración y también ofrecer sacrificios espirituales a Dios (4:14-16; I Pedro 2:5). Bien se ha dicho que la vida de Cristo en el cielo es su oración por nosotros. En otras palabras, *lo que él es determina lo que hace*.

Al repasar el razonamiento desarrollado en esta larga sección (Hebreos 7:11-25), nos impresiona la lógica del escritor. El sacerdocio de Jesucristo según el orden de Melquisedec es superior al de Aarón y lo ha sustituido.

Tanto el argumento histórico como el doctrinal son sanos.

Pero el escritor aun añade un tercer argumento:

3. El argumento práctico: Cristo y el creyente (Hebreos 7:26-28)

No importa cuán dedicados y obedientes fueran los sacerdote aarónicos, no siempre podían suplir las necesidades de todo el pueblo. Pero Jesucristo suple perfectamente todas nuestras necesidades. “Porque tal sumo sacerdote nos convenía” quiere decir que él era apropiado para nosotros; él suple completamente nuestras necesidades. Se hace énfasis aquí en su impecabilidad. Siendo perfecto, puede ejercer un ministerio perfecto hacia su pueblo. Algunos de los sacerdotes del Antiguo Testamento, por causa de sus pecados, no sólo eran incapaces de servirle al pueblo, sino que lo perjudicaron. Esto nunca podría suceder entre Jesucristo y su pueblo.

Los sacerdotes del Antiguo Testamento fueron apartados para su ministerio; así que, en ese sentido eran *santos*. Pero no siempre fueron santos de carácter. Eran pecadores como la

gente a quien servían. “Inocente” (v.26) significa *sin culpa*. Ningún sacerdote judío podía tener esta distinción.

“Sin mancha” quiere decir “sin pecado”. También aquí sólo Jesús puede poseer esta característica. Cuando estuvo en la tierra nuestro Señor se hizo amigo de publicanos y pecadores (Mateo 9:10; 11:19), pero su contacto con ellos no manchó su carácter ni su conducta. Hubo contacto sin contaminación. No estuvo aislado, sino separado. Hoy él está “apartado de los pecadores” por causa de su posición (“hecho más sublime que los cielos”), pero no está aislado de la gente a quien ministra. Él siempre está a nuestro alcance en su trono de gracia.

Otra prueba de su impecabilidad es el hecho de que nuestro Señor nunca tuvo que ofrecer sacrificios para su propia purificación como lo hacían los sacerdotes. El día *anual* de la expiación el sumo sacerdote primero hacía un sacrificio por sí mismo para luego poder ofrecer sacrificio por el pueblo (Levítico 16). Se hacían también sacrificios *diarios* como parte del ritual del templo; y, si un sacerdote había pecado, tenía que traer un sacrificio para su propia limpieza (Levítico 4:3-12; Exodo 29:38-46). Pero Jesucristo ofreció un solo sacrificio por nuestros pecados y arregló el asunto para siempre (ver Hebreos 9:23-28).

Esta es la clase de sumo sacerdote que necesitamos .

Estamos propensos a pecar cada día y aun a cada hora; y necesitamos volvernos a él para recibir ayuda espiritual.

Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesucristo nos da la gracia y la misericordia que *necesitamos para no pecar*. Pero si pecamos él es nuestro abogado ante el trono de Dios (I Juan 2:1-2). Si confesamos nuestros pecados, nos perdona y nos restaura (I Juan 1:9).

La aplicación es obvia: ¿Por qué darle la espalda a tan apropiado sumo sacerdote? ¿Puede uno hallar más en otra persona? Los hombres que servían bajo la ley de Moisés tenían debilidades y defectos humanos y a menudo fallaban.

Nuestro sumo sacerdote ha sido “hecho perfecto para siempre” (Hebreos 7:28) y no hay mancha ni falta en él. Tal sumo sacerdote *nos conviene*.

¿Estás tú aprovechándote de este bondadoso ministerio sacerdotal?

El Pacto Superior

(Hebreos 8)

Una vez hablé en una reunión de locutores religiosos donde un amigo mío estaba a cargo del programa de música. El es un pianista destacado con un gran talento para interpretar la música sagrada, y siempre me ha gustado oírlo. Pero ese día mi corazón se desbordó en simpatía hacia él porque el hotel le dio el piano más deteriorado y desafinado que yo jamás había visto. ¡Debe de haber sido donado por alguna compañía recolectora de salvamento! Mi amigo lo hizo de la mejor manera posible, pero habría sido mucho mejor si hubiera tocado un instrumento en buenas condiciones.

Jesucristo es el sacerdote superior de Dios; ¿hay algo que pueda disminuir su superioridad? Nada. Porque él ministra a base de un pacto superior (Hebreos 8), en un santuario superior (capítulo 9), y por causa de un sacrificio superior (capítulo 10). El tema de este capítulo es el pacto superior. El escritor presenta tres evidencias de la superioridad de este pacto:

1. Es ministrado por un Sumo Sacerdote superior (8:1-2)

¿Está dando vueltas en su argumento el escritor? Primero muestra la superioridad de Cristo, y luego concluye: *Puesto que él es superior, el pacto que ministra tiene que ser superior.* Esto no es dar vueltas en su razonamiento, porque la conclusión es lógica. Un sacerdote superior nunca podría ministrar a base de un pacto inferior. Para cambiar la ilustración, el abogado más notable puede hacer muy poco si el testamento que está validando es deficiente.

Es incomprensible que nuestro Señor ministre basándose en un testamento inferior..

El escritor dice que la clave de todo lo antedicho consiste en el hecho de que tenemos un sumo sacerdote superior. Luego presenta varios argumentos para probarlo.

a. Su moralidad perfecta (8:1)

“Tenemos *tal* sumo sacerdote”. [El énfasis de bastardilla es mío.] Esta declaración nos hace recordar Hebreos 7:22-28. “Porque tal sumo sacerdote nos convenía” (7:26). Por el hecho de que Jesús es moralmente perfecto, y aun así se identifica con nosotros en nuestras necesidades y tentaciones, lo hace superior a cualquier otro sacerdote del pasado o del presente. Aquellos lectores que querían volverse al sacerdocio del Antiguo Testamento tendrían que dejar a este *conveniente* Sumo Sacerdote.

b. Su obra consumada (8:1)

Ahora nuestro Señor *está sentado* porque su obra ha sido consumada. No había asientos en el tabernáculo del Antiguo Testamento porque la obra de los sacerdotes nunca terminaba. Cada sacrificio era sólo un recordatorio de que *ninguno* de los sacrificios jamás había provisto una salvación consumada. La sangre de los animales no lavaba los pecados ni limpiaba la conciencia del culpable; solamente cubría el pecado hasta aquel día cuando Cristo moriría para quitar el pecado del mundo (Juan 1:29).

c. Su entronización (8:1)

Jesucristo no sólo está *sentado*; el lugar *donde* está sentado añade gloria a su persona y a su obra. Este lugar es el trono en los cielos, a la diestra del Padre. Esta gran verdad fue presentada al principio de la epístola (1:3), y se volverá a mencionar en 10:12 y 12:2. Esta exaltación fue el cumplimiento de la promesa del Padre al Hijo: “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies” (Salmo 110:1). El sumo sacerdote de Israel nunca se sentó, ni mucho menos *sobre un trono*. Sólo un sacerdote “según el orden de

Melquisedec” podía sentarse en el trono, porque Melquisedec era tanto rey como sacerdote (Hebreos 7:1).

d. Su exaltación suprema (8:1)

Está “en los cielos”. Jesucristo en su ascensión y exaltación “traspasó los cielos” (4:14). Ahora ha sido exaltado como a ningún otro podía estarlo (Efesios 1:20-23; Filipenses 2:5-11). El hecho de que Cristo está ministrando en su santuario celestial es esencial al argumento presentado en este capítulo.

Al repasar estos cuatro argumentos, podemos ver cuán lógico es que nuestro Señor ministre a base de un pacto superior. ¿Se imagina un sumo sacerdote moralmente perfecto, ministrando en un pacto que no puede cambiar el corazón humano? ¿Podría un sacerdote que ha *terminado* su obra ministrar en un pacto que no pudo terminar nada? ¿Podemos conceputar a un rey-sacerdote en los cielos limitado por un antiguo pacto que no perfeccionó nada (Hebreos 7:19)? La conclusión es razonable: La presencia en el cielo de un sumo sacerdote superior demanda un pacto superior si tal pontífice ha de ministrar con eficacia a favor del pueblo de Dios.

2. Es ministrado en un lugar mejor (8:3-5)

En este párrafo el escritor amplía su discurso sobre la maravillosa verdad de que Jesucristo ministra hoy en el santuario celestial. La razón de este discurso no es difícil de determinar. Los lectores sabían que había un templo real en Jerusalén, y que había allí sacerdotes que ofrecían ofrendas y sacrificios. Cuán fácil sería volver al sistema tradicional de Moisés. Después de todo, ¿cómo *sabemos* que el Señor Jesús está ministrando en un santuario? ¿Lo *ha visto* alguien haciendo su obra sacerdotal como sumo sacerdote? Estas son buenas preguntas; y para ellas hay buenas respuestas.

a. La respuesta lógica (8:3)

Ya se ha determinado que Jesucristo es Sumo Sacerdote.

Pero todos los sumo sacerdotes sirven a sus semejantes; el título no es honorario. Cada sumo sacerdote del Antiguo Testamento era ordenado para presentar “ofrendas y sacrificios”; por lo tanto, era menester que Jesucristo hiciera lo mismo (ver 5:1 y 7:27). Pero tales sacrificios no podían ofrecerse en cualquier parte; era preciso que se ofrecieran donde Dios lo ordenaba (Deuteronomio 12:13-14). El lugar indicado era el santuario. La conclusión es lógica: Si Jesucristo es Sumo Sacerdote que presenta ofrendas y sacrificios, entonces tiene que haber un santuario donde ministrar. Puesto que él está en el cielo, es razonable concluir que el santuario está allá.

Sin embargo, no debemos pensar que nuestro Señor está en el cielo ofreciendo sacrificios correspondientes a los del Antiguo Testamento. La palabra “algo” en 8:3 está singular, y la frase “que ofrecer” está en un tiempo gramatical en griego que implica *ofrecer una sola vez y para siempre*. En la cruz Cristo se ofreció a sí mismo una vez y para siempre como el sacrificio por el pecado (Hebreos 9:24-28). En otras palabras, nuestro Señor es un *sacrificio vivo* en el cielo. El no se está ofreciendo vez tras vez, porque eso es innecesario.

b. La respuesta genealógica (8:4)

Ya hemos tocado esta verdad antes en el 7:11-14. En lo que se refiere a su linaje, nuestro Señor vino de la tribu de Judá. Dios había prometido que el Mesías vendría de Judá, la tribu de la realeza (Génesis 49:8-10). Pero los sacerdotes provenían forzosamente de la tribu de Leví. Por lo tanto, si Jesucristo estuviera todavía en la tierra, no podría desempeñarse como sacerdote. Pero él puede servir como sumo sacerdote *en el cielo* porque allí el orden de Melquisedec rige el ministerio, no el orden de Aarón.

Otra vez el argumento es correcto. David predijo que Jesucristo sería sacerdote (Salmo 110:4). El nacimiento de Cristo de la tribu de Judá no le permitía ser sacerdote en la tierra;

por lo tanto, había de ser sacerdote en el cielo. No podía ser aceptado en el santuario terrenal, así que ha de estar sirviendo en el santuario celestial.

c. La respuesta tipológica (8:5)

Un *tipo* es un cuadro en el Antiguo Testamento de una verdad en el Nuevo. Cada tipo se identifica como tal en el Nuevo Testamento, así que no debemos tratar de ver un tipo en cada persona o evento del Antiguo Testamento. La palabra “modelo” de este versículo es la palabra griega *tipos*, de la cual proviene la palabra tipo.

Así que, en verdad, los sacerdotes que servían en el templo estaban sirviendo en un santuario que era copia (“figura”) del santuario celestial. La cita es de Exodo 25:40, la cual se refiere indirectamente a un santuario celestial. Moisés vio este modelo en el monte y duplicó lo esencial en el tabernáculo terrenal. Esto no quiere decir que el tabernáculo celestial esté hecho de pieles y telas. Lo que aquí se enfatiza es el modelo básico y el significado del tabernáculo. El *verdadero* santuario está en el cielo; el tabernáculo y el templo fueron sólo imitaciones o copias del verdadero.

Este es un argumento eficaz para indicar la necesidad de permanecer fieles a Jesucristo y no regresar al judaísmo. El sacerdocio y el santuario terrenales parecían bastante reales y estables; sin embargo, sólo eran *copias* del verdadero.

El sistema del Antiguo Testamento era sólo una sombra (ver Colosenses 2:17). La Ley sólo tenía “la sombra de los bienes venideros” (Hebreos 10:1); la verdadera y completa luz vino por Jesucristo. Entonces, ¿Por qué volver a las sombras?

En el libro de Apocalipsis, donde se describe la escena celestial, podemos encontrar paralelos con el tabernáculo del Antiguo Testamento. Juan dice que hay un templo de Dios en el cielo (Apocalipsis 11:19). Por supuesto, no habrá templo en el estado eterno, porque toda la ciudad de Dios será un templo (21:22). Por ejemplo, hay un altar de bronce (6:9-11), así como un incensario de oro (Apocalipsis 8:3-5). El “mar de vidrio” (4:6) nos recuerda el lavacro, y las siete lámparas de fuego (4:5) sugieren el candelero de siete brazos del tabernáculo.

Puesto que Jesucristo está ministrando en el santuario *original*, y no en la copia, está ministrando en un lugar mejor. ¿Por qué buscar la comunión con sacerdotes que están ministrando en un santuario *copiado* cuando podemos tener comunión con Cristo en el santuario celestial y original? Es como tratar de vivir sobre los planos de construcción en vez de vivir en el edificio.

El escritor nos ha dado dos evidencias de la superioridad del nuevo pacto; es ministrado por un sacerdote superior, Jesucristo; y es ministrado en el lugar superior, el cielo mismo. Luego dedica el resto de esta sección a la tercera evidencia.

3. Está basado sobre mejores promesas (8:6-13)

Moisés era el mediador del Antiguo Pacto cuando la ley fue dada por Dios (Génesis 3:19-20). El pueblo de Israel tuvo tanto miedo ante el monte Sinaí que le rogaron a Moisés que él les hablara a fin de que no tuvieran que oír la voz de Dios (Exodo 20:18-21). Es triste decirlo, pero este temor de Dios no duró mucho, porque el pueblo pronto desobedeció la misma ley que prometió cumplir. El mediador del Nuevo Pacto es Jesucristo, y él es el *único* (I Timoteo 2:5). El ministerio de Cristo como mediador es más excelente que el de los sacerdotes del Antiguo Testamento porque está basado en un pacto superior; y *está basado sobre mejores promesas*.

El “mejor pacto” al cual se refiere el texto fue anunciado por el profeta Jeremías (Jeremías 31:31-34). La promesa fue dada por medio de una profecía que aseguraba a los judíos una futura restauración. Jeremías ministró durante los últimos años antes de la cautividad babilónica de Judá.

Justamente cuando el futuro de la nación parecía completamente destruido, Dios dio la promesa de restauración y bendición.

Antes que nuestro Señor fuera al Calvario, celebró la pascua con sus discípulos en el aposento alto. En esa cena, instituyó lo que se ha llamado “la Cena del Señor”. Tomando la copa dijo: “Esta copa es el nuevo pacto (testamento) en mi sangre, que por vosotros se derrama” (Lucas 22:20; Marcos 14:22-24). El apóstol Pablo citó estas palabras y las aplicó a la iglesia (I Corintios 11:23-27). El escritor de Hebreos dice claramente que Jesucristo *ahora* “es mediador de un nuevo pacto” (Hebreos 9:15) y lo repite en el 12:24.

¿Cuál, entonces, es la relación entre este Nuevo Pacto *prometido* a Israel, pero *experimentado* hoy por la iglesia? O por decirlo de otra manera, ¿cómo, puede Dios dar estas promesas a los judíos y luego dárselas a la iglesia?

Algunos estudiosos de la Biblia resuelven este problema concluyendo que la iglesia es el *Israel espiritual* y que las promesas del Nuevo Pacto, por lo tanto, ahora pertenecen a *la simiente espiritual* de Abraham. Según Gálatas 3:13-29, podemos ver claramente que los creyentes son la simiente espiritual de Abraham; pero esto no es lo mismo que decir que la iglesia es el *Israel espiritual*. La promesa citada en Hebreos 8:8 específicamente menciona “la casa de Israel y la casa de Judá”. Si comenzamos a darles a las sencillas palabras de *Israel y Judá* otro significado, nunca sabremos hasta dónde podrá llegar la interpretación que le demos a la Biblia.

Otros estudiosos creen que este “nuevo pacto” no tiene ningún cumplimiento actual en la iglesia, sino que se cumplirá cuando los judíos se reúnan otra vez y se establezca el reino cuando regrese nuestro Señor en la gloria a la tierra. Pero entonces se presentan algunos problemas para explicar Hebreos 9:15 y 12:24, que afirman que Jesucristo es *hoy* mediador del Nuevo Pacto. Afirmer que hay *dos* nuevos pactos, uno para Israel y otro para la iglesia, es crear más dificultades.

Tal vez la solución se encuentre en el principio que Dios ha establecido: “al judío primeramente” (Romanos 1:16).

Dios prometió un nuevo pacto a su pueblo pero las bendiciones de este pacto están encerradas en Dios el Hijo, es decir, en Jesucristo. El es mediador del Nuevo Pacto.

Cuando Jesús comenzó su ministerio en la tierra, fue primero a su propio pueblo (Mateo 15:24). Cuando envió a sus discípulos, los envió sólo a Israel (10:5-6). Cuando comisionó a la iglesia a que testificara, les mandó que comenzaran en Jerusalén (Lucas 24:46-48 y Hechos 1:8).

El mensaje de Pedro en el día de Pentecostés fue dirigido solamente a los judíos, y a los gentiles prosélitos (ver Hechos 2:14,22,36). En el segundo sermón de Pedro citado en la Biblia, el apóstol claramente dijo que las buenas nuevas del evangelio llegarían primero a los judíos (Hechos 3:25-26).

Pero la nación rechazó el mensaje y a los mensajeros .

Aunque es cierto que miles de individuos confiaron en Cristo y fueron salvos, también es verdad que la mayoría de la nación rechazó la Palabra, y que los líderes religiosos se opusieron al ministerio de la iglesia. Uno de los resultados fue el apedreamiento de Esteban (Hechos 7). Pero, ¿cuál fue la respuesta de Dios? El evangelio avanzó a Jerusalén y Judea a Samaria (Hechos 8), y luego a los gentiles (Hechos 10).

La iglesia ahora se compone de judíos y gentiles regenerados, los cuales son un cuerpo en Cristo (Efesios 2:11-22; Gálatas 3:27-29). Todos los que están “en Cristo” participan del Nuevo Pacto que fue comprado en la cruz.

Hoy las bendiciones del Nuevo Pacto se aplican a los individuos. Cuando Jesús regrese en gloria para redimir a Israel, entonces las bendiciones del Nuevo Pacto se aplicarán a aquella

nación que tanto ha sufrido. Lee Jeremías 31 para que veas lo que Dios ha planeado para Israel, su pueblo.

Antes de que examinemos *las mejores promesas* del Nuevo Pacto, debemos considerar otra cuestión. No debemos concluir que la existencia del Nuevo Pacto signifique que el Antiguo Pacto era incorrecto o que la ley no tiene ningún ministerio actual. Ambos pactos fueron dados por Dios para el bien del pueblo, y fueron acompañados de bendiciones.

Si Israel hubiera obedecido los preceptos del Antiguo Pacto, Dios los habría bendecido y habrían estado listos para la venida del Mesías. Pablo indica que el Antiguo Pacto fue con gloria (II Corintios 3:7-11). No debemos criticar el Antiguo Pacto ni degradarlo.

Aunque el Nuevo Pacto de gracia nos libra de la ley de Moisés (Gálatas 5:1), no nos da libertad para desobedecerle a Dios y pecar. Dios todavía desea que la “justicia de la ley” se cumpla en nosotros a través del ministerio del Espíritu Santo (Romanos 8:1-4). Hay un uso legal de la ley (I Timoteo 1:8-11).

Ahora estamos listos para considerar las “mejores promesas” que pertenecen al Nuevo Pacto:

a. La promesa de la gracia de Dios (8:7-9)

El énfasis del Nuevo Pacto es sobre el “haré” de Dios.

La nación de Israel en Sinaí dijo: “Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho” (Exodo 24:3). Pero no obedecieron la palabra de Dios. Una cosa es *decir* “haremos” y otra cosa, muy diferente, es hacerlo. Pero el Nuevo Pacto no depende de la fidelidad del hombre para con Dios, sino de la fidelidad de Dios en cumplir su promesa hecha al hombre. En el v.10, el escritor de Hebreos menciona unas promesas que Dios hace a los que confían en Jesucristo (“haré”, “pondré”, “escribiré”, y “seré”). En efecto, hay cuatro promesas en un solo versículo y siete en los versículos 8-12.

Dios sacó a Israel de Egipto en la misma forma en que un padre tomaría a su hijo de la mano para guiarlo. Dios dio su santa ley para el bien del pueblo; para separarlos de las demás naciones y protegerlos de las prácticas pecaminosas de los paganos. Pero la nación fracasó; “no permanecieron en mi pacto” (8:9). La respuesta de Dios a la desobediencia de Israel fue la de castigarlos una y otra vez y finalmente enviarlos al cautiverio.

Dios no halló falta en su pacto, sino en su pueblo. “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12). El problema no está en la ley, sino en nuestra naturaleza pecaminosa, porque en nuestra fuerza no podemos cumplir la ley de Dios. “Nada perfeccionó la ley” (Hebreos 7:19) porque no podía cambiar el corazón humano. Sólo la gracia de Dios puede hacerlo.

El Nuevo Pacto es *completamente* por la gracia de Dios; ningún pecador puede participar en este pacto sin fe en Jesucristo. La gracia y la fe van juntas así como las obras y la ley (Romanos 11:6). La ley dice: “El que hiciere estas cosas vivirá por ellas” Gálatas 3:12). Pero la gracia dice que la obra ha sido hecha – cree y vivirás.

b. La promesa de un cambio interno (8:10)

La ley de Moisés pudo *declarar* la norma santa de Dios, pero nunca pudo *proporcionar* el poder necesario para obedecer. Los pecadores necesitan un corazón nuevo y una nueva disposición interna; y esto es precisamente lo que provee el Nuevo Pacto. (Ver un pasaje paralelo en Ezequiel 36:26-27). Cuando un pecador confía en Cristo, recibe la naturaleza divina (II Pedro 1:1-4). Esta naturaleza divina produce un deseo de amar y obedecer a Dios. Por naturaleza el pecador odia y desobedece (Tito 3:3-7); pero la nueva naturaleza le da al creyente el deseo y la dinámica para una vida piadosa.

La ley era externa; las demandas de Dios fueron escritas en tablas de piedra. Pero el Nuevo Pacto hace posible que la Palabra de Dios sea escrita en la mente y en el corazón

humano (II Corintios 3:1-3). Por la gracia de Dios es posible una transformación interna que hace que el creyente rendido a Cristo sea más y más como él (II Corintios 3:18).

Es lamentable que muchos creyentes, habiendo sido salvos por gracia, piensen que es necesario vivir de acuerdo con la ley del Antiguo Testamento. Confían en el Nuevo Pacto para la salvación, y en el Antiguo para la santificación.

El apóstol Pablo usó una frase para describir esta condición: *Caído de la gracia* (Gálatas 5:4). No dijo: *Caído de la Salvación*, sino de las bendiciones de Dios que vienen por gracia. No llegamos a ser santos tratando de obedecer la ley de Dios en nuestro propio poder. Es por rendirnos al Espíritu Santo que cumplimos la justicia de la ley (Romanos 8:1-4); y esto es completamente por gracia.

c. La promesa de perdón para todos (Hebreos 8:11-12)

No hay perdón bajo la ley porque la ley no fue dada con ese propósito. “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20). La ley no pudo prometerle perdón a Israel, menos a toda la humanidad. Es sólo por medio del sacrificio de Jesucristo que el perdón es posible para todos los que le invocan. Los sacrificios del Antiguo Testamento *recordaban* los pecados; no hacían *remisión* de ellos (Hebreos 10:1-3,18).

Hebreos 8:11 cita a Jeremías 31:34. Se refiere a aquel día cuando Israel será reunido con Judá (Hebreos 8:8) y se regocijará en el reino prometido (Jeremías 31:1-14). En aquel día, no será necesario anunciar el evangelio a otros, porque todos conocerán personalmente al Señor. Sin embargo, hasta que este día llegue, tenemos la responsabilidad y el privilegio de proclamar el evangelio al mundo perdido.

¿Qué significa eso de que Dios ya no recuerda nuestros pecados ni nuestras iniquidades (Hebreos 8:12)? Esta importante declaración se cita también en Hebreos 10:16-17. ¿Significa que el Dios que todo lo sabe pueda *olvidar* lo que hemos hecho? Si Dios olvidara algo dejaría de ser Dios. La frase “y nunca más me acordaré de sus pecados” significa que no los guardará en contra nuestra. Dios recuerda lo que hemos hecho, pero no lo mantiene en contra de nosotros. Nos trata basándose en su gracia y misericordia, y no en la ley ni en nuestros méritos. Una vez que el pecado ha sido perdonado, nunca más será traído ante nosotros. El asunto queda arreglado para siempre.

Como pastor, a menudo he oído a la gente decir – Bueno, puedo perdonar, pero no olvidar.

–Por supuesto, usted no puede olvidar –contesto normalmente–. Entre más trate de quitar eso de su mente más lo recordará. Pero eso no es lo que significa olvidar en este contexto.

Luego explico que olvidar quiere decir: “No mantenerlo en contra de la persona que nos ha hecho mal”. Tal vez recordemos el mal que otros nos han hecho, pero los tratamos *como si nunca lo hubieran hecho*.

¿Cómo es posible esto? Es posible por causa de la cruz, porque Dios allí trató a su Hijo *como si éste hubiese hecho el mal del que se nos acusa*. Nuestra experiencia de perdón de Dios hace posible que perdonemos a otros.

d. La promesa de la bendición eterna (8:13)

El Antiguo Pacto estaba todavía gobernando a la nación de Israel cuando la epístola fue escrita. Todavía existía el templo, y los sacerdotes ofrecían los sacrificios indicados.

Los judíos devotos probablemente pensaban que sus amigos creyentes eran necios al abandonar una religión *tan firme y establecida* por una fe que parecía intangible. Lo que los

judíos incrédulos no comprendían era que su religión sólida había envejecido y estaba a punto de desvanecerse.

En el año 70 d. de J.C., la ciudad de Jerusalén y el templo fueron destruidos por los romanos, y los judíos desde entonces no han tenido ni templo ni sacerdotes (ver Oseas 3:4)

Sin embargo, el Nuevo Pacto trajo bendiciones eternas.

Jesucristo es el autor de “eterna salvación” (Hebreos 5:9) y de “eterna redención” (9:12). El Nuevo Pacto nunca puede envejecer ni desaparecer. La palabra griega “nuevo” significa *nuevo en calidad*, no nuevo en tiempo. Este Nuevo Pacto es de tal calidad que nunca necesitará ser sustituido.

Sí, nuestro Señor está ministrando a base de un pacto superior, un Nuevo Pacto que nos hace partícipes de la nueva naturaleza y de la hermosa vida nueva que sólo Cristo puede dar.

El Santuario Superior

(Hebreos 9)

El creyente es ciudadano de dos mundos, el terrenal y el celestial. Debe dar a “César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mateo 22:21). Puesto que es ciudadano de dos mundos, tiene que aprender cómo andar por la fe en un mundo gobernado por la vista. Como Moisés, el creyente tiene que ver al invisible si va a vencer la atracción del mundo (Hebreos 11:24-27). El hombre *natural* dice: “Hay que ver para creer”. Pero el hombre de fe contesta: “Hay que creer para ver”.

Este principio relativo a la fe debe aplicarse a nuestra relación con el santuario celestial. Nunca hemos visto este santuario. Sin embargo, creemos lo que la Biblia dice al respecto, y comprendemos que Dios ahora no se adora en templos hechos de mano (Hechos 7:46-50). No hay ningún lugar especial en la tierra donde Dios mora (ver Juan 4:19-24 e Isaías 57:15; 66:1-2). A veces se le llama al edificio de la iglesia local *la casa de Dios*, pero sabemos que Dios no vive allí. El edificio está dedicado a Dios y a su servicio, pero no es el lugar de su morada.

Este capítulo (Hebreos 9) presenta un contraste detallado entre el santuario del Antiguo Pacto (el tabernáculo) y el santuario celestial del Nuevo Pacto donde Jesucristo ministra ahora. Este contraste pone en claro que el santuario del Nuevo Pacto es superior.

1. El Santuario inferior del Antiguo Pacto (9:1-10)

El libro de Hebreos les recuerda a los lectores que las reglas y prácticas del tabernáculo fueron ordenadas por Dios. Si había alguna inferioridad en el servicio del tabernáculo, no era porque Dios no hubiera establecido el ritual. Mientras el Antiguo Pacto estuvo en vigor, el ministerio de los sacerdotes era perfectamente apropiado, puesto que había sido instituido por Dios.

¿Qué era, entonces, lo que hacía que el tabernáculo fuera inferior? Hay cinco respuestas a esta pregunta:

a. Era un santuario terrenal (9:1)

Esto significa que fue hecho por el hombre (9:11) y levantado por el hombre (8:2). Los judíos trajeron generosamente sus ofrendas a Moisés, y de esos materiales fue construido el tabernáculo. Luego Dios les dio sabiduría espiritual y capacidad a Bezaleel y a Aholiab para que hicieran el intrincado trabajo de fabricar las diferentes partes del tabernáculo y sus muebles (ver Exodo 35-36).

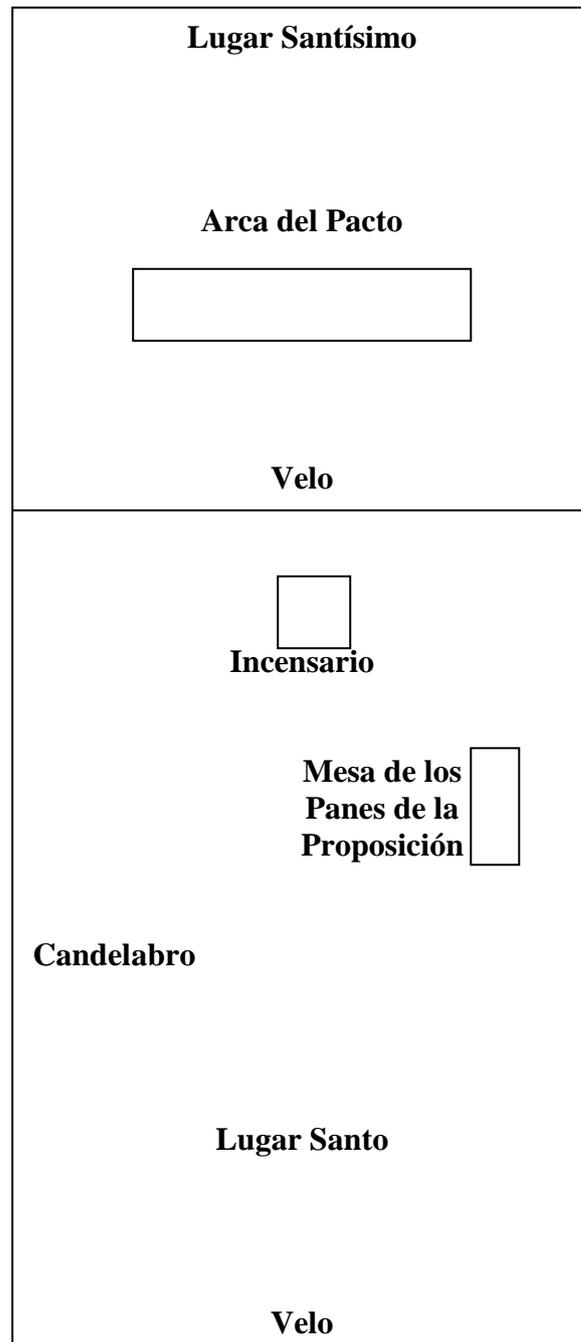
Después que se concluyó la construcción, el santuario fue erigido y dedicado a Dios (Exodo 40). Aunque la gloria de Dios llenó el santuario, seguía siendo un edificio terrenal, construido por seres humanos con materiales terrenales.

Puesto que era un edificio terrenal, tenía varias deficiencias y limitaciones. En primer lugar, necesitaría mantenimiento y reparaciones. Además estaba limitado geográficamente: Si era erigido en algún lugar no podía estar en otro al mismo tiempo. Tenía que ser desmantelado y llevado de un lugar a otro. Además, pertenecía sólo a la nación de Israel y no a todo el mundo.

b. Era tipo de algo mayor (9:2-5)

El escritor menciona las diferentes partes del tabernáculo y sus muebles porque cada uno tiene un significado espiritual.

Eran “figuras de las cosas celestiales” (Hebreos 9:23). El diagrama presenta un cuadro general del tabernáculo.



Las frases “la primera parte” (9:2) y “la segunda parte” (9:7) se refieren a la primera y segunda divisiones del tabernáculo. La primera era llamada el lugar santo y la segunda el lugar santísimo. Cada una de estas divisiones tenía su propio mobiliario, y cada mueble tenía un significado especial.

En el lugar santo estaba el candelabro de oro con siete brazos (Exodo 25:31-40; 27:20-21; 37:17-24). La luz provenía de lámparas de aceite y no de velas. Siendo que no había ventanas en el tabernáculo, este candelabro producía el alumbrado en el lugar santo para el ministerio de los sacerdotes. La nación de Israel debía ser una luz para las otras naciones (Isaías 42:6; 49:6). Jesucristo es “la luz el mundo” (Juan 8:12), y los creyentes deben brillar como luminares en el mundo (Filipenses 2:14-15).

Había también una mesa en el lugar santo, con doce panes sobre ella. Era llamada la mesa de los panes de la proposición (Exodo 25:23-30; 37:10-16; Levítico 24: 5-9). Cada sábado los sacerdotes cambiaban los panes, poniendo nuevos sobre la mesa; comieron los panes viejos. Sólo los sacerdotes podían comerlos, y esto dentro del santuario. Les recordaba a los doce tribus que la presencia de Dios les sostenía. Hoy en día nos habla de Jesucristo “el pan de vida” dado para todo el mundo (Juan 6)

El incensario de oro se colocaba en el lugar santo frente al velo que dividía las dos partes del tabernáculo. La palabra traducida “incensario” (Hebreos 9:4) debe ser “altar de incienso”. Este altar de oro no se hallaba en el lugar santísimo, pero su ministerio *pertenecía* al lugar santísimo. ¿De qué manera? En el día anual de la expiación, el sumo sacerdote tomaba carbones de este altar para quemar incienso dentro del velo ante el propiciatorio (Levítico 16:12-14). Moisés (Exodo 40:5) relaciona el altar de oro del incienso con el arca del pacto, y también lo hace el autor de I Reyes (6:22). Cada mañana y cada tarde el sacerdote quemaba incienso sobre este altar. David sugiere que es un cuadro de la oración que asciende a Dios (Salmo 141:2). También puede recordarnos que Jesucristo intercede por nosotros (Romanos 8:33-34). Hay más detalles sobre este incensario en Exodo 30:1-10; 37:25-29. El incienso se describe en Exodo 30:34-35.

El lugar santísimo sólo contenía el arca del pacto, un cofre de madera arcaica de 112.5 cm de largo; 67.5cm de ancho y 67.5 cm de altura. Encima de este cofre estaba un maravilloso propiciatorio labrado de oro con un querubín en cada extremo. Este era el trono de Dios en el tabernáculo (Salmo 80:1; 99:1; Exodo 25:10-22). En el Día de la Expiación la sangre era rociada sobre el propiciatorio para cubrir las tablas de la ley que se encontraban dentro del arca. Dios no miraba la ley quebrantada, sino la sangre. Cristo es nuestra propiciación (I Juan 2:2 y Romanos 3:25). Pero su sangre no cubre el pecado; lo quita.

Sin duda en estos muebles hay muchas verdades espirituales y todas son de valor. Pero la verdad más importante es esta: Todo esto era simbólico, y no la realidad espiritual. Por eso el tabernáculo del Antiguo Pacto era inferior.

c. Era inaccesible para la gente (9:6-7)

No debemos pensar que los judíos se reunían en el tabernáculo para adorar. A los sacerdotes y levitas se les permitía entrar a las inmediaciones del tabernáculo, pero esto no les era permitido a los otros israelitas. Además, aunque los sacerdotes entraban a ministrar al lugar santo día tras día, sólo el sumo sacerdote entraba al lugar santísimo, y esto sólo una vez al año. Cuando lo hacía, era menester que ofreciera un sacrificio tanto por sus propios pecados, como por los del pueblo. En cambio el tabernáculo celestial está abierto para todo el pueblo de Dios, y en todo tiempo (10:19-25).

d. Era temporal (9:8)

El hecho de que la primera parte del tabernáculo (el lugar santo) estuviera en pie era prueba de que todavía la Salvación de Dios para el hombre no estaba completa. El lugar santo estaba como barrera entre el pueblo y el lugar santísimo. En tanto que los sacerdotes servían en el lugar santo, el camino a la presencia de Dios no había sido abierto. Pero cuando Jesús murió en la cruz, “el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mateo 27:50-51), y se abrió el camino al lugar santísimo. Ya no son necesarios ni el lugar santo ni el lugar santísimo, porque ahora los pecadores que creen pueden llegar a la presencia de Dios.

e. Su ministerio era externo, no interno (9:9-10)

Los sacrificios ofrecidos, y la sangre aplicada al propiciatorio, nunca pudieron cambiar el corazón ni la conciencia de un adorador. Todas las ceremonias relacionadas con el tabernáculo tenían que ver con la pureza ceremonial, y con la pureza moral. Eran “ordenanzas acerca de la carne” que pertenecían al hombre exterior; y no podían cambiar al hombre interior.

2. El Santuario celestial superior (9: 11-28)

Las cinco deficiencias del santuario del Antiguo Pacto están relacionadas con las cinco superioridades del santuario del Nuevo Pacto. El santuario actual es superior por las siguientes razones:

a. Es Celestial (9:11)

El escritor hizo hincapié antes de esta verdad porque quería que sus lectores concentraran su atención en las cosas celestiales y no en las terrenales. Algunas cosas de la tierra (entre ellas el hermoso templo de los judíos) pronto serían destruidas; pero las realidades celestiales permanecen para siempre.

El tabernáculo del Antiguo Pacto fue hecho por la mano del hombre (Exodo 35:30-35). El santuario del Nuevo Pacto no fue hecho de manos – “No de esta creación” (9:11). El tabernáculo de Moisés fue hecho con materiales que pertenecen a esta creación. El tabernáculo celestial no necesitó de tales materiales (9:24). Puesto que el tabernáculo celestial no pertenece a esta creación, no está sujeto a los estragos del tiempo.

“Los bienes venideros” habían llegado ya. Todo lo que fue anunciado por las cosas tipológicas del tabernáculo es ahora realidad por causa del ministerio sacerdotal de Cristo en el cielo. El tabernáculo fue hecho conforme al patrón del cielo, pero ahora ya no necesitamos el patrón porque tenemos la eterna realidad.

b. Su ministerio es eficaz para tratar con el pecado (9:12-15)

Tenemos aquí una serie de contrastes que muestran otra vez la superioridad del ministerio celestial:

El sacrificio de animales y el sacrificio de Cristo (9:12).

El escritor discutirá la inferioridad de los sacrificios de animales en el capítulo 10, pero aquí comienza a poner el fundamento. No necesitamos prueba de que la sangre de Cristo es mucho mejor que la de los sacrificios de animales.

¿Cómo puede la sangre de *animales* jamás resolver el problema del pecado del *hombre*? Jesucristo se hizo hombre para poder morir por los pecados del pueblo. Su muerte fue voluntaria; dudo que algún animal del tiempo del Antiguo Testamento se haya ofrecido voluntariamente como sacrificio.

La sangre del animal fue llevada por el sumo sacerdote al lugar santísimo, pero Jesucristo se presentó *a sí mismo* en la presencia de Dios como el sacrificio final y completo por nuestros pecados. Por supuesto, el sacrificio de animales se repitió, mientras que Jesucristo se ofreció una vez para siempre. Finalmente, ningún sacrificio de animales jamás compró “eterna redención”. Su sangre sólo cubría el pecado hasta el tiempo cuando Cristo con su sangre

quitará el pecado (Juan 1:29). Tenemos eterna redención, la cual no está basada en nuestros méritos u obras buenas; está asegurada una vez y para siempre en la obra consumada de Jesucristo.

Limpieza ceremonial y limpieza de conciencia (9: 13-14). Los ritos del Antiguo Pacto no podían cambiar el corazón. Esto no quiere decir que el adorar no haya tenido un cambio en su corazón al confiar en Dios, sino que el énfasis en el Antiguo Testamento era en las ceremonias externas de limpieza. Mientras el adorador obedeciera las ordenanzas establecidas, sería declarado limpio. Era la “purificación de la carne”, y no la limpieza de la conciencia.

(Hay más información acerca de “las cenizas de la becerra” en Números 19.)

Aprendimos en Hebreos 8 que el ministerio del Nuevo Pacto es *interno*. “Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré (8:10). Esta obra es hecha por el Espíritu Santo de Dios (II Corintios 3:1-3). Pero el Espíritu no podría morar en nosotros si Jesucristo no hubiera pagado por nuestros pecados. La limpieza de nuestras conciencias no se logra por medio de ceremonias externas; esto requiere de un poder interior. Puesto que Jesucristo es “sin mancha”, pudo ofrecer el sacrificio perfecto.

Bendiciones temporales y bendiciones eternas (9:15).

Las bendiciones bajo el Antiguo Pacto dependían de la obediencia del pueblo de Dios. Si obedecían a Dios, los bendecía; pero si desobedecían, rehusaba bendecirlos. Las bendiciones no sólo eran por corto tiempo, sino que se manifestaban en cosas temporales como la lluvia, las buenas cosechas, la protección de las enfermedades y de los enemigos. La herencia de Israel en Canaán incluía bendiciones materiales. Nuestra herencia eterna es principalmente espiritual por su naturaleza (Efesios 1:3). Nota que el hincapié se hace sobre la palabra *eterna* – “eterna redención” (Hebreos 9:12) y “herencia eterna” (v.15). El creyente puede tener confianza porque todo lo que tiene en Cristo es eterno.

Este versículo (9:15) aclara que no hubo redención completa y final bajo el Antiguo Pacto. Las transgresiones fueron *cubiertas* con la sangre de muchos sacrificios, pero no fueron *limpiadas* sino hasta el sacrificio de Cristo en la cruz (Romanos 3:24-26). Ahora que Cristo ha obtenido eterna redención, podemos participar de una herencia eterna.

Al repasar estos tres contrastes, podemos ver fácilmente que el ministerio de Cristo es eficaz para quitar pecados. Su obra terminada en la tierra y su obra continua de intercesión en el cielo son suficientes y eficaces.

c. Su ministerio se basa en un sacrificio costoso (9:16-23)

La palabra “pacto” no sólo significa *convenio*, sino que también encierra la idea de *testamento*. Si un hombre escribe su testamento, éste no tiene valor hasta que el hombre muera. Fue necesario que Jesucristo muriera a fin de que los términos del Nuevo Pacto entraran en vigor.

“Esta copa es el nuevo pacto” (convenio, testamento) “en mi sangre, que por vosotros se derrama” (Lucas 22:20).

Aun el Antiguo Pacto estaba basado en sangre. Hebreos 9:19-21 es una cita tomada de Exodo 24:3-8, lo cual es el relato de la ratificación del Antiguo Pacto por Moisés y el pueblo de Israel. El libro de la ley fue rociado con sangre, así como el pueblo y el tabernáculo con sus muebles. ¡Debe de haber sido una ocasión solemne!

La sangre no sólo se usaba al *principio* del ministerio del Antiguo Pacto, sino también en la administración *constante* del servicio del tabernáculo. Bajo el Antiguo Pacto la gente y los objetos eran purificados con sangre, agua y fuego (Números 31:21-24). Por supuesto, era una *purificación ceremonial*; significaba que las personas y los objetos eran ahora aceptables ante Dios. La purificación no cambiaba la naturaleza de la persona u objeto. Según la ordenanza

de Dios la sangre tiene que ser derramada antes de que el pecado pueda ser perdonado (Levítico 17:11).

Puesto que Dios ha establecido que la remisión del pecado es por la *sangre derramada*, y que la purificación viene por el *rociamiento* de la sangre, es necesario que la sangre sea derramada y aplicada si el Nuevo Pacto ha de estar en vigor. Las *figuras* (el tabernáculo del Antiguo Pacto) fueron purificadas por el rociamiento de la sangre.

Pero los *originales* fueron también purificados. La sangre de Cristo no sólo purifica la conciencia del creyente (9:14), sino que también purificó “las cosas celestiales” (9:23).

¿Cómo podría contaminarse el santuario celestial?

Podemos entender por qué el santuario *terrenal* se contaminó, puesto que fue usado por hombres pecadores. Cada año, en el Día de la Expiación, el tabernáculo era purificado por el rociamiento de la sangre (Levítico 16:12-19). Pero ¿cómo podría ser contaminado el santuario celestial? Ciertamente nada en el cielo está contaminado en sentido literal, porque el pecado no puede contaminar el santuario de Dios. Pero, tampoco nada en el tabernáculo terrenal fue *literalmente* contaminado por el pecado. Todo tenía que ver con la relación del pueblo con Dios. La sangre rociada sobre algún mueble no cambiaba su naturaleza, *sino que cambiaba la relación de Dios para con él*. Dios podía tener comunión con el pueblo por causa del rociamiento de la sangre.

Por medio de Jesucristo, nosotros los pecadores podemos entrar al lugar santísimo en el santuario celestial (Hebreos 10:19-22). Físicamente, por supuesto, estamos en la tierra; pero espiritualmente, estamos en comunión con Dios en el lugar santísimo celestial. A fin de que Dios nos pudiera recibir en este compañerismo, la sangre de Jesucristo tenía que ser aplicada. Entramos a la presencia de Dios “por la sangre de Jesucristo” (10:19).

Ahora podemos resumir la discusión del escritor. El Antiguo Pacto fue establecido por la sangre y así también el Nuevo Pacto. Pero el Nuevo fue establecido a base de un sacrificio superior, aplicado en un mejor lugar. Las figuras (los tipos) fueron purificados por la sangre de animales, pero el santuario original fue purificado con la sangre del Hijo de Dios. Este sacrificio fue un sacrificio mucho más costoso.

d. Su ministerio implica cumplimiento (9:24)

El creyente del Nuevo Pacto tiene la realidad. No estamos confiando en un sumo sacerdote terrenal que visita anualmente el lugar santísimo en un santuario temporal, sino en nuestro Sumo Sacerdote celestial quien ha entrado una vez por todas en el santuario eterno. Allí nos representa ante Dios, y *lo hará siempre*.

En cuanto a nuestra vida espiritual, debemos tener cuidado de no confiar en aquello “hecho de mano” (9:24).

No permanecerá. El tabernáculo fue sustituido por el templo de Salomón, y ése fue destruido por los babilonios.

Cuando los judíos volvieron a su tierra después de la cautividad, reedificaron su templo; y el rey Herodes, más tarde, lo agrandó y embelleció. Pero los romanos lo destruyeron, y nunca se ha vuelto a reconstruir. Además, puesto que los registros genealógicos se han perdido o destruido, los judíos no saben con seguridad quiénes tienen derecho de ministrar como sacerdotes. Aquello “hecho de mano” es perecedero, pero lo que no es hecho de mano es eterno.

e. Su ministerio es final y completo (9:25-28)

No puede haber nada incompleto o temporal acerca del ministerio de nuestro Señor en el cielo. El escritor indica otra vez los contrastes obvios entre el ministerio del Antiguo Pacto y el ministerio del Nuevo Pacto:

Antiguo Pacto

Sacrificios repetidos
La sangre de otros
El pecado cubierto
Sólo para Israel
Dejó el lugar santísimo

Vino a bendecir al pueblo

Nuevo Pacto

Un solo sacrificio
Su propia sangre
El pecado quitado
Para todos los pecadores
Entró en el cielo y allí
permanece
Vendrá a llevar a su pueblo
al cielo

En resumen, la obra de Cristo es una obra completa, final y eterna. A base de esta obra completa Cristo está ahora ministrando a nuestro favor en el cielo.

¿Notaste tú que el verbo *presentarse* se usa dos veces, y una vez la palabra “aparecerá” en los versículos 24-28?

En estas palabras tenemos un resumen de la obra de nuestro Señor. “Se presentó” para quitar nuestros pecados al morir en la cruz (v.26). *Se presenta* ahora en el cielo por nosotros (v.24), y un día “aparecerá” para llevar a los creyentes al hogar celestial (v.28). Estos tres tiempos (pasado, presente y futuro) de la salvación se basan en la obra consumada de Cristo.

Los creyentes hebreos, después de haber leído este capítulo, seguramente entendieron que no había campo neutral. Tuvieron que escoger entre lo terrenal y lo celestial, lo temporal y lo eterno, lo incompleto y lo completo. ¿Por qué no volver al templo y, a la vez, practicar la fe cristiana?

¿Por qué no quedarse con lo mejor de ambos mundos? Porque eso sería transigir y rehusar salir “fuera del campamento, llevando su vituperio” (13:13). Así que no hay camino intermedio.

El santuario del creyente es el cielo. Su padre está en el cielo, así también su Salvador. Allá está su ciudadanía (Filipenses 3:20); y sus tesoros deben ser puestos en el cielo (Mateo 6:19-21); pues allá está su esperanza. El verdadero creyente anda por fe, y no por vista. No importa lo que pueda pasar en la tierra, el creyente puede tener confianza porque todo está arreglado en el cielo.

9 El Sacrificio Superior

(Hebreos 10)

Un joven, buscando con qué entretenerse, decidió leer un libro de la biblioteca de la familia. Su madre era creyente devota, así que el joven sabía que habría un sermón al principio del libro y una aplicación al final. También esperaba encontrar algunas historias interesantes.

Mientras leía el libro encontró la frase “la obra consumada de Cristo”. Le impresionó mucho – “la obra consumada de Cristo.”

“¿Por qué usa esa expresión el autor?” se preguntaba.

“¿Por qué no decir: La expiación o la propiciación de Cristo?” (se puede ver que el joven conocía los términos bíblicos, pero no conocía al Salvador.) Luego las palabras “consumado es” iluminaron su mente, y comprendió entonces que la obra de salvación fue concluida.

“Si toda la obra fue consumada y toda deuda pagada, ¿qué me resta hacer?” El sabía la respuesta y cayó de rodillas para recibir al Salvador y el perdón completo de sus pecados. Así es como J. Hudson Taylor, fundador de la Misión al Interior de la China, llegó a ser salvo.

El capítulo 10 de Hebreos enfatiza el sacrificio perfecto de Jesucristo, en contraste con los sacrificios imperfectos que se ofrecieron bajo el Antiguo Pacto. El sacerdocio superior de nuestro Señor pertenece a un orden superior, al de Melquisedec, y no al de Aarón. Funciona a base de un pacto superior, el nuevo; y de un santuario superior, el del cielo. Pero todo esto se basa en un sacrificio superior, el cual es el tema de este capítulo.

El escritor presenta tres beneficios que explican por qué el sacrificio de Jesucristo es superior a los sacrificios del Antiguo Pacto:

1. El Sacrificio de Cristo quita el pecado (10:1-10)

El pecado, por supuesto, es el mayor problema del hombre. No importa qué clase de religión tenga, sin no soluciona el problema del pecado, no tiene valor. Por naturaleza el hombre es pecador; y por elección, demuestra que su naturaleza es pecaminosa. Bien se ha dicho “no somos pecadores porque pecamos, sino pecamos porque somos pecadores”

a. La necesidad de un sacrificio mejor (10:1-4)

¿Por qué fueron inferiores los sacrificios del Antiguo Pacto? Después de todo, fueron ordenados por Dios; y estuvieron en vigor por siglos. Aunque es cierto que los judíos algunas veces permitieron que los sacrificios llegaran a ser ritos vacíos (Isaías 1:11-15), también es verdad que mucha gente sincera traía sus ofrendas a Dios y recibía bendición

La naturaleza misma de los sacrificios del Antiguo Pacto los hizo inferiores. La ley era sólo una “sombra de los bienes venideros”, y no la realidad misma. El sistema de sacrificios era tipo o cuadro de la obra que nuestro Señor llevaría a cabo en la cruz. Esto quiere decir que el sistema era temporal, y por lo tanto, no podía lograr nada permanente.

La repetición misma de los sacrificios día tras día, y del Día de la Expiación año tras año indicaba la debilidad de todo el sistema.

Los sacrificios de animales nunca solucionaron completamente el asunto de la culpa humana. Dios les prometió perdón a los adoradores que tuvieran verdadera fe (Levítico 4:20,26,31,35), pero este era un perdón judicial y no quitaba la culpa del corazón de la gente. A la gente le faltaba este testimonio interno de perdón completo y final.

No podían decir: Ya no tenemos más conciencia de pecado.

Si aquellos adoradores hubieran sido “limpios una vez” (del pecado), nunca más hubieran tenido que ofrecer sacrificios.

Así que, el día anual de la expiación no lograba *la remisión del pecado*, sino sólo recordaba el pecado. La repetición anual de la ceremonia era evidencia de que los sacrificios del año anterior no habían logrado lo que se deseaba. Por cierto, los pecados de la nación eran *cubiertos*; pero no *limpiados*. Tampoco la gente tenía el testimonio de perdón y de aceptación de Dios.

Por supuesto, existía una desesperada necesidad de un sacrificio mejor, porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no podía quitar los pecados. Podía cubrir el pecado y aplazar el juicio, pero no podía efectuar redención una vez y para siempre. Sólo el sacrificio superior del Hijo de Dios podía hacer eso.

b. La provisión del mejor sacrificio (10:5-9)

Fue Dios quien proveyó el sacrificio, y no el hombre. La cita es del Salmo 40:6-8, y se aplica a Cristo Jesús en su encarnación (“entrando en el mundo”). La cita aclara que Jesucristo es el cumplimiento de los sacrificios del Antiguo Pacto.

La palabra *sacrificio* se refiere a cualquier sacrificio de animal. *Ofrenda* se refiere a las ofrendas de oblación (Levítico 2:1) y libación (Génesis 35:14). Los holocaustos y las ofrendas por el pecado se mencionan en los versículos 6 y 8. La ofrenda por la culpa se incluye en la palabra *sacrificio* (v.5). Cada una de estas ofrendas tipificaba el sacrificio de Cristo y revelaba algún aspecto de la obra de nuestro Señor en la cruz (ver Levítico 1-7)

La frase “me preparaste cuerpo” (Hebreos 10:5) no se encuentra en la cita original. Salmo 40:6 dice “... has abierto mis oídos”. El escritor de Hebreos estaba citando la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento. ¿Cómo explicamos esta diferencia? Algunos relacionan “has abierto mis oídos” con Exodo 21:1-6, un pasaje que describe las acciones de un amo cuyo siervo no quería ser libre. El amo hacía un agujero en el lóbulo de la oreja del siervo, como señal de que el siervo prefería permanecer con su amo. La idea es que nuestro Señor era como un siervo voluntario a quien le agujeraron sus oídos.

El problema que presenta esa explicación es que sólo *un oído* era agujerado, mientras que el versículo (Salmo 40:6) habla de ambos oídos. Además, el verbo usado en Exodo 21 significa *perforar*, mientras que el verbo en el Salmo 40:6 significa *cavar*. Es cierto que nuestro Señor era siervo, pero no creo que eso sea lo que el escritor tenía en mente. Probablemente *oídos abiertos* signifique una disposición para oír y obedecer la voluntad de Dios (ver Isaías 50:4-6). Dios le dio a su Hijo un cuerpo preparado para que sirviera a Dios y cumpliera su voluntad en la tierra.

Nuestro Señor a menudo se refirió a esta verdad (Juan 4:34; 5:30; 6:38; 17:4).

Por supuesto, el mismo Espíritu Santo que inspiró el Salmo 40 tiene derecho de amplificarlo y de interpretar su Palabra en Hebreos 10. *Oídos abiertos* indican un cuerpo listo para el servicio.

En este párrafo el escritor dice dos veces que Dios no se agradó de los sacrificios del Antiguo Pacto (ver 10:6,8).

Esto no quiere decir que los antiguos sacrificios fueran malos, ni que los adoradores sinceros no recibieran provecho al obedecer la ley de Dios. Sólo quiere decir que Dios no se deleitó en los sacrificios como tales, sino en los corazones obedientes de los adoradores. Ninguna cantidad de sacrificios podía sustituir a la obediencia (I Samuel 15:22; Salmo 51:16-17; Isaías 1:11,19; Jeremías 6:19-20; Oseas 6:6; Amós 5:20-21).

Jesús vino a hacer la voluntad del Padre. Esta voluntad es el Nuevo Pacto que ha sustituido al Antiguo. Jesucristo, por medio de su muerte y resurrección, ha quitado el primer pacto y ha establecido el segundo. Los lectores de Hebreos recibirán este mensaje: ¿Por qué volver a un pacto que había sido quitado? ¿Por qué volver a sacrificios inferiores?

c. La eficacia del mejor sacrificio (10:10)

Los creyentes han sido apartados (“santificados”) por la ofrenda del cuerpo de Cristo hecha una vez para siempre.

Ningún sacrificio del Antiguo Pacto pudo hacer esto. Un adorador bajo el Antiguo Pacto tenía que purificarse continuamente de contaminaciones ceremoniales. Pero un creyente bajo el Nuevo Pacto es apartado de manera completa y final.

2. El sacrificio de Cristo no necesita repetirse (10:11-18)

Otra vez el escritor contrasta el sumo sacerdote del Antiguo Pacto con Jesucristo, nuestro Gran Sumo Sacerdote.

El hecho de que Jesús *se haya sentado* después de ascender al Padre demuestra que su obra estaba concluida (1:3,13; 8:1). El ministerio de los sacerdotes en el tabernáculo y en el templo *nunca terminó y nunca cambió*, ellos ofrecían los mismos sacrificios día tras día. Esta constante repetición era prueba de que sus sacrificios no quitaban los pecados. Lo que millares de sacrificios de animales no pudieron hacer, Jesús lo hizo con *un sólo sacrificio para siempre*.

La frase “se ha sentado” nos lleva otra vez al Salmo 110:1: “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”. Cristo está en el lugar de exaltación y victoria. Cuando él venga, derrotará a todo enemigo y establecerá su reino de justicia. Los que han confiado en él no tienen por qué temer, porque han sido hechos “perfectos para siempre” (10:14). Los creyentes están “completos en él” (Colosenses 2.10). Tenemos una posición perfecta ante Dios por causa de la obra consumada de Cristo.

¿Cómo sabemos *personalmente* que tenemos esta perfecta posición ante Dios? Porque tenemos el testimonio del Espíritu Santo a través de la Palabra de Dios (10:15-18). El testimonio del Espíritu Santo se basa en la obra del Hijo y se da por medio de las Escrituras. El escritor (Hebreos 10:16-17) citó a Jeremías 31:33-34, parte de un pasaje que ya había citado en Hebreos 8:7-12. El adorador bajo el Antiguo Pacto no podía decir que no tenía “más conciencia de pecado” (10:2). Pero el creyente bajo el Nuevo Pacto *sí* puede decir que sus pecados e iniquidades *ya* no son recordados más. Ya “no hay más ofrenda por el pecado” (10:18) ni más memoria del pecado.

Una vez participé en una conferencia con un excelente siquiatra cristiano cuyos discursos eran muy fieles a la Palabra de Dios. “El problema de la siquiatria”, me dijo, “es que sólo puede tratar los síntomas. Un siquiatra puede quitar *los sentimientos* de culpa, pero no la culpa. Es semejante a un joven que se endroga para olvidar sus problemas. El paciente puede terminar sintiéndose mejor, pero tendrá *dos* problemas en vez de uno”.

Cuando un pecador confía en Cristo, todos sus pecados son perdonados; la culpa es quitada; y el asunto se arregla completamente para siempre.

3. El sacrificio de Cristo abre el camino a Dios (10:19-39)

Ningún adorador bajo el Antiguo Pacto tendría la osadía de entrar al lugar santísimo del tabernáculo. Aun el sumo sacerdote entraba sólo una vez al año. El grueso velo que separaba el lugar santo del santísimo era una barrera entre Dios y el pueblo. Solamente la muerte de Cristo pudo romper ese velo (Marcos 15:38) y abrir el camino al santuario *celestial* donde Dios mora.

a. Tres imperativos bondadosos (10:19-25)

“Acerquémonos ...mantengamos firmes ...considerémonos unos a otros”. Estos tres imperativos alientan nuestra confianza de entrar al lugar santísimo. Y esta confianza descansa sobre la obra consumada del Salvador.

El Día de la Expiación, el sumo sacerdote no podía entrar al lugar santísimo a menos que llevara la sangre del sacrificio (9:7). Pero nuestra entrada a la presencia de Dios no es por la sangre de ningún animal, sino por la sangre derramada de Cristo.

Este camino abierto a la presencia de Dios es “nuevo” (reciente), y no es parte del Antiguo Pacto que “se envejece” y “está próximo a desaparecer” (8:13). Es “vivo” porque Cristo “vive para interceder” por nosotros (7:25). Cristo es el camino vivo y nuevo. Venimos a Dios por medio de él, nuestro Sumo Sacerdote en la casa de Dios (la iglesia, ver 3:6). Cuando su carne fue clavada en la cruz, y su vida sacrificada, Dios rompió el velo del templo. Esto simbolizaba que el camino vivo y nuevo fue abierto para todos los que creyeran.

Basados en dichas verdades, tenemos confianza para entrar a la presencia de Dios puesto que tenemos un Sumo sacerdote viviente y una *invitación permanente*. El sumo Sacerdote del Antiguo Pacto *visitaba* el lugar santísimo una vez al año, pero nosotros somos invitados a *morar en la presencia de Dios* cada momento de cada día. ¡Qué tremendo privilegio! Consideremos lo que estos tres imperativos implican:

“Acerquémonos” (10:22). Por supuesto, debemos prepararnos espiritualmente para disfrutar de la comunión con Dios. El sacerdote del Antiguo Testamento tenía que someterse a varios lavamientos y la aplicación de sangre en el Día de la Expiación (Levítico 16). También durante el ministerio diario los sacerdotes tenían que lavarse en el lavacro antes de entrar al lugar santo (Exodo 30:18-21). El creyente del Nuevo Testamento debe llegar ante Dios con un corazón puro y una conciencia limpia. La comunión con Dios demanda pureza (I Juan 1:5-2:2).

“Mantengamos firme” (10:23). Los lectores de esta epístola estaban tentados a abandonar su profesión en Jesucristo y a volver a la adoración bajo el Antiguo Pacto.

El escritor no les exhorta a mantener su salvación, porque su seguridad estaba en Cristo no en sí mismos (7:25). Más bien, los exhorta a mantener firme “la profesión (confesión) de nuestra esperanza”.

Hemos visto en nuestro estudio de Hebreos que se hace énfasis sobre la gloriosa esperanza del creyente. Dios está llevando “muchos hijos a la gloria” (2:10). Los creyentes son partícipes “del llamamiento celestial” (3:1), y por lo tanto, se pueden regocijar en la esperanza (3:6). *La esperanza* es uno de los principales temas de Hebreos 6 (vs. 11,12,18-20). Estamos esperando el regreso de Cristo (9:28), y estamos buscando la ciudad venidera (13:14).

Cuando el creyente tiene su esperanza puesta en Cristo, y confía en la fidelidad de Dios, entonces no titubeará ni fluctuará. En vez de mirar hacia atrás (como los judíos solían hacer), debemos ver hacia delante a la venida del Señor.

“Considerémonos unos a otros” (10:24-25). La comunión con Dios nunca debe ser egoísta. Debe haber compañerismo también con los creyentes de la iglesia local. Evidentemente, algunos de los creyentes fluctuantes se estaban ausentando del compañerismo de la iglesia. Es interesante notar que el énfasis aquí no se hace sobre lo que un creyente recibe de la iglesia, sino más bien sobre lo que él *contribuye* a ella.

La fidelidad en asistir a la iglesia anima a otros y los estimula al amor y a las buenas obras. Uno de los motivos más poderosos para la fidelidad es la pronta venida del Señor Jesucristo. En efecto, el único lugar además de este en el Nuevo Testamento donde se usa la palabra griega, traducida aquí “congregarnos” (10:25), es II Tesalonicenses 2:1, donde se traduce “reunión”, y se refiere a la venida de Cristo.

Aquí se ven las tres grandes virtudes cristianas: *fe* (10:22), *esperanza* (v.23), y *amor* (v.24). Son el fruto de nuestra comunión con Dios en su santuario celestial.

b. Una exhortación solemne (10:26-31)

Esta es la cuarta de cinco exhortaciones que se encuentran en Hebreos. Está escrita a creyentes y sigue la secuencia de las demás. El creyente que comienza a *deslizarse* de la Palabra (2:1-4) pronto comenzará a *dudar* de la Palabra (3:7-4:13). En seguida *desoirá* la Palabra (5:11-6:20) y llegará a ser negligente en su vida espiritual. Esto resultará en *desprecio* a la Palabra, el cual es el tema de esta exhortación.

La evidencia de este desprecio es un pecado voluntario.

El tiempo del verbo indica que Hebreos 10:26 debe leerse:

“Porque si seguimos pecando voluntariamente...”. Esta exhortación no trata de un acto aislado de pecado, sino de una actitud que conduce a la desobediencia constante. Bajo el Antiguo Pacto, no había sacrificios por los pecados deliberados y voluntarios (Exodo 21:12-14; Números 15:27-31). Los pecadores presuntuosos que despreciaban la ley de Moisés y la quebrantaban eran castigados con pena de muerte (Deuteronomio 17:1-7). Esto explica por qué David oró como lo hizo en el Salmo 51. Puesto que pecó deliberadamente, debía morir; pero clamó a Dios pidiendo misericordia. David sabía que ni aun una multitud de sacrificios podrían salvarlo. Todo lo que podía ofrecer era el sacrificio de un “corazón contrito y humillado” (Salmo 51:16-17).

¿Cómo afecta una actitud arrogante a la relación del creyente con Dios? Es como si pisoteara la sangre de Cristo que le salvo (“inmunda” = común, 10:29), e hiciera afrenta al Espíritu Santo. La cuarta exhortación (10:26-31) es exactamente lo opuesto a los imperativos dados en Hebreos 10:19-25. En vez de una firme profesión de fe, esperanza y amor, el creyente descarriado vive de tal forma que sus acciones y actitudes traen deshonra al nombre de Cristo y de la iglesia.

¿Qué puede esperar de Dios esta clase de creyente?

Puede esperar disciplina severa. (Disciplina es el tema de Hebreos 12). No es necesario suavizar las palabras “horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego” (10:27), o “mayor castigo” (10:29). Ya hemos visto la historia de Israel que casi ninguno de los que fueron librados de Egipto por la sangre del cordero entró a la tierra prometida. Casi todos murieron en el desierto. “Hay pecado de muerte” (I Juan 5:16). Algunos de los creyentes de Corinto fueron disciplinados, y se les quitó la vida, por causa de sus arrogantes pecados (I Corintios 11:30 donde “duerman” significa *han muerto*).

Dios no siempre le quita la vida al creyente rebelde, pero siempre lo disciplina. Las palabras “Mía es la venganza” fueron dirigidas a Israel, el pueblo de Dios. “El Señor juzgará a su pueblo” (Hebreos 10:30, tomado de Deuteronomio 32:35). “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:31).

El tema principal de Hebreos es “Dios ha hablado - ¿Cómo estás tú respondiendo a su Palabra?” Cada vez que la nación de Israel rehusó creer y obedecer su Palabra, Dios la castigó. Pablo usó esta verdad para advertirles a los corintios contra pecados de arrogancia (I Corintios 10:1-12). Nota que los ejemplos dados incluyen a personas que murieron por sus pecados voluntarios. Cuando estudiemos el tema del castigo en Hebreos 12, tendremos una comprensión mejor sobre este aspecto del trato de Dios hacia sus hijos.

Al afirmar que esta exhortación se aplica a los creyentes hoy, pero que no implica la pérdida de la salvación, no estoy sugiriendo que el castigo no sea importante. Al contrario, es importante que cada creyente le obedezca a Dios y agrade al Padre en todas las cosas. El Dr. William Culbertson, quien fuera presidente del Instituto Bíblico Moody, solía advertirnos sobre “las tristes consecuencias de *los pecados perdonados*”. Dios le perdonó los pecados a David, pero David sufrió las consecuencias por años (II Samuel 12:7-15). David había tenido “en poco la palabra de Jehová” (12:9), y Dios lo disciplinó.

¿Qué debe hacer el creyente que se ha deslizado dudando de la Palabra de Dios y desoyéndola, y que está deliberadamente despreciándola? Debe volverse a Dios pidiéndole

misericordia y perdón. No hay otro sacrificio por el pecado; el que Cristo hizo por todos nuestros pecados es suficiente. Horrenda cosa es caer en las manos de Dios y experimentar su castigo, pero es hermoso caer en sus manos y ser objeto de su limpieza y restauración. David dijo “que yo caiga en la mano de Jehová, porque sus misericordias son muchas en extremo” (I Corintios 21:13).

c. *Una confirmación alentadora* (10:32-39)

A fin de que ninguno de sus lectores mal interpretara su exhortación, el escritor prosiguió con palabras de ánimo y confirmación. Sus lectores habían dado toda evidencia de que eran verdaderos creyentes. No esperaba él que *ellos* despreciaran la Palabra de Dios y que experimentaran el castigo divino. En efecto, tal como en Hebreos 6, los verbos cambian e indican *nosotros* en 10:26; *él* en el v.29; y *ellos* en el v.39.

Los lectores habían estado en un tiempo dispuestos a sufrir afrenta y persecución, y aun el despojo de sus bienes.

Cuando la persecución para ellos disminuía, se identificaban gustosamente con otros creyentes que estaban en peligro, aun al punto de compartir sus cadenas (prisiones). Entonces tenían gran confianza y esperanza; pero ahora estaban en peligro de desechar aquella confianza y volver a su antigua religión.

El secreto de la victoria se hallaba en su *fe* y *paciencia*.

Hemos visto la combinación de estas dos virtudes en Hebreos 6:12 y 15. Es aquí donde el escritor introduce el *texto* alrededor del cual se escribió Hebreos: “... el justo vivirá por fe” (Hebreos 10:38). La cita es de Habacuc 2:4 y también se usa en Romanos 1:17 y Gálatas 3:11. Romanos hace hincapié en “el justo”; Gálatas se enfoca en el término no “vivirá”; y Hebreos enfatiza “por fe”. No sólo somos *salvos* del pecado por la fe, sino que también tenemos que *vivir* por la fe. Este es el tema de Hebreos 11-13.

El creyente que vive por la fe seguirá hacia “la perfección” (6:1). Pero el creyente que vive por vista retrocederá “para perdición” (10:39). ¿Qué significa perdición en este contexto?

La palabra griega traducida *perdición* se usa como 20 veces en el Nuevo Testamento y se traduce de diferentes maneras: “perezca” (Hebreos 8:20), “muerte” (Hechos 25:16) “perezca” (Hechos 8:20), “muerte” (Hechos 25:16), “destrucción” (Romanos 9:22), y “desperdicio” (Mateo 26:8). La palabra *puede* significar juicio eterno, pero no tiene que ser así en *cada* caso. Personalmente, creo que *desperdicio* es la mejor traducción de la palabra en Hebreos 10:39. El creyente que no anda por fe regresa a sus antiguos caminos y desperdicia su vida.

“Preservación del alma” es lo opuesto a *desperdicio*.

Andar por fe significa obedecer la Palabra de Dios y vivir para Cristo. Perdemos nuestra vida por su causa – pero la salvamos (ver Mateo 16:25-27). En mi ministerio pastoral he conocido personas que han vuelto la espalda a la voluntad de Dios y (como Israel) han pasado años *vagando en el desierto* del desperdicio.

Pero podemos estar confiados en él. Mientras andemos por fe, nuestro Gran Sumo Sacerdote nos guiará y nos perfeccionará.

10
La Fe –
El Poder Más Grande del Mundo

(Hebreos 11)

Este capítulo introduce la sección final de la epístola (capítulos 11-13), a la cual he llamado “un principio superior – la fe”. El hecho de que Cristo es una persona superior (capítulos 1-6) que ejerce un sacerdocio superior (capítulos 7-10) debe animarnos a confiar en él. Los lectores de esta epístola estaban inclinados a volver al judaísmo y a poner su fe en Moisés. Su confianza estaba en las cosas visibles de este mundo, no en las realidades invisibles de Dios. En vez de seguir hacia la perfección (madurez), estaban retrocediendo para perdición (desperdicio) ver 6:1 y 10:39.

Este capítulo 11 llama a todos los creyentes a vivir por fe. En él, el escritor discute dos temas importantes relacionados con la fe.

1. La descripción de la fe (11:1-3)

Esta no es una definición de la fe sino una descripción de lo que hace y cómo obra. La verdadera fe bíblica no es optimismo ciego ni un sentimiento fabricado de “espero que sí”. Tampoco es una aceptación mental de cierta doctrina. Ciertamente no implica creer algo a pesar de la evidencia. Eso sería superstición.

La verdadera fe bíblica es obediencia plena a la Palabra de Dios a pesar de las circunstancias y consecuencias. Lee esta última oración de nuevo y déjala penetrar en tu mente y corazón.

Esta fe opera en forma muy sencilla. Dios habla y nosotros oímos su Palabra, confiamos en ella y luego actuamos, sin importar las circunstancias o las consecuencias.

Puede ser que las circunstancias parezcan insuperables y que las consecuencias sean aterradoras y desconocidas; pero de todas maneras obedecemos la Palabra de Dios y confiamos que él hará lo justo y lo mejor.

El mundo perdido no entiende la fe bíblica verdadera, tal vez porque ve tan poca fe en acción en la iglesia de hoy.

El editor cínico H.L. Mencken definió la fe como “creencia ilógica de que puede ocurrir lo imposible”. El mundo no comprende que la validez de la fe depende de su objeto, y el objeto de nuestra fe es *Dios*. La fe no es un *sentimiento* que fabricamos, sino nuestra respuesta total a lo que Dios nos ha revelado en su Palabra.

Tres palabras en Hebreos 11:1-3 resumen lo que es la fe verdadera: *Certeza, convicción, y testimonio*. La palabra traducida “certeza” significa literalmente *apoyo, respaldo*.

La fe es para el creyente lo que son los cimientos para una casa: Le da confianza y seguridad de que permanecerá. Así que, se puede decir: La fe es la *confianza* de lo que se espera. A través de la fe del creyente, Dios le da confianza y seguridad de que sus promesas serán cumplidas.

La palabra “convicción” significa la seguridad interna de que Dios hará lo que ha prometido. La presencia de la fe que Dios ha puesto en el corazón es la convicción suficiente de que él cumplirá su palabra.

“Testimonio” es una palabra importante en este capítulo.

Ocurre no sólo en el v.2, sino dos veces en el v.4, una vez en el v.5 y una vez en el v.39. Hebreos 12:1 se llama a esta lista de hombres y mujeres “tan grande nube de testigos”.

Son testigos ante nosotros porque Dios dio testimonio acerca de ellos. En cada ejemplo citado, Dios dio testimonio de la fe de esa persona. Dicho testimonio consistió en la aprobación divina de su vida y ministerio.

El escritor de Hebreos aclara que la fe es cosa práctica (v.3), a pesar de lo que digan los incrédulos. La fe nos capacita para entender lo que Dios hace y para ver lo que otros no pueden ver (nota 11:7,13,27). Como resultado, la fe nos capacita para hacer lo que otros no pueden hacer. La gente se reía de estos grandes hombres y mujeres mientras ellos caminaban por fe, pero Dios estaba con ellos y los ayudó a tener éxito para su gloria. El Dr. J. Oswald Sanders lo dijo con acierto: “La fe capacita al creyente para ver lo futuro como si fuera presente y lo invisible como si fuera visible”.

La mejor manera de crecer en la fe es andar con los fieles. El resto de este capítulo da un resumen de la vida y las obras de los grandes hombres y mujeres de fe mencionados en el Antiguo Testamento. En cada caso se encuentran los mismos elementos de la fe: (1) Dios les habló por medio de su Palabra; (2) fueron conmovidos de diferentes maneras; (3) obedecieron a Dios; y (4) él dio testimonio de ellos.

2. La demostración de la fe (11:4-40)

a. Abel – La fe que adora (11:4)

El fondo histórico se encuentra en Génesis 4:1-10. Abel era justo por razón de su fe (Mateo 23:35). Dios les había revelado a Adán y a sus descendientes la manera correcta de adorarlo, y Abel le obedeció a Dios por fe. En efecto, su obediencia le costó la vida. Caín no era hijo de Dios (I Juan 3:12), porque no tenía fe. Era religioso, pero no justo. Abel nos habla hoy como el primer mártir de la fe.

b. Enoc – La fe que anda (Hebreos 11:5-6)

Nuestra fe en Dios crece a medida que tenemos compañerismo con él. Debemos tener el *deseo* de agradarle y la *diligencia* de buscarlo. La oración, la meditación en la Palabra, la adoración, y la disciplina – todo esto nos ayuda en nuestro andar con Dios. Enoc caminó con Dios en un mundo impío antes de que viniera el diluvio, y pudo mantener pura su vida. Un día fue traspuesto (llevado) al cielo y nunca más se le vio. Abel sufrió una muerte violenta, pero Enoc nunca murió. Dios tiene un plan distinto para cada persona que confía en él. Algunos ven en la traslación de Enoc un cuadro del Arrebatamiento de la iglesia cuando Jesucristo regrese (I Tesalonicenses 4:13-18).

c. Noé – La fe que obra (11:7)

La fe de Noé influyó en toda su persona; su *mente* fue advertida por Dios; su *corazón* fue movido con temor; y su *voluntad* actuó basándose en lo que Dios le dijo. Puesto que nadie en aquel tiempo había visto un diluvio, ni una tormenta quizá, las acciones de Noé probablemente ocasionaron gran interés y tal vez burla. La fe de Noé influyó en toda su familia, y todos fueron salvos. También condenó a todo el mundo, porque su fe puso de manifiesto la incredulidad de ellos. Los eventos subsiguientes demostraron que Noé tenía razón. Jesús hizo referencia a este evento para advertirle a la gente de la necesidad de prepararse para su regreso (Mateo 24:36-42). En los días de Noé, la gente estaba ocupada en sus quehaceres e hizo caso omiso del testimonio de Noé (II Pedro 2:5).

d. Los patriarcas – La fe que espera (11:8-22)

Esta sección hace hincapié en la promesa de Dios y sus planes para la nación de Israel (ver versículo 9,11,13,17).

Esta nación comenzó con el llamamiento de Abraham.

Dios les prometió un hijo a Abraham y a Sara, pero tuvieron que esperar 25 años para el cumplimiento de la promesa. Su hijo Isaac llegó a ser el padre de Jacob y Esaú; y fue Jacob,

en efecto, quien edificó la nación con sus 12 hijos. José salvó la nación estando ésta *en* la tierra de Egipto, y posteriormente Moisés la libertó *de* Egipto.

Esperar es para mí una de las cosas más difíciles de la vida. Sin embargo, la fe verdadera puede esperar el cumplimiento de los propósitos de Dios *en su tiempo*. Pero mientras esperamos, debemos también obedecer. “Por la fe Abraham...obedeció” (11:8). Obedeció *cuando no sabía a dónde iba* (11:8-10). Vivió en tiendas porque era extranjero y peregrino en el mundo y tenía que estar listo para mudarse cuando Dios le hablara. Los creyentes de hoy también son extranjeros y peregrinos (I Pedro 1:1; 2:11).

Abraham tenía su mirada en la ciudad celestial y vivió con la mirada puesta en cosas futuras.

También obedeció *aun no sabiendo cómo Dios cumpliría su promesa* (Hebreos 11:11,12). Abraham y Sara eran muy viejos para tener hijos. Sin embargo, ambos creyeron que Dios haría el milagro (Romanos 4:13-25). La incredulidad pregunta: “¿Cómo puede ser esto?” (Lucas 1:18-20).

La fe pregunta: “¿Cómo será esto?” (Lucas 1:34-37).

Abraham creyó y obedeció a Dios *aunque no sabía cuando cumpliría Dios su promesa* (Hebreos 11:13-16).

Ninguno de los patriarcas vio el cumplimiento pleno de las promesas de Dios, sin embargo *vieron de lejos* lo que Dios estaba haciendo. El Dr. Jorge Morrison, un gran predicador escocés, dijo una vez: “Lo importante no es en qué clase de habitación vivimos, sino en la que esperamos”. Estos hombres y mujeres vivieron en tiendas, pero sabían que les esperaba una ciudad celestial. Dios siempre cumple sus promesas a su pueblo creyente, ya sea inmediatamente o finalmente.

También Abraham le obedeció a Dios por fe *aun cuando no sabía por qué Dios estaba obrando así* (11:17-19). ¿Por qué quería Dios que Abraham ofreciera a su hijo en sacrificio, puesto que había sido el mismo Señor quien lo había dado? Todas las promesas para la futura nación de Israel estaban basadas en Isaac. Las pruebas de la fe llegan a ser más difíciles cuando andamos con Dios, sin embargo las recompensas son más maravillosas. No debemos olvidar la fe obediente del joven Isaac (Génesis 22).

En Isaac, Abraham, Jacob y José tenemos cuatro generaciones de fe. En algunas ocasiones estos hombres fallaron, pero básicamente eran hombres de fe. No fueron perfectos, sin embargo eran devotos a Dios y confiaron en su Palabra. Isaac le transmitió las promesas y las bendiciones a Jacob (Génesis 27), y Jacob a su vez las compartió con sus 12 hijos (capítulos 48-49). Jacob era un peregrino, por que aun cuando se estaba muriendo se apoyó en su bastón de peregrino.

La fe de José fue ciertamente notable. Después de la manera en que lo trataron sus hermanos, uno podría pensar que él abandonaría su fe; pero más bien, ésta se fortaleció.

Ni la influencia mundana de Egipto debilitó su confianza en Dios. José no usó su trabajo como excusa para hacerse incrédulo, ni su familia ni las circunstancias. *José sabía lo que creía* – que Dios libraría algún día a su pueblo de Egipto (Génesis 50:24-26). *También sabía dónde debía estar* – en Canaán, y no en Egipto. Así que, hizo que sus hijos le prometieran llevar sus restos fuera de Egipto en el éxodo; y lo hicieron. Ver Exodo 13:19 y Josué 24:32.

Tenemos que admirar la fe de los patriarcas. No tenían la Biblia completa, y sin embargo su fe era poderosa. Ellos transmitieron las promesas de Dios de una generación a otra. A pesar de sus fracasos y pruebas, estos hombres y mujeres le creyeron a Dios, y él dio testimonio de la fe de ellos. ¡Cuánta más fe deberíamos tener nosotros!

e. Moisés – La fe que lucha (Hebreos 11:23-29)

Moisés tuvo la dicha de contar con padres llenos de fe.

Dicha fe se vio cuando escondieron a su hijo de las autoridades. Esta historia se relata en Exodo 2:1-10. Los padres de Moisés fueron Amram y Jocabed (Exodo 6:20).

Aunque los padres piadosos no pueden transmitir su fe como se transmiten los rasgos familiares, por herencia, pueden crear un ambiente de fe en el hogar y ser ejemplo para sus hijos. El hogar debe ser la primera escuela de fe para el niño.

En la vida de Moisés se ven tres grandes temas relacionados con la fe. Primero, *lo que perdió por la fe* (Hebreos 11:24,25). Como hijo adoptivo de la princesa egipcia, Moisés podía haber llevado una vida de comodidades en el palacio, pero su fe le movió a rechazar semejante vida.

Escogió identificarse con el pueblo de Dios que sufría. La verdadera fe hace que los creyentes tengan los valores correctos y tomen las decisiones correctas. La frase “los deleites...del pecado” no se refiere sólo a las concupiscencias y otros pecados flagrantes. También, describe una manera de vivir que hoy llamaríamos *de éxito* – posición, prestigio, poder, riqueza y ausencia de problemas.

Vemos en segundo lugar *lo que padeció por la fe* (11:26). La alcaldesa de cierta ciudad americana fue a vivir en una unidad habitacional peligrosa y deteriorada para llamar la atención del público a los problemas y las necesidades de las minorías. Pero conservó su moderno departamento, y posteriormente se salió de aquel barrio pobre. La felicitamos por su valor, pero debemos admirar a Moisés aun más. El dejó el palacio y *nunca regresó a aquella vida*. Se identificó con los judíos esclavos. Los hombres y las mujeres de fe a menudo tienen que soportar reproche y sufrimiento. Los apóstoles sufrieron por su fe.

Hoy los creyentes tras la cortina de hierro saben lo que es sufrir reproche. Si el reproche fuera evidencia de la fe verdadera, tendríamos que preguntarnos cuánta fe verdadera habría en nuestro país en la actualidad.

Finalmente vemos *lo que percibió por la fe* (11:26-29).

Dios siempre recompensa la fe verdadera, si no inmediatamente, a lo menos al final. En vez de *los tesoros de Egipto* Moisés vio *el galardón*. Como un gran predicador ha dicho: “Moisés escogió lo imperecedero, vio lo invisible e hizo lo imposible”. La fe de Moisés lo capacitó para enfrentarse sin temor al faraón y para confiar en que Dios se haría cargo del enemigo. La perseverancia de Moisés no era una habilidad natural, porque por naturaleza Moisés era titubeante y tímido. Su perseverancia y valor vinieron como recompensa de su fe.

La fe de Moisés fue recompensada con la liberación de él y de su pueblo (ver Exodo 11-13 donde se narra el emocionante relato de la pascua). La fe nos saca de la esclavitud (Hebreos 11:28), nos conduce a la seguridad (v.29), y nos da la victoria (v.30). Cuando confiamos en Dios, vemos lo que Dios puede hacer, pero cuando confiamos en nosotros mismos, logramos sólo lo que el débil hombre puede hacer. La experiencia de Moisés es prueba de que la verdadera fe bíblica significa obedecer a Dios a pesar de las circunstancias y las consecuencias.

Si tú o yo hubiéramos escrito este capítulo, tal vez le habríamos puesto a la próxima sección el título: *La Fe Errante*, pero no hay mención del fracaso de Israel ni de los 40 años perdidos. ¿Por qué? Porque esa no fue una experiencia de fe, sino de *incredulidad*. El escritor de Hebreos usó esta experiencia en los capítulos 3 y 4 como ilustración de aquellos que dudan de la Palabra de Dios. Pero en todo el capítulo 11 de Hebreos no se encuentra una sola mención de fracaso debido a la incredulidad. La fe sólo relata las victorias.

f. Josué y Rahab – La fe que triunfa (11:30,31)

El relato de la conquista de Jericó se encuentra en Josué 2-6. Josué fue el sucesor de Moisés como líder de Israel, y tuvo éxito porque confió en el mismo Dios en el cual confió Moisés. A veces Dios cambia sus obreros, pero no sus principios de operación; bendice la fe y castiga la incredulidad.

Desde el punto de vista humano, Jericó era una ciudad imposible de conquistar. Sin embargo, el primer acto de fe de Josué no fue el de derrotar la ciudad, sino el de cruzar el Río

Jordán. Por la fe, la nación cruzó el río tal como la generación anterior había cruzado el Mar Rojo. Este fue un testimonio y una advertencia a los cananeos de que Israel estaba marchando hacia delante por el poder de Dios.

Rahab era ramera y, diría alguno, la persona con menos disposición de poner su fe en el Dios verdadero de Israel.

Ella fue salva por gracia, ya que las demás habitantes de la ciudad fueron señaladas para la muerte. Dios en su misericordia y gracia permitió que Rahab viviera; *ella fue salva por la fe*. Lo que sabía acerca de Dios se encuentra en Josué 2:8-14. Sabía que Jehová había libertado a Israel de Egipto y que había partido las aguas del Mar Rojo. Pero esto había sucedido hacia 40 años. También sabía que Dios había derrotado a las naciones con las cuales Israel se enfrentó en el desierto. “Porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra” (Josué 2:11).

Ese fue su testimonio de fe, y Dios lo honró.

Ella fue salva para buenas obras. La verdadera fe tiene que manifestarse en buenas obras (Santiago 2:20-26).

Rahab protegió a los espías; puso el cordón en la ventana como le dijeron (Josué 2:15-21); evidentemente guió a su familia a la verdadera fe en Dios (2:13; 6:25); y en todo obedeció al Señor. No sólo fue librada del juicio, sino que llegó a formar parte de la nación de Israel. Se casó con Salomón y dio a luz a Booz quien fuera antecesor del rey David (Mateo 1:4-6). ¡Imagínese a una ramera pagana en el linaje de Jesucristo! Eso es lo que la fe puede hacer.

La conversión de Rahab sirve de reprimenda para los inconversos que ponen pretextos para no confiar en Cristo:

“No sé mucho de la Biblia”, es un pretexto que a menudo oímos. Rahab conocía poco la verdad espiritual, pero actuó de acuerdo con lo que sabía. Otro pretexto es: “Soy demasiado malo para ser salvo”. Pero Rahab era una ramera pagana y condenada. “¿Qué pensará mi familia?”, es otro pretexto. El mayor interés de Rahab fue el de *salvar* a su familia, y no oponerse a ellos. Ella es una de las grandes mujeres de fe mencionadas en la Biblia.

g. Varios héroes de la fe (Hebreos 11:32-40)

La fe puede efectuar su obra en la vida de cualquier persona que preste atención a la Palabra de Dios y se entrega a la voluntad de Dios. ¡Qué variedad de personalidades tenemos aquí! Gedeón era un temeroso campesino cuya fe no se fortaleció de inmediato (Jueces 6:11-7:25). Barac ganó una resonante victoria sobre Sísara, pero necesitó de la ayuda de Débora la profetiza para que le infundiera confianza en la hazaña (ver Jueces 4:1-5:31). Tanto, Gedeón como Barac, nos animan cuando falta la fe.

La historia de Sansón es muy conocida (Jueces 13-16).

No llamaríamos a Sansón hombre piadoso, ya que cedió a sus apetitos carnales. Era nazareo, lo cual significa que estaba dedicado a Dios y nunca debía cortarse el cabello ni tomar el fruto de la vid. (No se debe confundir nazareo con nazareno, un residente de Nazaret.) Sansón confió en que Dios lo ayudaría y lo libraría, y al fin estuvo dispuesto a dar su vida para derrotar al enemigo. Sin embargo, no debemos pensar que los creyentes de hoy pueden llevar una vida doble y todavía esperar gozar de la bendición de Dios.

La historia de Jefté es fascinante (Jueces 11:1-12:7). Es improbable que haya sacrificado a su única hija en holocausto, porque tal cosa estaba prohibida en Israel. Probablemente la dedicó al Señor según la ley de los votos (Levítico 27), dedicándola a perpetua virginidad (Jueces 11:34-40).

En esta breve exposición no nos es posible estudiar cada ejemplo de fe, y aun el escritor de Hebreos después de mencionar a David y a Samuel dejó de nombrar a otras personas que sin duda fueron grandes hombres y mujeres de fe. Hay ejemplos en el Antiguo Testamento de hombres y mujeres de fe que ganaron las victorias mencionadas en Hebreos 11:33-35. David

ciertamente conquistó reinos e hizo justicia. La fe de Daniel cerró la boca de los leones (Daniel 6), y los tres hebreos salieron ilesos del horno de fuego (Daniel 3:23-28). Las historias de las mujeres de fe mencionadas en Hebreos 11:35 se hallan en I Reyes 17:17-24 y II Reyes 4:18-37.

La transición en Hebreos 11:35 es importante: No todos los hombres y mujeres de fe experimentaron una liberación milagrosa. Algunos fueron torturados y murieron. La palabra “otros” en e11:36 significa *otros de índole diferente*. Estos tuvieron fe, pero Dios no trató con ellos como lo hizo con Moisés, Gedeón y David.

En una visita que hice al hospital encontré a un paciente llorando en su cama. – ¿Qué le pasa? – le pregunté.

Me respondió extendiéndome un libro que ese mismo día había recibido por correo. Se trata de *la santidad divina y el poder de la fe*. Alguna persona anónima había escrito por dentro de la portada: “Lea este libro; le dará fe para ser sanada”. La paciente era creyente consagrada que confiaba en Dios aun en medio del sufrimiento. Pero su mensajero anónimo pensaba que todos los que tienen fe deben ser librados milagrosamente.

Yo he experimentado el toque milagroso de Dios sobre mi cuerpo cuando todos estaban seguros de que moriría. Yo sé que Dios puede sanar. Pero también sé que Dios *no tiene que sanar* para probar que tengo fe. El escritor de Hebreos (11:36-38) dice que muchos hombres y mujeres de fe, no identificados, *no fueron librados* de sus circunstancias difíciles; sin embargo, Dios les recompensó por su fe. En efecto, se necesita más fe para soportar que para *escapar*. Como aquellos, tres hebreos antes mencionados, debemos confiar en Dios y obedecerle *aunque no nos libre* (Daniel 3:16-18).

La gente tuvo en poco a estos héroes de la fe; por lo tanto, los persiguieron, los arrestaron, los torturaron, y en algunos casos los mataron. Pero la estimación de Dios es diferente. El dice que el mundo no era digno de estas personas. El apóstol Pablo representa una buena ilustración de esta verdad. Festo dijo que Pablo estaba loco (Hechos 26:24). Los judíos dijeron que Pablo no merecía vivir (Hechos 22:22). Pablo dijo que había sido tratado “como la escoria del mundo, el desecho de todos” (I Corintios 4:13). Sin embargo este apóstol fue instrumento escogido por Dios, y probablemente el creyente mas destacado que haya vivido.

La fe nos capacita para rechazar la aprobación del mundo y buscar solamente la de Dios. Cuando Dios ve que la liberación de su pueblo le traerá gloria, entonces lo libraré. Sin embargo, a veces prefiere ser glorificado dejando de librarlo. Pero siempre debemos suponer que la ausencia de liberación signifique falta de fe de parte de los hijos de Dios.

La fe mira hacia el futuro, porque allí se encuentran las más grandes recompensas. Las personas identificadas en este capítulo (y las no identificadas) no recibieron las promesas (“lo prometido”, Hechos 11:13), pero recibieron el testimonio de Dios por su fe de que un día serían recompensados. El propósito de Dios incluye a los creyentes del Antiguo Testamento así como a los del Nuevo. Un día todos compartiremos la ciudad celestial que los creyentes verdaderos buscan por la fe.

Hoy debemos dar gracias por estos santos de la antigüedad, porque fueron fieles en día difíciles, y sin embargo, *nosotros* hemos recibido las mejores bendiciones. Ellos vieron de lejos algunas de estas bendiciones (ver Juan 8:56), pero nosotros hoy las disfrutamos por medio de Jesucristo. Si los creyentes de antaño no hubieran confiado en Dios, y obedecido su voluntad, Israel hubiera perecido y el Mesías no habría nacido.

“Sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6).

Pero esta fe crece mientras oímos su Palabra (Romanos 10:17) y nos reunimos para adorar y orar. La fe es posible para todos los creyentes en todas las situaciones. No es un lujo para un grupo selecto, sino una necesidad para todo el pueblo de Dios.

Señor, aumentanos la fe.

11 ¡Sigue la Carrera!

(Hebreos 12)

Si el apóstol Pablo viviera hoy, probablemente leería la sección deportiva del periódico y seguiría el progreso de varios equipos atletas. ¿Por qué lo decimos? Porque las frecuentes referencias al atletismo en sus epístolas indican su interés en los deportes. Por supuesto, tanto los griegos como los romanos estaban muy interesados en las competencias atléticas, no sólo para su bienestar físico, sino también para traer honra a sus pueblos y países. Ser buen atleta era algo patriótico y traía gloria a la patria.

El escritor de Hebreos combina estos dos temas de atletismo y ciudadanía en este importante capítulo 12. La atmósfera es de carreras a pie en el estadio. Podemos imaginar a los corredores dejando a un lado sus pesas de entrenamiento y esforzándose para correr con éxito. Algunos se fatigan y se desmayan, mientras que otros siguen hasta el fin y ganan el premio. Primero el escritor presenta un cuadro de la carrera (Hebreos 12:1-3), y luego hace énfasis en la ciudadanía en la ciudad celestial (12:14-29).

En la mente de sus lectores, estos dos temas estarían vinculados, porque nadie podía participar en los juegos oficiales a menos que fuera ciudadano de la nación.

El tema principal de este capítulo es *la perseverancia* “paciencia”, 12:1 y 10:36. (Nota los verbos sostener, soportar, y sufrir en 12:2,3,7; y 10:32). Los creyentes judíos que recibieron esta carta estaban desanimados y querían darse por vencidos; pero el escritor los anima a seguir avanzando en la vida cristiana como corredores (ver Filipenses 3:12-14). Se señalan tres recursos divinos que animan al creyente a continuar cuando la situación es difícil.

1. El ejemplo del Hijo de Dios (12:1-4)

Cuando yo estaba en la secundaria tenía un entrenador que pensaba que su deber era convertirme en buen atleta.

Cualquiera podría haberle dicho que estaba perdiendo su tiempo, porque yo era el peor atleta de mi grupo, o tal vez de todo el plantel. Participé en una competencia representando a mi escuela en la carrera con obstáculos bajos. Tumbé seis obstáculos, me fracturé el tobillo izquierdo, y de inmediato abandoné el deporte. (Poco después el entrenador ingresó en el ejército. Tal vez yo tenga la culpa de ello.)

El entrenador usó varias técnicas para que yo hiciera lo mejor. “Otros lo han logrado, tu también puedes”, fue uno de sus incentivos. “Tan sólo piensa en el beneficio físico”, fue otro. “Fíjate en los demás muchachos – mira cómo lo hacen”, fue el tercero. Al reflexionar en esta experiencia, quedo maravillado, porque estos mismos métodos se usan en este párrafo para animarnos en la carrera cristiana.

a. Mira a los ganadores (12:1a)

La “grande nube [asamblea, masa] de testigos” se nos presentó en el capítulo 11. Son los héroes de la fe. No se sugiere aquí que estos hombres y mujeres, quienes ahora se encuentran en el cielo, nos estén observando como espectadores en un gran estadio, mientras corremos la carrera aquí en la tierra. La palabra “testigos” no significa *espectadores*. La palabra mártir proviene de la palabra griega traducida “testigos”. Estas personas nos dan testimonio de que Dios no dará la victoria. Dios ha dado testimonio de ellos (Hebreos 11:2,4,5,39), y ellos ahora nos dan testimonio a nosotros.

Un creyente me dijo una vez – Poco leo del Antiguo Testamento, con la excepción de los Salmos y Proverbios.

–Entonces está perdiendo mucha ayuda espiritual –le contesté. Le pedía que buscara Romanos 15:4 y que lo leyera en voz alta.

“Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” .

Luego le expliqué que “paciencia” significa *perseverancia o resistencia*, y que “consolación” significa *ánimo*. Una de las mejores maneras de desarrollar la paciencia y el ánimo es conociendo a los hombres piadosos del Antiguo Testamento que corrieron y ganaron. Si tiene problemas en relación con tu familia, lee acerca de José. Si te crees incompetente para tu trabajo, estudia la vida de Moisés. Si estás tentado a vengarte, ve cómo David resolvió este problema.

b. Mírate a ti mismo (12:2)

Los atletas acostumbraban usar objetos pesados, en su entrenamiento para los eventos. Ningún atleta participaría llevando dichos objetos, porque disminuirían su rapidez..

(La analogía moderna puede ser la de beisbolista que se ejercita con un bate, que tiene un anillo pesado de metal, momentos antes de batear.) Demasiado peso reduciría nuestra resistencia.

¿Cuál es el “peso” del cual debemos despojarnos a fin de ganar la carrera? Cualquier cosa que impide nuestro progreso. Aun puede ser una cosa buena según la opinión de otros. El atleta ganador no escoge entre lo bueno y lo malo, sino entre lo bueno y lo mejor.

También debemos despojarnos “del pecado que tan fácilmente nos envuelve” (12:1, LBLA). Aunque el escritor no menciona ningún pecado en particular, tal vez se estaba refiriendo al pecado de la incredulidad. Fue la incredulidad lo que impidió a Israel entrar a la tierra prometida, y es la incredulidad lo que nos impide entrar en nuestra herencia espiritual en Cristo. Frases como, “por la fe” o “mediante la fe” aparecen 21 veces en el capítulo 11, lo cual indica que la fe en Cristo es la que nos capacita para perseverar.

c. Mira a Jesucristo (12:2-4)

El es “el autor y consumidor de la fe”. Mirándolo a él fuimos salvos, porque mirar significa *confiar*. Cuando los judíos moribundos miraron a la serpiente levantada, fueron sanados; y esta es ilustración de nuestra salvación por la fe en Cristo (Números 21:4-9; Juan 3:14-16). “Puestos los ojos en Jesús” describe *una actitud de fe, y no un simple acto*.

Cuando nuestro Señor estuvo aquí en la tierra, vivió por fe. Es imposible que comprendamos plenamente el misterio de la unión de las naturalezas humana y divina de Cristo, pero sabemos que él tuvo que confiar en su Padre Celestial en su diario vivir. El escritor de Hebreos citó a nuestro Señor cuando dijo: “Yo confiaré en él” (2:13). (La cita es de Isaías 8:17.) El hecho de que Jesús *orara* es evidencia de que vivió por fe.

El Señor soportó mucho más que los héroes de la fe mencionados en Hebreos 11, y por lo tanto, es el ejemplo perfecto que debemos seguir. El “sufrió la cruz”. Esto incluyó la vergüenza, sufrimiento, la contradicción (oposición) de los pecadores, y aun el rechazo temporal del Padre. En la cruz sufrió por *todos* los pecados de *todo* el mundo. Sin embargo, perseveró y terminó la obra que el Padre le encomendó (Juan 17:4). Aunque los lectores de Hebreos habían sufrido persecución, todavía no habían “resistido hasta la sangre” (Hebreos 12:4). Ninguno de ellos era mártir todavía. Pero en la lucha de Jesús contra el pecado, él derramó su sangre.

¿Qué fue lo que capacitó al Señor para sufrir la cruz?

Recuerda que nuestro Señor durante su ministerio terrenal no usó sus poderes divinos para suplir sus propias necesidades.

Satanás lo tentó para que lo hiciera (Mateo 4:1-4), pero Jesús rehusó. Fue la fe de nuestro Señor lo que le ayudó a sufrir. Él puso la mirada de fe en “el gozo puesto delante de él”. Según el Salmo 16:8-10, Cristo sabía que saldría vivo de la tumba. (Pero hizo referencia a este Salmo mesiánico en su sermón en el día de Pentecostés, Hechos 2:24-33.) En el mismo Salmo (16:11) David hablaba acerca de la “plenitud de gozo” en la presencia del Padre. También según el Salmo 110:1 y 4, Jesucristo sabía que sería exaltado en gloria en el cielo. (Pedro también citó este Salmo en Hechos 2:34-36.) Así que, “el gozo puesto delante de él” incluía su cumplimiento de la voluntad del Padre, su resurrección y exaltación, y su gozo en presentar a los creyentes al Padre en gloria (Judas 24).

A través de esta epístola, el escritor hace énfasis *la esperanza futura*. Sus lectores tenían la tendencia de *mirar hacia atrás* y querían *volver atrás*, pero él los animaba a seguir el ejemplo de Cristo y *mirar hacia delante* por fe.

Los héroes de la fe mencionados en el capítulo anterior vivieron para el futuro, y su esperanza les ayudó a perseverar (Hebreos 11:10,14-16, 24-27). Como Pedro, cuando dudamos y dejamos de mirar con fe al Salvador, empezamos a hundirnos (Mateo 14:22-23).

Puesto que Cristo es “el autor y consumidor de la fe”, el confiar en él trae su poder a nuestra vida. En lo que a mí se refiere, podría seguir el ejemplo de algún gran atleta por años, y todavía fracasar. Pero si al principio de mi vida ese atleta hubiera entrado en mi vida y compartido conmigo sus conocimientos y su habilidad, eso me habría hecho un ganador. Cristo es tanto nuestro ejemplo como él que nos capacita. Al verlo en su Palabra, y rendirnos a su Espíritu, él aumenta nuestra fe y nos da poder para seguir en la carrera.

2. La seguridad del amor de Dios (Hebreos 12:5-13)

La palabra clave en esta sección es “disciplina”. Es una palabra griega que significa *instrucción de niños, enseñanza, o corrección*. Se esperaba que un niño griego se ejercitara en el gimnasio hasta que llegara a su madurez. Era parte de la preparación para su vida como adulto. El escritor vio las pruebas de la vida cristiana como disciplina espiritual que ayudaría al creyente a madurar. En vez de tratar de escaparnos de las dificultades de la vida, debemos *ejercitarnos* por ellas para poder crecer (12:11).

Cuando sufrimos es fácil pensar que Dios no nos ama.

Así que, el escritor nos da tres pruebas de que la disciplina proviene del corazón de nuestro Padre amante.

a. Las Escrituras (12:5,6)

La cita es de Proverbios 3:11-12, y es una declaración que los lectores conocían, pero habían olvidado. (Esta es una de las tristes consecuencias de hacerse “tardo” para la Palabra, ver Hebreos 5:11-12.) Esta cita (12:5,6) es una “exhortación”, palabra que literalmente significa *ánimo o estímulo*. Puesto que olvidaron la Palabra, perdieron su ánimo y estaban listos a darse por vencidos.

Las palabras claves en esta cita son “hijo” e “hijos”.

Se usan seis veces en Hebreos 12:5-8 y se refieren a hijos adultos y no a niños. Si un padre constantemente castigara a su pequeño hijo, sería considerado un monstruo. Dios nos trata como a *hijos adultos*, porque hemos sido adoptados y se nos ha dado la posición de adultos en su familia (ve Romanos 8:14-18; Gálatas 4:1-7). Por el hecho de que el Padre nos disciplina se demuestra que estamos madurando, y es la manera por la cual podemos madurar aun más.

La disciplina es la evidencia del amor del Padre. Satanás quiere que creamos que las dificultades de la vida son prueba de que Dios *no* nos ama, pero lo opuesto es lo cierto. Algunas veces la disciplina de Dios viene en la forma de una *reprensión* por su Palabra o por las circunstancias.

Otras veces el Señor muestra su amor, *castigándonos* (azotándonos) con algún sufrimiento físico. Cualquiera que sea la experiencia, podemos estar seguros de que esa mano que castiga está controlada por un corazón de amor.

El Padre no quiere que seamos niños mimados, sino que seamos hijos maduros a los cuales se les puedan confiar las responsabilidades de la vida.

b. La experiencia personal (Hebreos 12:7-11)

Todos tuvimos un padre, y si éste fue fiel, tuvo que disciplinarnos. Si a un niño se le deja hacer su propia voluntad, llega a ser un tirano egoísta. El punto que el escritor presenta (vs. 7,8) es que un padre sólo disciplina *a sus propios hijos*, y eso demuestra que *son* sus hijos. Tal vez deseamos castigar a los hijos de nuestros vecinos (y ellos a los nuestros), pero podemos hacerlo. La corrección de Dios es prueba de que realmente somos sus hijos.

He conocido en mi ministerio a personas que profesan ser salvos, pero por alguna razón nunca reciben castigo. Si desobedecen, parece ser que siempre se escapan de la corrección. Si yo resistiera la voluntad de Dios y no recibiera ningún castigo amoroso, temería que no fuera salvo. Todos los verdaderos hijos de Dios son disciplinados por el Señor. Todos los demás que dicen ser salvos, pero que se escapan del castigo, son solamente hijos falsos e ilegítimos.

¿Por qué los buenos padres terrenales corrigen a sus hijos? Para que aprendan la reverencia (el respeto) y obedezcan sus mandamientos. Por la misma razón el Padre celestial nos corrige: Quiere que seamos reverentes y obedezcamos su voluntad. Un hijo que no aprende sumisión a la autoridad nunca será un adulto útil y maduro. Cualquier hijo de Dios que se rebela contra la autoridad divina está en peligro de muerte. “¿Por qué obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?” (12:9). La sugerencia es que si no nos sometemos, *tal vez no vivamos*. “Hay pecado de muerte” (I Juan 5:16).

Ahora podemos ver cómo este capítulo 12 de Hebreos se relaciona con las cinco exhortaciones de esta epístola.

Cuando el creyente se desliza de la Palabra y se descarría, el Padre lo castiga para hacerlo volver al lugar de sumisión y obediencia. (Si Dios no le castiga, dicha persona no ha nacido realmente de nuevo.) Si un creyente *persiste* en resistir la voluntad de Dios, Dios puede quitarle la vida. En vez de permitir que su hijo arruine más su vida y deshonre el nombre del Padre, tal vez Dios le permita morir. Dios mató a miles de judíos rebeldes en el desierto (I Corintios 10:1-12). ¿Por qué nos ha de perdonar a nosotros?

Seguramente tal castigo no es lo común, pero es posible; y es mejor que le mostremos reverencia y temor. El nos castiga para nuestro provecho a fin de que participemos de su santidad.

c. Los benditos resultados (Hebreos 12:11-13)

Ningún castigo al presente es agradable ni para el padre ni para el hijo, pero los beneficios son provechosos. Estoy seguro de que pocos niños lo creen cuando sus padres les dicen: “Esto me duele más a mí que a ti” Pero es verdad.

El Padre no se goza en tener que disciplinar a sus hijos, pero “después” los beneficios hacen que el castigo sea evidencia de su amor.

¿Cuáles son algunos de los beneficios? Uno es el “fruto apacible de justicia”. En vez de continuar en el pecado, el hijo procura hacer lo correcto. También hay paz en vez de guerra – “fruto apacible de justicia”. La rebelión cesa y el hijo está en comunión amorosa con el Padre. El castigo además anima al hijo a *ejercitarse* en cosas espirituales tales como la Palabra de Dios, la oración, la meditación, el testimonio, etc. Todo esto lleva a un nuevo gozo. Pablo lo describe: “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17).

Por supuesto, lo importante es cómo responde el hijo de Dios al castigo. No debe despreciarlo ni desmayar por él (Hebreos 12.5), porque ambas cosas son malas. Debe

mostrar reverencia al Padre sometándose a su voluntad (v.9), usando la experiencia para ejercitarse espiritualmente (v. 11 y I Timoteo 4:7,8). Los versículos 12 y 13 se parecen a las órdenes de un entrenador a su equipo. “Fortalezcan las manos y afirmen las rodillas” (ver Isaías 35:3). “Pongan esos pies perezosos en la senda” (Proverbios 4:26). “¡En sus marcas, listos, fuera!”

El ejemplo del Hijo de Dios y la seguridad del amor de Dios ciertamente deben animarnos a perseverar en la difícil carrera cristiana. Pero hay un tercer recurso:

3. La capacitación de la gracia de Dios (Hebreos 12:14-29)

Al correr la carrera cristiana, ¿cuál es nuestra meta? El escritor explica la meta en el v.14 – *paz* con todos los hombres y *santidad* delante del Señor. (Recuerda el “fruto apacible de justicia” en el v.11.) Estas dos metas nos recuerdan el ministerio de nuestro Señor como Sumo Sacerdote – Rey de *paz* y Rey de *justicia* (7:1,2). Se requiere diligencia para correr la carrera con éxito a fin de que no dejemos de “alcanzar la gracia de Dios” (12:15). La gracia de Dios no falla, pero nosotros podemos fallar en cuanto a aprovechar la gracia de Dios. Al final del capítulo se vuelve a hacer énfasis en la gracia (v.28).

En esta sección el escritor anima a sus lectores a depender de la gracia de Dios exhortándoles a mirar en tres direcciones:

a. Mirar hacia atrás – el mal ejemplo de Esaú (12:15-17)

Esaú ciertamente fracasó, no echando mano de la gracia de Dios. El relato se encuentra en Génesis 25:27-34 y 27:30-45. Esaú fue profano, lo cual quiere decir una persona común, uno que vive para el mundo y no para Dios.

Esaú menospreció su primogenitura y se la vendió a Jacob, y perdió la bendición porque le fue dada a Jacob. (Como quiera que sea, ésta correspondía a Jacob, pero Jacob no la obtuvo de la manera correcta. Ver Génesis 25:19-26.)

Después, Esaú quiso que Isaac cambiara de opinión, pero era demasiado tarde. Ni sus lágrimas pudieron lograrlo.

¿Cuáles pecados nos impedirán recibir la gracia de Dios? Estos versículos nos lo dicen: Falta de diligencia espiritual, amargura contra otros (ver Deuteronomio 29:18), inmoralidad sexual, y el vivir para el mundo y la carne.

Algunos piensan que la persona profana es blasfemo y maldiciente; pero Esaú era buena persona, buen cazador y hombre que amaba a su padre. Sería buen vecino, pero no estaba interesado en las cosas de Dios.

La gracia de Dios no falla pero podemos fallar en cuanto a depender de la gracia de Dios. Esaú es una advertencia para nosotros a fin de que no vivamos para las cosas inferiores.

B. Mirar hacia arriba – a la gloria de la ciudad celestial (12:18-24)

El escritor de Hebreos contrasta el Monte Sinaí y la entrega de la ley con el Monte de Sión y las bendiciones de gracia de la iglesia (ver Exodo 19:10-25 y 20:18-21; Deuteronomio 4:10-24). El describe la solemnidad y aun el terror que acompañan a la entrega de la ley (Hebreos 12:18-21). La gente temió oír la voz de Dios, y aun Moisés temía y temblaba. Dios puso límites alrededor del monte, y aun un animal si los traspasaba sería muerto con dardos. Por supuesto que Dios tenía que mostrar a su pueblo la seriedad de su ley, así como nosotros tenemos que hacerlo con nuestros hijos. Esta era la infancia de la nación, y los niños pueden entender la recompensa y el castigo.

¡Qué alivio abandonar el Monte Sinaí para llegar al Monte de Sión! El Monte Sinaí representa el Antiguo Pacto de la ley, y el Monte de Sión representa el Nuevo Pacto de gracia en Jesucristo (ver Gálatas 4.19-31). La ciudad celestial es el Monte de Sión (ver el salmo 110:1-2,4 y el Salmo 2). Esta es la ciudad que por fe buscaban los patriarcas (Hebreos

11:10,14-17). La Jerusalén terrenal fue destruida por los romanos, pero la Jerusalén celestial permanece para siempre.

El escritor describe los ciudadanos que componen la Jerusalén celestial. Allí hay innumerables ángeles. La Iglesia también está allí porque los creyentes tienen su ciudadanía en los cielos (Filipenses 3:20), y sus nombres están escritos allí (Lucas 10:20). “Primogénitos” (12:23) es un título de dignidad y rango. Esaú fue el primogénito de Isaac, pero rechazó sus privilegios y perdió sus bendiciones y sus derechos.

Por supuesto que Dios está en la ciudad celestial, y también los santos del Antiguo Testamento (“los espíritus de los justos hechos perfectos”). Jesucristo, el mediador, está allí, el que derramó su sangre por nosotros. Vimos que Abel todavía está hablando (11:4); y aquí vemos que la sangre de Cristo “habla mejor que la de Abel” (12:24). La sangre de Abel habló desde la tierra y clamó por justicia (Génesis 4:10), mientras que la sangre de Cristo habla desde el cielo y anuncia misericordia para los pecadores. La sangre de Abel hizo que Caín se sintiera culpable (y lo era), lo hizo alejarse en desesperación (Génesis 4:13-15); pero la sangre de Cristo nos libra de la culpa y abre el camino a la presencia de Dios. Si no fuera por la sangre del Nuevo Pacto no podríamos entrar a la ciudad celestial.

“¿Por qué se predica y se enseña tan poco acerca del cielo?” me preguntó un amigo. Luego dio su propia respuesta, la cual tal vez sea acertada. “Supongo que estamos tan a gusto en la tierra que no pensamos en el cielo”

Cuando los días son difíciles por poco nos desmayamos, entonces es cuando debemos ver hacia arriba y contemplar las glorias del cielo. Moisés “se sostuvo como viendo al Invisible” (Hebreos 11:27). Los patriarcas se sostuvieron viendo hacia delante a la ciudad que Dios les estaba preparando. Una manera de echar mano de la gracia de Dios es mirando hacia delante por la fe al glorioso futuro que el Señor nos ha preparado.

c. Mirar hacia adelante- al reino incommovible (12:25-29)

Dios nos está hablando hoy por su Palabra y su obra providencial en el mundo. ¡Sería mejor que escucháramos! Si Dios sacudió las cosas en el Sinaí, y los que rehusaron oír fueron juzgados, cuánto más responsables somos hoy los que experimentamos las bendiciones del Nuevo Pacto.

Dios está hoy sacudiendo las cosas. (¿Has leído tú los periódicos últimamente?) El quiere quitar *los andamios* para que queden las incommovibles realidades eternas.

Lamentablemente, muchas personas, entre ellas algunos creyentes, están edificando sus vidas en las cosas movedizas.

Esta cita acerca de *cosas inestables* es de Hageo 2:6, y se refiere al tiempo cuando el Señor regresará y llenará de gloria su casa. A medida que se acerca aquel tiempo, veremos más sacudimientos en este mundo. Pero el creyente puede estar confiado porque recibirá un reino incommovible.

De hecho, actualmente forma parte del reino de Dios.

¿Qué puedes hacer tú mientras vive en un mundo inestable? Escucha la voz de Dios, y obedécela. Recibe la gracia día tras día para servirle. “con temor y reverencia”.

No te distrae ni ten temor por los cambios tremendos que suceden a tú alrededor. Sigue corriendo con paciencia, y manten la mirada en Jesucristo. Recuerda que tu Padre te ama, y echa mano de la gracia de Dios que te sostiene.

Mientras que otros temen, tú puedes estar confiado.

La Fe Debe Mostrarse

(Hebreos 13)

Al leer el último capítulo de Hebreos tenemos la impresión de que el escritor trata una variedad de asuntos que había reservado para ser discutidos al final. En el capítulo 12, nos regocijamos en el Monte de Sión; y ahora estamos discutiendo temas como la hospitalidad, el matrimonio, los oficiales de la iglesia, y quién fue el último en ser librado de la cárcel.

Pero en la Biblia no hay separación entre la doctrina y el deber, la revelación y la responsabilidad. Siempre van juntas. El énfasis de esta sección final del libro se hace en *vivir por la fe*. El escritor presentó los grandes *ejemplos* de la fe en el capítulo 11, y los *estímulos* de la fe en el capítulo 12. En el capítulo 13 presenta las *evidencias* de la fe que deben mostrarse en nuestra vida si realmente andamos por fe y no por vista. Hay cuatro evidencias:

1. Gozo en el compañerismo espiritual (13:1-6)

La *base* de este compañerismo es el amor fraternal.

Como creyentes, estos hebreos sin duda habían sido rechazados por sus amigos y por su familia. Pero el compañerismo más profundo no se basa en las relaciones familiares o raciales, sino en la vida espiritual que tenemos en Cristo. Cualquier compañerismo eclesiástico que se basa en otra cosa que no sea el amor hacia Cristo y hacia los demás no puede durar. Si deseas más referencias sobre el “amor fraternal”, busca Romanos 12:10; I Tesalonicenses 4:9-10; I Pedro 1:22; y II Pedro 1:7. Donde hay verdadero amor cristiano, también habrá *hospitalidad* (Hebreos 13:2).

Este era un ministerio importante de la iglesia primitiva porque la persecución hacía que muchos dejaran sus hogares.

También había ministros que viajaban de lugar en lugar y que requerían de hospedaje (III Juan 5-8). Muchos creyentes pobres no podían pagar el mesón, y puesto que la iglesia se reunía en los hogares (Romanos 16:5), era natural que el visitante se quedara con los dueños de la casa. Es cierto que los pastores deben ser amantes de la hospitalidad (Tito 1:8); pero también todos los creyentes deben practicar la hospitalidad (Romanos 12:13).

Moisés (Génesis 18) cuenta la historia de Abraham cuando le mostró hospitalidad a Jesucristo y a dos de sus ángeles. Abraham no sabía sino hasta después quiénes eran sus ilustres huéspedes. Tal vez no hospedemos ángeles en el sentido literal de la palabra (aunque es posible); pero *cualquier* extranjero pudiera convertirse en un mensajero de bendición para nosotros. (La palabra “ángeles” significa *mensajeros*.) A veces hemos tenido vistas en casa que han sido mensajeros de las bendiciones de Dios.

El amor también se expresa en *el cuidado compasivo* (Hebreos 13:3). No era extraño que los creyentes fueran arrestados y encarcelados por causa de su fe. Identificarse con esos prisioneros podía ser peligroso sin embargo, el amor de Cristo demanda un ministerio hacia ellos.

Ministrar a un prisionero creyente en el nombre del Señor es servir a Cristo mismo (Mateo 25:36,40). Nuestro país es libre y no somos arrestados por nuestras creencias religiosas; pero en otros lugares del mundo los creyentes sufren por su fe. ¡Cuánto debemos orar por ellos y compartir con ellos según el Señor nos ayude!

El *hogar* es el primer lugar donde el amor cristiano debe practicarse (Hebreos 13:4). El hogar cristiano comienza con la unión en matrimonio de dos creyentes siguiendo la voluntad

de Dios. Esto significa lealtad y pureza. Relaciones sexuales fuera del matrimonio son destructivas y constituyen pecado.

En cambio, el sexo dentro de los vínculos protectores del matrimonio puede enriquecer la vida conyugal y traer gloria a Dios. La fornicación es un acto cometido por personas solteras, y el adulterio por personas casadas. (Sin embargo, el término *fornicación* en el Nuevo Testamento puede referirse a muchas clases de pecados sexuales. Ver Hechos 15:20 y I Corintios 6:18).

¿Cómo juzga Dios a los fornicarios y adúlteros? Algunas veces son juzgados en sus propios cuerpos (Romanos 1:24-27). Ciertamente serán juzgados en el juicio final (Apocalipsis 21:8 y 22:15). Los creyentes que cometen estos pecados seguramente pueden ser perdonados, pero perderán su recompensa en el cielo (Efesios 5:5). David fue perdonado, pero sufrió las consecuencias de su adulterio por muchos años; y sufrió de la manera más dolorosa – por medio de sus propios hijos.

En estos días, cuando los pecados sexuales son presentados como diversión en las películas y la televisión, la iglesia debe sostener decididamente la pureza del lazo matrimonial.

Un consagrado hogar cristiano es lo más parecido al cielo en la tierra, y comienza con el matrimonio cristiano.

Si amamos a Dios y a los demás como debemos, entonces tendremos una relación correcta con *las cosas materiales* (Hebreos 13:5,6). Los tiempos de sufrimiento pueden ser tiempos de egoísmo o de servicio. No es fácil sufrir con gozo el “despojo” de nuestros bienes (10:34).

Pero con los problemas económicos y ecológicos de nuestro mundo, los creyentes acomodados pueden en cualquier momento encontrarse sin algunos de los lujos que ahora consideran necesidades.

Una pareja creyente estaba ministrando a otros creyentes en Europa oriental tras la cortina de hierro. La pareja había llevado literatura cristiana, mantas y otras cosas necesarias.

Al reunirse la iglesia, la pareja les aseguró que los creyentes en los Estados Unidos de América estaban orando por ellos.

“Estamos contentos por eso”, contestó un creyente, “pero sentimos que los creyentes allá necesitan más la oración por nosotros. Aquí estamos sufriendo, pero ustedes están muy cómodos; y siempre es más difícil ser creyente cuando se está muy cómodo.”

La palabra “avaricia” literalmente significa amor al dinero; pero se puede aplicar al afán de tener *más* de cualquier cosa. Alguien le preguntó al millonario Bernard Baruch - ¿Cuánto dinero necesita un rico para estar satisfecho?

El contestó – sólo un millón más de lo que tiene. Avaricia es el deseo de tener más, sea que lo necesitemos o no.

El contentamiento no puede venir por las cosas materiales, porque éstas nunca pueden satisfacer el corazón. Sólo Dios puede hacerlo. “Estad atentos y guardaos de toda forma de avaricia; porque *aun* cuando alguien tenga abundancia, su vida no consiste en sus bienes.” (Lucas 12:15, LBLA).

Cuando tenemos a Dios, tenemos todo lo que necesitamos.

Las cosas materiales de la vida pueden deteriorarse o ser robadas, pero *Dios* nunca nos dejará ni nos olvidará. Esta promesa fue hecha a Josué cuando tomó el lugar de Moisés (Deuteronomio 31:7,8; Josué 1:5,9); y se cumple para nosotros en Jesucristo (Mateo 28:20; Hechos 18:9,10).

La afirmación de fe en Hebreos 13:6 viene del Salmo 118:6. Este es un Salmo mesiánico y se cumplió en Cristo, así que podemos apropiarnos esta promesa. Fue motivo de gran consolación para los primeros creyentes al saber que eran libres del temor del hombre, porque

ninguno les podía hacer daño si Dios no lo permitía. Los hombres pueden quitar los bienes, pero Dios los suplirá las necesidades.

Una mujer le dijo al evangelista D. L. Moody – He encontrado una promesa que me ayuda cuando tengo temor. Es el Salmo 56:3 – “En el día que temo, yo en ti confío”.

El Sr. Moody contestó – yo tengo una promesa mejor que esa. Es Isaías 12:2 – “Me aseguraré y no temeré”.

Ambas promesas son ciertas y cada una tiene su propia aplicación. Lo importante es que conozcamos a Jesucristo como nuestro Señor y ayudador, y que no pongamos nuestra confianza en las cosas materiales. Los creyentes contentos tienen prioridades, y las cosas materiales no figuran en primer lugar.

2. Sumisión a los líderes espirituales (Hebreos 13:7-9, 17,24)

Tres veces el escritor usa la designación “vuestros pastores”. La frase se refiere a los líderes espirituales en las asambleas locales. La iglesia es un organismo, pero también es una organización. Si un organismo no está organizado, muere. Dondequiera que Pablo fue fundó iglesias locales y estableció a los creyentes más capacitados como los líderes (Hechos 14:23; y Tito 1:5). “Santos...obispos [ancianos] y diáconos” (Filipenses 1:1) son el resumen de la membresía y el liderazgo de las iglesias del Nuevo Testamento.

Cada creyente tiene tres responsabilidades hacia sus líderes espirituales en la iglesia local:

a. Acordarse de ellos (Hebreos 13:7-9)

La palabra *acordarse* quizás implica que estos líderes habían muerto, tal vez martirizados, y que no debían ser olvidados. Cuán fácil es olvidar a los creyentes valientes del pasado cuyos labores y sacrificios hicieron posible que nosotros mismos ministráramos hoy. Pero aunque no adoramos a las personas ni les damos gloria, sí es correcto honrarles por su obra fiel (I Tesalonicenses 5:12,13).

Tal vez estos líderes habían guiado a los lectores a poner su fe en Cristo, habiéndoles hablado la Palabra de Dios.

Cuando uno recuerda que eran pocos los que tenían copias de las Escrituras, puede ver la importancia de este ministerio personal de la Palabra. Hoy podemos leer la Biblia por nuestra cuenta, oirla por radio o televisión, y aun por medio de cintas grabadas. Corremos el peligro de tomar en poco la Palabra de Dios.

Los creyentes ya no podían oír hablar a sus líderes que habían partido, pero podían imitar su fe y considerar “el resultado de su conducta” (13:7). Yo creo que el resultado de su conducta se encuentra en el v.8: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”. Sus vidas señalaban a Cristo. Los líderes de las iglesias pueden ir y venir, pero Jesucristo permanece igual; y Cristo es el centro de nuestra fe.

Después de poner mi renuncia como pastor de la iglesia que había pastoreado por varios años, uno de los miembros me dijo –No sé cómo voy a seguir adelante sin usted.

Dependo tanto de usted para mi vida espiritual.

Mi respuesta lo dejó perplejo –Entonces, entre más pronto me vaya, más pronto comenzara a depender del Señor. Nunca edifique su vida sobre un siervo de Dios.

Edifíquela en Jesucristo; él nunca cambia.

Por supuesto, siempre existe el peligro de ser llevados “por doctrinas diversas y extrañas” (13:9). El propósito del ministerio espiritual es establecer al pueblo de Dios en la gracia a fin de que no sea arrastrado por doctrinas perniciosas (Efesios 4:11-14). Algunos receptores de la epístola a los hebreos estaban considerando la posibilidad de volverse a las leyes judías acerca de comidas. El escritor les advierte que estas reglas sobre comidas no les aprovecharían espiritualmente ahora en nada porque nunca les habían aprovechado

espiritualmente. Tales reglas le daban a la gente la impresión de espiritualidad, pero sólo eran sombra de la realidad que tenemos en Cristo (lee cuidadosamente Colosenses 2:16-23).

Cuando las iglesias locales cambian de pastor, existe la tendencia también de cambiar de doctrina o de énfasis doctrinal. Debemos tener cuidado de no oír más allá de lo que dice la Palabra de Dios. También debemos tener cuidado de no cambiar las bases espirituales de la iglesia.

Es lamentable que en la actualidad hay poca predicación doctrinal, pues la doctrina bíblica es la fuente de fortaleza y crecimiento de la iglesia. El Dr. R. W. Dale, un famoso predicador británico, le dijo a un amigo – Estoy comenzando una serie de mensajes sobre la doctrina bíblica.

–No la aceptarán –contestó el amigo.

–*Tendrán que aceptarla.* El tenía razón.

b. Obedecerlos (Hebreos 13:17)

Cuando el siervo de Dios está dentro de la voluntad de Dios, enseñando la Palabra de Dios, el pueblo de Dios se debe someter a él y obedecerle. Esto no quiere decir que los pastores deben ser dictadores. “No como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado” (I Pedro 5:3).

Algunos miembros de la iglesia tienen una actitud sin seriedad hacia la autoridad pastoral, y esto es peligroso. Un día cada pastor tendrá que dar cuenta de su ministerio al Señor, y debe poder hacerlo con gozo. El creyente desobediente descubrirá en aquel día que los resultados de la desobediencia son infructuosos, no para el pastor, sino para él mismo.

Francamente es mucho más fácil *ganar almas* que cuidarlas (ver Ezequiel 3:16-21). Entre más crece una iglesia, más difícil es cuidar las ovejas. Es triste decirlo, pero hay algunos pastores cuya obra sólo es predicar y *cumplir con el programa*; no tienen el deseo de ministrar a las almas que han sido puestas a su cuidado. Algunos son sólo *asalariados* que trabajan sólo por el dinero, y que huyen cuando se acerca el peligro (Juan 10:11-14). Sin embargo, cuando un pastor es fiel en cuida las almas, es importante que las ovejas le obedezcan.

c. Saludarlos (Hebreos 13:24)

Los judíos acostumbraban saludarse con *shalom* – paz.

Los griegos a menudo se saludaban diciendo: *Gracia*.

Pablo combinaba estos dos y saludaba a los creyentes con “gracia y paz a vosotros” en todas sus epístolas excepto en I y II Timoteo y Tito (Ejemplos: I Corintios 1:3 y II Corintios 1:2). Cuando Pablo saludaba a los pastores lo hacía con “gracia, misericordia y paz”. Me pregunto por qué.

Aunque en este versículo, el escritor de Hebreos está enviando su saludo personal a los líderes de la iglesia este es buen ejemplo para que todos lo sigamos. *Cada creyente debe llevarse bien con su pastor.* Nunca se debe permitir que brote ninguna “raíz de amargura” en el corazón (Hebreos 12:15), porque lo envenenará, y dañará a toda la iglesia.

Es cierto que cada miembro de la iglesia tiene un ministerio importante que realizar, pero también es verdad que Dios ha ordenado líderes espirituales en la iglesia. He tenido el privilegio de predicar en muchas iglesias de los Estados Unidos de América, y he notado que donde la gente permite que los pastores dirijan, normalmente hay bendición y crecimiento. No estoy hablando de dictadores egoístas y altaneros, sino de verdaderos líderes espirituales. Este es el patrón de Dios para la iglesia.

3. Participación en la adoración espiritual (Hebreos 13:10-16,18-19)

Aunque es cierto que el creyente del Nuevo Pacto no participa de las ceremonias de un tabernáculo o templo terrenal, no es verdad que esté privado de las bendiciones que en ellos

están tipificadas. Un judío bajo el Antiguo Pacto podía estar orgulloso de su templo, pero el creyente tiene un santuario celestial que nunca puede ser destruido.

Los judíos también sentían orgullo de la ciudad de Jerusalén, pero el creyente tiene una ciudad eterna, la nueva Jerusalén.

Para cada cosa que tenía el creyente del Antiguo Pacto que era temporal y terrenal, el creyente del Nuevo Pacto tiene su contraparte eterna y celestial.

“Tenemos un altar” (13:10) no sugiere un altar material en la tierra, porque eso iría en contra de todo el mensaje de la epístola. En el santuario del Antiguo Testamento, el altar de bronce era el lugar donde se ofrecía sacrificios de animales con su sangre. El altar de oro ante el velo era el lugar para quemar incienso y es un cuadro de la oración que sube a Dios (Salmo 141:2). El altar del creyente del Nuevo Pacto es Jesucristo, porque es *por medio de él* que ofrecemos “sacrificios espirituales” a Dios (Hebreos 13:15; I Pedro 2:5). Algunas iglesias designan cierto lugar en su templo como altar, pero no lo es en el sentido bíblico. ¿Por qué? Porque el sacrificio de Cristo ya fue ofrecido una vez y para siempre; y las ofrendas que traemos a Dios son aceptables, no por causa de algún altar terrenal, sino por el altar celestial, Jesucristo.

Esta sección se hace énfasis en la separación de la religión muerta y la identificación con el Señor Jesucristo y su vituperio. El cuadro es del Día de la Expiación. La ofrenda por el pecado era llevada fuera del campamento y quemada por completo (Levítico 16:27). Jesucristo, nuestra ofrenda perfecta por el pecado, sufrió y murió “fuera de la puerta” de Jerusalén. Todos los creyentes verdaderos tienen que salir a él, espiritualmente hablando, al lugar de reproche y rechazo. “¿Por qué quedarse en Jerusalén si no es su ciudad?” preguntó el escritor. “¿Por qué identificarse con la ley del Antiguo Pacto cuando ha sido quitada por Cristo?”

Los lectores de esta epístola estaban buscando la manera de continuar como creyentes al mismo tiempo escaparse de la persecución que vendría de parte de los judíos incrédulos. “No es posible”, afirmó el escritor en esencia. “Jerusalén será destruida. Salgan del sistema religioso de los judíos e identifíquense con el Salvador que murió por ustedes”. No hay lugar para transigencias.

El escritor mencionó dos de los *sacrificios espirituales* que ofrecemos como creyentes (Hebreos 13:15,16). Nota que la palabra *espiritual* no está en contraste con la *material*, porque las ofrendas materiales pueden ser aceptadas como sacrificios espirituales (ver Filipenses 4:10-20). La palabra *espiritual* aquí significa “espiritual en carácter, es decir, lo que el Espíritu puede usar para propósitos espirituales”. El cuerpo del creyente presentado a Dios es un sacrificio espiritual (Romanos 12:1-2).

El primer sacrificio espiritual es *la alabanza continua a Dios* (Hebreos 13:15). Las palabras de alabanza de nuestros labios, que salen de nuestro corazón, son como hermoso fruto presentado en el altar. Cuán prestos son los creyentes para quejarse cuando sufren, pero cuán importante es que le den gracias a Dios.

El segundo sacrificio espiritual consiste en *obras buenas de ayuda mutua* (v.16). Seguramente estos incluye la hospitalidad mencionada en el v.2, así como el servicio a los presos en el v.3 El “hacer bien” puede abarcar una multitud de ministerios: compartir comida con los necesitados; transportar personas a la iglesia o a otros lugares; ayudar económicamente; o quizá solamente ser vecino servicial. Una vez tuve el privilegio de guiar a un hombre a aceptar a Cristo porque le presté ayuda cuando se le descompuso la máquina de cortar césped.

Luego el escritor hace énfasis en la importancia de la *oración* (vs. 18,19). No podía visitar a todos sus lectores personalmente, pero quería su ayuda en oración. Algunos de sus enemigos podrían haber mentido respecto de él, así que afirma su integridad y honestidad. No

sabemos con seguridad quién haya sido el escritor de esta Epístola a los Hebreos. Muchos piensan que fue el apóstol Pablo. La referencia a Timoteo en el v.23 apoya esta idea, así como la *bendición de gracia* en el v.25 (ver II Tesalonicenses 3:17,18). Algunos eruditos han sugerido que Pedro se refirió a Pablo como el autor de Hebreos (II Pedro 3:15,16).

Pero esa afirmación podría aplicarse también a lo que Pablo escribió en Romanos. No sabemos el nombre del escritor humano de este libro, ni es importante que lo sepamos.

4. Vida bajo el señorío espiritual (Hebreos 13:20-21)

Esta bendición parece reunir los temas principales de Hebreos: la paz, la resurrección de Cristo, la sangre, el pacto, la perfección (madurez) espiritual, y la obra de Dios en el creyente. Como el buen pastor, Jesucristo *murió* por las ovejas (Juan 10:11). Como el pastor, *vive* en el cielo hoy, obrando a favor de las ovejas. Como el príncipe de los pastores, a su regreso *vendrá por las ovejas* (I Pedro 5:4). Nuestro pastor siempre cuida a los suyos-- en el pasado, en el presente y en el futuro. Él es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.

Nuestro Gran Sumo Sacerdote es también nuestro Gran Pastor. Cuando estaba en la tierra obró *a nuestro favor* al concluir la gran obra de redención (Juan 17:4). Ahora está en el cielo actuando *en nosotros* para madurarnos según su voluntad y para llevarnos a la perfección espiritual. Nunca llegaremos a la perfección hasta que él regrese (I Juan 2:28-3:3); pero mientras esperamos se nos dice que sigamos creciendo.

La frase “os haga aptos” (Hebreos 13:21) es la traducción de la palabra griega *Katartidzo*. Es una palabra algo desconocida para nosotros, pero era conocida por la gente que recibió esta epístola. Los doctores la conocían porque quería decir “arreglar (reducir) un hueso fracturado”. Para un pescador significaba “remendar una red rota” (ver Mateo 4:21). Para los marineros quería decir “preparar el barco para una travesía”. Para los soldados significaba “equipar un ejército para la batalla”.

Nuestro Salvador en el cielo quiere equiparnos para la vida en la tierra. Con ternura, quiere arreglar *los huesos fracturados* a fin de que andemos derechos y corramos con éxito la carrera de la vida. Quiere remendar las roturas de la red a fin de que pesquemos y ganemos almas. Quiere equiparnos para la batalla y prepararnos a fin de que no seamos derrotados por las tormentas de la vida. En síntesis, Cristo quiere que maduremos a fin de poder obrar *en nosotros y a través de nosotros* lo que le agrada y cumple su voluntad.

¿Cómo nos equipa? Al trazar la palabra *Katartidzo* en el Nuevo Testamento podemos descubrir los medios que Dios usa para llevarnos a la madurez y equiparnos. El usa la Palabra de Dios (II Timoteo 3:16,17) y la oración (I Tesalonicenses 3:10) en el compañerismo de la iglesia local (Efesios 4:11,12). También usa a creyentes individuales para equiparnos y enmendarnos (Gálatas 6:1). Finalmente, usa el sufrimiento para perfeccionar a sus hijos (I Pedro 5:10), y esto se refiere lo que hemos aprendido en Hebreos 12 acerca de la disciplina.

¡Qué distinta sería nuestra vida si hiciéramos de Hebreos 13:20,21 nuestra oración cada día! “Señor, hazme apto para toda buena obra, para hacer tu voluntad. Obra en mí lo que es agradable delante de tus ojos. Hazlo por medio de Cristo, y que él reciba la gloria.”

La base de esta maravillosa obra es “la sangre del pacto eterno” (v.20). Este es el Nuevo Pacto tratado en el capítulo 8, un pacto basado en el sacrificio explicado en el capítulo 10. Puesto que este Nuevo Pacto es parte del plan eterno de Dios para la salvación, y garantiza la vida eterna, se le llama “pacto eterno”. Pero fuera de la muerte de Jesucristo, no podemos participar de ninguna de las bendiciones mencionadas en esta profunda bendición.

El “Amen” al final de la bendición concluye el cuerpo de la epístola. Todo lo demás fue con el fin de que el escritor añadiese unas cuantas palabras de saludo y de información personal.

Había escrito una carta larga, en la cual había tratado algunas doctrinas profundas y difíciles; así que, anima a sus lectores a soportar esta “palabra de exhortación”. Nos parece que es una carta larga, pero él sintió que eran *pocas palabras*; “os he escrito brevemente”. Sin duda algunos miembros de la congregación respondieron negativamente a esta carta, mientras que otros la recibieron y actuaron de acuerdo con lo que decía. En I Tesalonicenses 2:13, Pablo no dice cómo debemos responder a la Palabra de Dios. Lee el versículo con cuidado – y ponlo en práctica.

No sabemos qué relación tuvo Timoteo con el grupo. Era pastor prominente en aquel tiempo y la mayoría de los creyentes lo conocían o sabían acerca de él. Este toque personal nos recuerda que Dios se interesa en nosotros como individuos y no sólo como grupos de personas.

“Los de Italia os saludan” (v.24) puede indicar que el escritor estaba en Italia en aquella ocasión, o que los de Italia estaban con él y querían enviar saludos.

Estas referencias personales al final de la epístola hacen surgir preguntas que no podemos contestar ahora. Pero el impacto total de Hebreos contesta la importante pregunta: “¿Cómo puedo estar firme en un mundo que se sacude a mí alrededor?” La respuesta es: Conociendo la persona superior, Jesucristo; confiando en su sacerdocio superior; y viviendo según el principio superior de la fe. Edifica tu vida en las cosas celestiales que nunca serán conmovidas.

Tú puedes confiar en Jesucristo. Él salva completamente y eternamente.